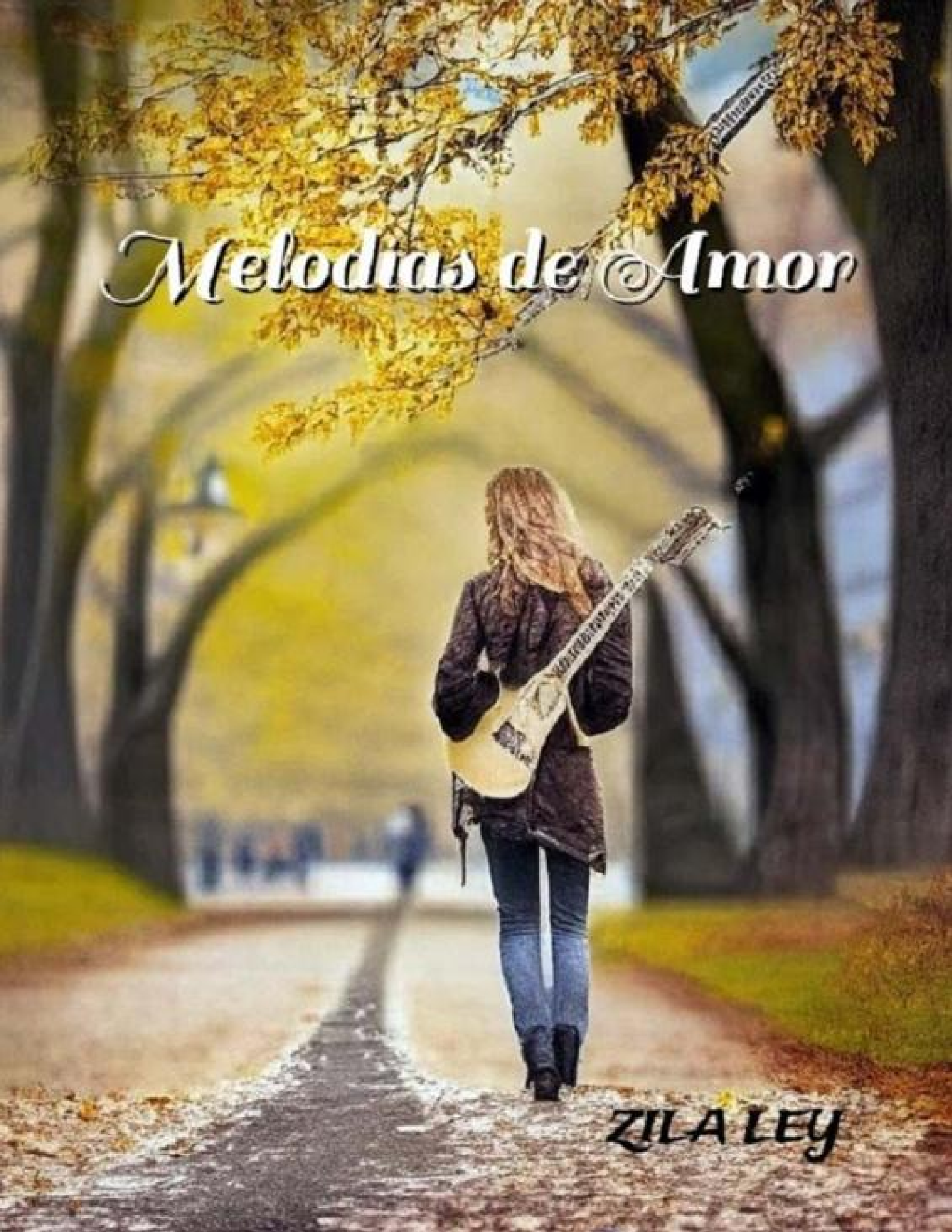
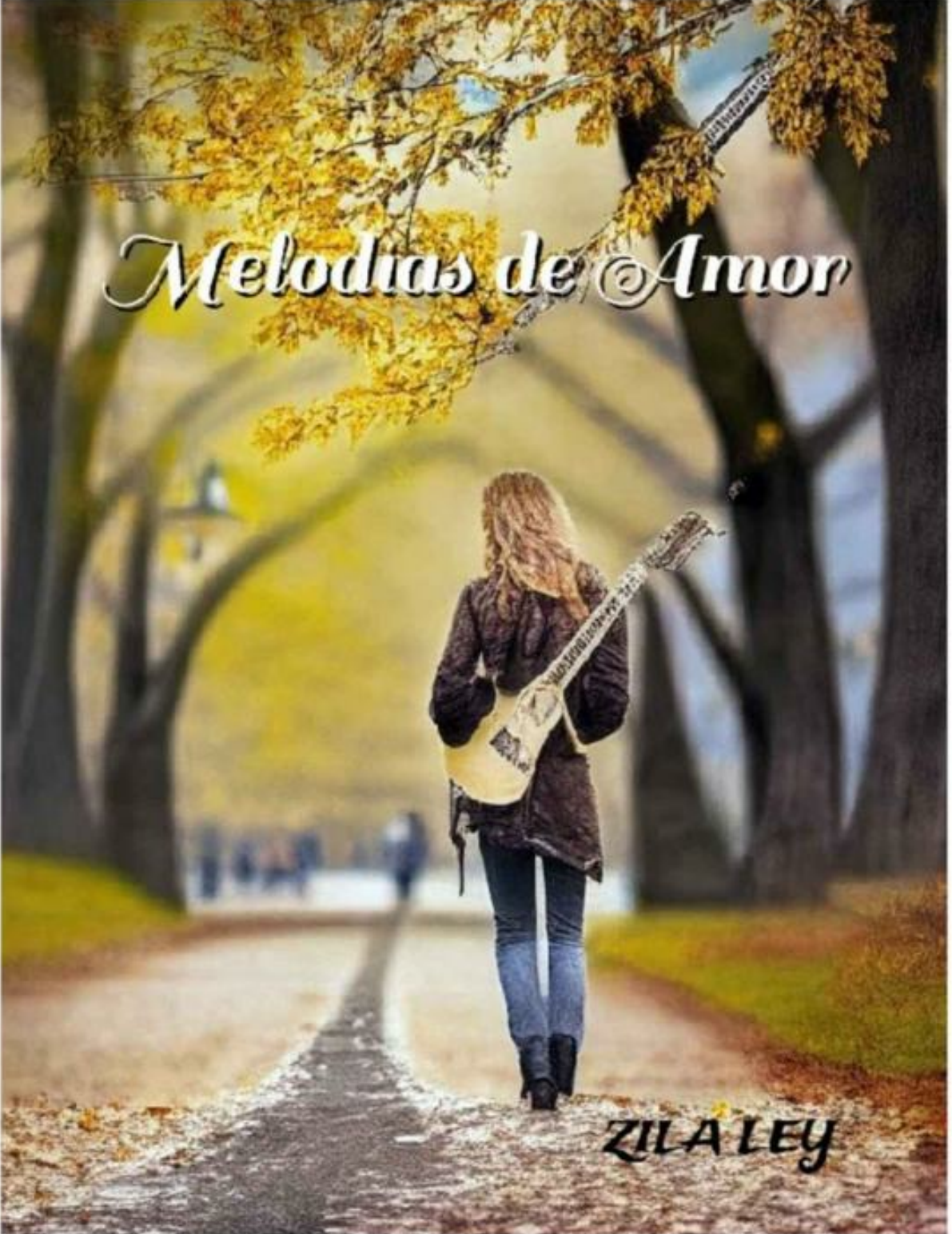




Melodias de Amor

ZILA LEY



Melodias de Amor

ZILA LEY

Sinopsis

Rocío es una exitosa profesionista con un futuro brillante en una prestigiosa empresa. Sin embargo, su vida personal está marcada por el rechazo amoroso de Lu, una talentosa cantante y guitarrista.

Rocío, dedicada a su carrera y luchando por superar la pérdida de Lu, se encuentra en una encrucijada. A medida que se debate entre el éxito profesional y el amor, un encuentro fortuito con su colega, puede cambiar el rumbo de su vida.

Lu, por otro lado, ha construido una carrera en la música, pero sus miedos la han llevado a evitar las relaciones sentimentales. A medida que se reconecta con Rocío, se da cuenta de que su vida se ha centrado demasiado en la música y necesita encontrar un equilibrio entre su carrera y su vida amorosa.

"Melodías de Amor" es una apasionante historia de crecimiento personal, amistad y segundas oportunidades en el amor. Rocío y Lu se embarcan en un viaje de autodescubrimiento mientras enfrentan desafíos profesionales y emocionales. A través de la música y el apoyo mutuo, descubrirán que el amor puede encontrar su camino incluso en los momentos más inesperados.

Contenido

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPITULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPITULO 18](#)

[CAPITULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[Epílogo](#)

[Libros Publicados](#)

CAPÍTULO 1

El día había transcurrido de maravilla después de una extenuante jornada laboral. Sin embargo, no deseaba regresar a casa y enfrentar la soledad que había estado en mis pensamientos últimamente. Necesitaba un respiro, un cambio en mi rutina, así que decidí dirigirme al parque antes de volver a casa.

Al llegar, caminé sin rumbo fijo, observando a las personas que disfrutaban del atardecer. Familias felices, parejas enamoradas tomadas de la mano, todos parecían encontrar la felicidad en compañía de alguien especial. Me invadió una profunda nostalgia, anhelando tener a alguien que me hiciera sonreír y que compartiera momentos de felicidad conmigo.

A mis 25 años, aún no tenía claro lo que realmente quería en la vida. Aunque me sentía satisfecha con mi trabajo y lo hacía bien, no era exactamente lo que había imaginado mientras estudiaba. En aquel entonces, tenía grandes ambiciones y quería conquistar el mundo.

Pero al enfrentarme a la realidad, me di cuenta de que debía estar agradecida por tener un trabajo estable que me permitía mantener mi apartamento y disfrutar de una vida cómoda, sin carencias materiales. A pesar de eso, seguía sintiendo un vacío en mi interior, una necesidad que iba más allá de la razón.

Mis pasos me llevaron hasta una banca apartada, junto a un pequeño lago artificial que había dejado de visitar hacía tiempo. Pero esta vez era diferente. Hoy, mis pasos me llevaron allí sin razón aparente. Me sumergí en mis pensamientos hasta que una voz me sacó de ellos. Al principio, no le presté atención, pero su voz era única y atrayente, y me atrapó sin que yo lo notara.

Giré la cabeza para identificar a la persona detrás de esa voz, y me encontré con una mujer de mi edad aparentemente que estaba tocando una guitarra. Solo con su voz logró captar mi atención. Era una chica común, pero su voz era extraordinaria, y nunca había escuchado algo tan perfecto en vivo.

No pude evitar levantarme de la banca y acercarme, junto con otras personas, formando una media luna alrededor de esta enigmática mujer que parecía absorta en su interpretación, transmitiendo sus emociones a través de su canción.

No era una canción de algún artista famoso; de hecho, era la primera vez que escuchaba esa letra, pero llegó a lo más profundo de mi corazón. Estaba tan hipnotizada por su talento que me quedé allí, sin darme cuenta, durante tres canciones.

Cuando finalmente terminó, todos aplaudimos y ella agradeció con su voz y sus manos, expresando su gratitud. Las personas dejaron monedas y billetes en el estuche de su guitarra en apoyo a su impresionante actuación, y yo también me acerqué para dejar un billete.

Cuando levanté la mirada, nuestros ojos se encontraron, y en ese instante, ambas sonreímos sin razón aparente. Fue una sonrisa sincera y cálida que me dejó sin aliento, una sensación extraña y emocionante que nunca había experimentado antes.

Era como si el destino hubiera conspirado para unirnos en ese momento mágico en el parque, y a partir de ese instante, nuestras vidas tomarían un rumbo inesperado y emocionante. Cuando estaba a punto de irme, ella se dirigió a mí con una voz amable y agradecida.

- Gracias - dijo con una sonrisa.
- No hay de qué, - respondí sinceramente. - Tienes una voz hermosa, - agregué sin pensarlo, y su sonrisa se ensanchó.

En ese momento, algo cambió en mi interior, aunque no sabía cuánto transformaría mi vida. Me sentía inusualmente feliz, sin entender del todo por qué, pero no me preocupaba demasiado.

Continué mi camino fuera del parque para dirigirme a casa, a pesar de estar lleno de comodidades, estaba vacío y cargado de soledad.

En el trayecto, no podía dejar de pensar en esa canción del parque que me transportaba a un mundo inexistente. A pesar de no entender completamente mi felicidad, me sentía extrañamente bien. Llegué a casa y al entrar, el vacío en mi pecho volvió a apretar.

Aunque mi salud era excelente, mi corazón dolía de manera extraña. Seguí mi rutina como cada día, preparé una cena ligera y luego me sumergí en una ducha para liberar el estrés acumulado. Finalmente, logré conciliar el sueño sin problemas. No tenía pendientes personales y mi mente estaba ocupada con la melodía de la misteriosa canción.

Al día siguiente, me desperté a las seis de la mañana, desayuné y me vestí con mi atuendo habitual para ir a trabajar. En el camino hacia la oficina, la canción volvió a mi mente, y una sonrisa tonta se dibujó en mi rostro. No había oído esa canción en ningún otro lugar, lo que la hacía aún más especial.

Al llegar al estacionamiento en la planta baja de las oficinas, me dirigí al ascensor para subir a mi trabajo. De repente, alguien gritó desde lejos para que detuviera el ascensor. Era Ernesto, mi compañero de trabajo de los últimos años.

Ambos éramos financieros y trabajábamos en la misma firma, ayudando a empresas a mejorar sus finanzas. Habíamos formado un excelente equipo. Ernesto era una persona excepcional y no

había rivalidad entre nosotros por obtener un puesto superior.

Detuve el ascensor para darle tiempo a Ernesto de alcanzarlo, y una vez dentro, expresó su gratitud.

- De nuevo me salvaste la vida, Rocío, - dijo con una sonrisa.
- Se está convirtiendo en una costumbre, - bromeé.
- ¿Sabes si confirmaron los clientes de hoy?, - preguntó Ernesto.
- En realidad, no lo sé, - respondí. - Cuando lleguemos, preguntamos a Sandra para ver qué noticias tiene para nosotros.

Sandra era la recepcionista del corporativo, una mujer de unos cincuenta y tantos años, amable y atenta con todos. Llevaba años en la empresa y era una persona muy querida por todos. Siempre nos ayudaba con las citas y llamaba a los clientes para que pudiéramos atenderlos sin problemas.

Al llegar al piso de la oficina, que estaba en el número once, Sandra nos recibió como siempre, con una hermosa sonrisa, deseándonos un buen día.

- Cuando ustedes no llegan corriendo, muchachos, - nos dijo Sandra al vernos entrar, ya que solíamos llegar justo a tiempo.
- Cuando Ernesto no detiene el elevador, - bromeé, dirigiendo mi mirada hacia él, y Sandra río.
- Lo bueno es que el cliente de las ocho cambió para las nueve debido al tráfico, así que tranquilos, yo los cubro, - añadió con una sonrisa. Ernesto y yo nos dirigimos a nuestra área después de agradecerle.

Ya en nuestra oficina, que estaba dividida en varias salas, llegamos a la nuestra, donde nos esperaban los jóvenes practicantes que nos apoyaban en nuestra labor. Ambos éramos sus tutores en el área, ya que los superiores aún no habían asignado quién sería el gerente financiero.

A pesar de esta absurda competencia que no tomábamos en serio, la armonía entre Ernesto y yo era auténtica.

Ernesto se dirigió a mí:

- Rocío, ¿me puedes apoyar con este cliente? Tengo entendido que adelantaste números para darle una respuesta.

- Claro, Ernesto -, respondí. - La información está en la carpeta compartida. Puedes tomarla de ahí, y cualquier duda la revisamos juntos.
- Gracias, de verdad. Estoy convencido de que, si alguien merece el puesto de gerente financiero, eres tú, - me dijo con una sonrisa.
- Aprecio tus palabras, Ernesto, pero sabes que no tengo problema si el puesto es tuyo. Ambos trabajamos como un equipo, y si tú quedas al mando, no tendré ningún inconveniente en trabajar bajo tu dirección, - le respondí sinceramente.

Ernesto era un excelente compañero, y cuando ingresé a la empresa, él ya tenía unos cinco años de experiencia aquí. Me había ayudado y enseñado mucho, además de seguir estudiando las actualizaciones en nuestra área día a día. Por eso, solía apoyarlo cuando no estaba al tanto de algún cambio en la administración gubernamental del área.

Después de nuestra reunión con el cliente, como siempre, nos pidieron que resolviéramos los asuntos que estaban afectando a la empresa. Ernesto y yo finalizamos la reunión citándolos para dentro de un mes, para conocer mejor la empresa y ver cómo podríamos ayudarlos a evitar el colapso y salir adelante con nuestro apoyo.

Ambos éramos conscientes de que éramos muy competentes en nuestro trabajo, sin necesidad de alardear al respecto. Esta dedicación nos había llevado a sacrificar nuestros tiempos personales, nuestras relaciones familiares y amistades.

Hasta ese momento, sabíamos muy poco el uno del otro, excepto que Ernesto había estado a punto de casarse poco después de que yo ingresara a la empresa. Sin embargo, los rumores en la empresa sugieren que su prometida canceló el compromiso debido a su compromiso inquebrantable con su trabajo y los clientes.

No tenía dudas de que esto era cierto, ya que había sido testigo de la devoción de Ernesto hacia la empresa. Siempre dejaba su vida en segundo plano por el bien de su trabajo, y era un empleado ejemplar. Incluso cuando estaba enfermo, nunca faltaba.

De él aprendí muchas lecciones valiosas, aunque no debería haber sacrificado mi vida personal de la misma manera. Pero lo hice, comprometida con mi posición en la empresa. Mi familia siempre me había apoyado en mis decisiones, pero últimamente, mi madre estaba molesta conmigo porque ya no solía hablar mucho con ella.

Mi madre se quejaba de que me estaba volviendo más reservada y que siempre estaba ocupada con problemas de la empresa cada vez que ella me llamaba. Y, lamentablemente, tenía razón. Mis clientes eran mi prioridad, al igual que para Ernesto.

Los directivos estaban en proceso de decidir quién de los dos era más apto para quedarse con el

puesto, pero ninguno de nosotros competía por ello. Éramos conscientes de que ambos daríamos lo mejor de nosotros y estábamos comprometidos a obtener los mejores resultados para todos.

Al final del día, como de costumbre, todos los departamentos se habían ido, excepto el de finanzas, donde Ernesto y yo siempre nos quedábamos para aprovechar al máximo nuestro tiempo. En ese momento, al ver la hora, recordé que tal vez podría llegar al parque como el día anterior.

La idea de escuchar de nuevo la voz de la misteriosa mujer que me había sacado de mis pensamientos y preocupaciones el día anterior llenó mi cabeza.

Ernesto notó mi expresión y sonrió.

- Esa expresión me resulta familiar, - dijo con una amplia sonrisa.
- ¿A qué te refieres, Ernesto?, - pregunté, sin entender a qué se refería.
- Rocío, sabes, vi esa misma expresión en el rostro de mi prometida, - respondió, su semblante volviéndose más melancólico.
- Aun no entiendo, - admití, confundida por sus palabras.
- ¿Estás conociendo a alguien especial?, - preguntó Ernesto, lo cual me sorprendió, ya que no solíamos hablar mucho de nuestras vidas personales.

Ernesto siempre había sido muy profesional, y apreciaba que no hubiera insinuaciones ni avances no deseados de su parte. De hecho, ni siquiera sabía cuál era mi tipo de persona, ya que durante mucho tiempo había estado enfocada en mis estudios y luego en mi trabajo, descuidando completamente mi vida personal.

Sin embargo, respondí como solía hacerlo cuando Ernesto divagaba sobre temas personales.

- Claro que no, Ernesto. No tenemos tiempo para eso, lo sabes, - le dije.
- Lo sé muy bien, - asintió Ernesto, mostrando su mano vacía, lo cual me desconcertó.
- ¿Qué tienes en la mano?, - pregunté.
- ¿Qué ves?, - respondió con otra pregunta.
- No veo nada, - admití, perpleja.
- Exacto, Rocío. No hay nada. Y eso es lo que sé muy bien, - continuo Ernesto con tristeza

en su mirada, haciéndome comprender que se refería a su compromiso fallido.

- Ernesto, sé que no solemos hablar mucho de nuestras vidas personales, pero si alguna vez necesitas hablar de algo que no esté relacionado con el trabajo, puedes hacerlo, - ofrecí.
- Gracias, Rocío. Este trabajo me ha absorbido tanto que ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que salí a tomar una cerveza, - confesó, haciéndome sentir mal y, al mismo tiempo, comprendiéndolo completamente, ya que me encontraba en la misma situación.

Nuestras vidas se habían convertido en una monotonía implacable: trabajo, casa, casa, trabajo. Ya no disfrutaba mis fines de semana como solía hacerlo; no visitaba a mis padres ni pasaba tiempo con mis hermanos, y mis sobrinos seguían creciendo sin que su tía estuviera presente en sus vidas.

Pero ambos sentíamos que no podíamos detenernos, que no sabíamos cómo hacerlo.

- Si alguna vez te animas, ya sabes qué hacer, - sugerí.
- No es una mala idea, - respondió Ernesto. - Después de que terminemos este proyecto, deberíamos hacerlo, - añadió con una sonrisa forzada.

Comprendí que ambos estábamos priorizando el trabajo por encima de nuestras vidas personales, y eso nos estaba pasando factura. Al salir juntos hacia el estacionamiento, éramos los últimos en irnos, como siempre.

Pero en mi mente, solo había un pensamiento: la posibilidad de escuchar de nuevo la voz de esa misteriosa mujer que había logrado sacarme de mis preocupaciones y llevarme a otro mundo el día anterior.

CAPÍTULO 2

Al llegar al parque, estacioné el auto en el primer lugar disponible. A pesar de la hora, no perdí la esperanza de poder escuchar de nuevo a la misteriosa mujer. Al acercarme al lugar del día anterior, me alegré al ver a las mismas personas formando una media luna, todas admirando la voz de esta enigmática cantante. Sin pensarlo dos veces, me acerqué al grupo una vez más.

En ese momento, mi mente se encargó de desconectar mis preocupaciones laborales y se centró exclusivamente en la hermosa voz que llenaba el aire. Esta vez, decidí prestar más atención a los detalles de la mujer.

Observé que tenía el pelo largo, colorido y algo descuidado, como si no lo hubiera cortado en mucho tiempo, se veía bien demasiado despreocupada diría. Su complexión era normal, incluso un poco delgada, y su piel era clara, pero con un bronceado sutil, como si pasara mucho tiempo bajo el sol, lo que le daba un toque dorado.

Tenía un aire rebelde, pero a pesar de todo lo que trataba de ocultar era hermosa, consciente de la belleza pues debo admitirla. Vestía pantalones rotos a la altura de las rodillas y llevaba pulseras de cuero en ambos brazos, así como un collar con un dije plateado en forma de pentagrama.

A pesar de que normalmente no solía fijarme en los detalles de las personas, esta vez me sumergí en la tarea de observar todo lo que pudiera de ella mientras su voz me guiaba por un camino desconocido. Su canto continuaba llegándome al corazón.

Al finalizar su canción, todos aplaudieron y entendí que había llegado a su fin. Lamentablemente, solo había llegado a tiempo para escuchar esa última canción, por lo que me sentí mal al pensar que quizás le había fallado por no estar presente para las otras canciones. Sin embargo, sabía que no tenía sentido sentirme así, ya que era solo la segunda vez que la escuchaba y no tenía ninguna obligación.

Decidí acercarme nuevamente y deposité un billete en su estuche. Como la noche anterior, la misteriosa mujer cruzó su hermosa voz con la mía.

- Gracias, - dijo de nuevo con una hermosa sonrisa.
- De nada, - respondí, devolviéndole el gesto con una sonrisa que me había robado el corazón.

En ese momento, algo inusual ocurrió, me sentí un poco nerviosa. Nadie había logrado sacarme una sonrisa así en mucho tiempo, y ella lo había hecho con un simple "gracias" y su sonrisa.

Estaba a punto de irme cuando de repente ella me dirigió nuevas palabras.

- ¿Te gustó la última canción? - preguntó, sonriendo.
- Claro, como te dije ayer, tienes una hermosa voz, - respondí.

Sin siquiera darme cuenta, había logrado que se ruborizara, aunque esa no había sido mi intención. Parecía estar acostumbrada a los cumplidos, pero lo que dije era la verdad, lo expresaba sinceramente desde el fondo de mi corazón. Mi sinceridad siempre era genuina en todo momento.

- Gracias de nuevo por tus palabras, - dijo, tratando de sonar normal, pero su nerviosismo era palpable. - Necesitaba escuchar de nuevo que te gusta mi voz.

Eso sí, no me lo esperaba. ¿Qué fue eso que acaba de decir? No tenía ningún sentido para mí. O tal vez... en realidad, no lo vi venir, pero al parecer, ella esperaba que le dijera lo mismo que el día anterior. Tal vez necesitaba sentir que a las personas les agradaba su voz y su música.

Me compuse de inmediato, ya que por un instante me sentí nerviosa ante ella y continué.

- Así es, - dije con sinceridad, - no suelo venir mucho, pero el día de ayer, que te escuché, tu música me agradó de tal manera que hoy quise de nuevo escucharla, pero ya ves, no alcancé a escuchar el resto.

Como si me estuviera excusando por no llegar a tiempo, lo cual de cierta manera así era porque me hubiera encantado escucharla más.

- Sí, lo noté. Eres nueva por estos lugares, ayer es la primera vez que te vi, pero espero seguir viéndote por aquí, - dijo y me guiñó un ojo.

Ahora sí logró ponerme nerviosa y no supe muy bien cómo reaccionar, como era de esperar. No sabía qué hacer o pensar, no sabía qué estaba pasando en sí y me limité a contestar.

- Eso espero también yo, - dije. - Nos vemos.
- Espero pronto, - dijo ella con una sonrisa de victoria que no supe cómo interpretar, pero que me hizo sentir que algo se movió en mi interior sin saberme explicar.

Quería seguir alargando esta conversación, pero no tenía idea de cómo. Era una mujer muy normal, sin embargo, no podía descifrar qué me pasaba para ponerme como una niña de colegio.

Sin querer voltear, seguí caminando por el parque hasta el lugar donde dejé el auto. Al estar a

punto de subir, pude ver cómo esta mujer recogía sus cosas y guardaba delicadamente su guitarra. La puso en su hombro y procedió a marcharse. Al parecer, estaba sola, ya que no vi a nadie que la acompañe o ayude.

Me hubiera encantado quedarme y ofrecer ayuda. Necesitaba saber de ella; su cercanía me agradaba, aunque solo fueran unas simples palabras.

Después de ese cruce de palabras mis pensamientos eran una revolución, se sentía extrañamente raro, estaba entre feliz y nerviosa. Admito que me sentí confundida y no sabía qué pensar, pero no le di mayor importancia, solo seguí conduciendo como otras tardes hasta llegar a casa para terminar el día como cualquier otro.

Sin embargo, esta vez, al abrir la puerta no sentí tanto agobio, sino que me sentía extraña, puedo decir que un poco feliz por esa pequeña charla sin sentido pero que no era común se prestara.

Esta vez no podía dejar de pensar en esta mujer, en su hermosa voz, la cual estaba en mi cabeza desde aquel día que la escuché por primera vez y lograba robarme una sonrisa.

Así fue como terminé el día, sintiéndome extrañamente feliz sin ningún sentido, pero aun sabiendo que el sentir era por esa maravillosa voz, que hacía que con tan solo escucharla este mundo al que tenía años perteneciendo se esfumara.

Al despertar al día siguiente, decidí quedarme en casa después de mucho tiempo sin hacerlo en un sábado. El día era diferente, tenía energía para poder disfrutarlo. No sé en realidad qué espero hacer, pero lo descubriré.

Tengo en la cabeza una pregunta desde la noche anterior: ¿Cómo se llama esa mujer y quién es? Eso era mi incentivo para poder buscar su música por internet, algún video que pueda darme señales de quién es. Pero después de varias horas buscando, no logré dar con ella.

Ante la falta de pistas tanto en las redes sociales como en los eventos, decidí posponer mi búsqueda hasta el día siguiente. Tenía la certeza de que detrás de ese simple "hola" se escondía una historia más profunda que ansiaba descubrir. Así que, armada con este propósito, me prometí a mí misma no moverme un paso más sin conocer a fondo lo que esa misteriosa mujer significaba para mí.

Tal vez naciera una amistad sincera, y yo no sabía cómo interpretar, aunque esas voces siempre me harían sentir algo especial en mi corazón.

CAPÍTULO 3

No deseaba abandonar la cama; el reloj marcaba casi las cuatro de la tarde, y mi refugio era demasiado tentador. Aun así, entendía que debía afrontar un día más de mi rutina. Era imperativo despertar tras la noche anterior. Mi vida se enredaba en un ciclo constante de fiestas, noches en vela rodeada de multitudes, pero, irónicamente, me sentía más vacía que nunca.

Siempre que terminaba de tocar en el parque y escuchaba los aplausos de la multitud, sentía una extraña satisfacción. Compartir mis letras con esas personas, letras que brotaban desde lo más profundo de mi corazón, era lo que anhelaba. Deseaba encontrar a alguien que me amara por lo que realmente era, no por la imagen que proyectaba.

Al recoger mis pertenencias, mis "amigos" solían esperarme en casa para continuar la fiesta. No solía rechazarlos, pues en el fondo, me sentía sola en este estilo de vida y no debía rendir cuentas a nadie. A pesar de las consecuencias que afrontaba al día siguiente, seguía regresando al parque. Era mi vía de escape, mi forma de experimentar la sensación de estar viva y de recordar que había personas que valoraban mi voz y mis canciones. Además, el dinero que ganaba desempeñaba un papel importante en otras áreas de mi vida.

Finalmente, me decidí a levantarme. El reloj marcaba casi las siete de la tarde, y el sol se despedía lentamente en el horizonte. Tomé mi guitarra y emprendí el corto trayecto hacia el parque. Caminar tenía el poder de alejar por un momento mis demonios internos y darme la inspiración para componer letras, al tiempo que saboreaba el silencio que antecedía a mi actuación.

Al llegar al parque, noté que las personas se habían congregado en una especie de semicírculo frente a mí, como de costumbre. Era el momento que esperaba con ansias. Comencé a tocar la guitarra y, como siempre, me transformé en una versión mejorada de mí misma. Era la versión de mí que solo deseaba superar sus límites y convertirse en la persona que siempre había anhelado ser.

Mis ojos se fijaron en un punto sin sentido, pero de repente la vi. Era ella, la mujer que lograba que mis sentidos enloquecieran con su sola presencia. Quería dar lo mejor de mí en ese instante, y sin saberlo, ella era mi fuente de inspiración.

Cada acorde que brotaba de mis dedos emergía desde lo más profundo de mi ser, y parecía que ella se iluminaba con cada nota. Era un enigma cómo podía afectarme de esa manera sin siquiera ser consciente de ello.

Toqué cuatro canciones, y en cada una de ellas, su rostro se iluminaba, aunque tal vez ni siquiera se diera cuenta de ello. Yo, en cambio, podía verlo en sus ojos, y eso era suficiente para mantenerme motivada. Habíamos cruzado algunas palabras en las noches anteriores, pero aún no sabía su nombre ni quién era en realidad. Algo en mi interior me instaba a descubrir más sobre esta mujer, y no estaba dispuesta a dejar pasar esa oportunidad.

Como en las dos noches anteriores, cuando todos los demás se retiraron, ella se acercó y dejó un billete en mi estuche. Le agradecí con una sonrisa genuina, pero esta vez, estaba decidida a descubrir quién era y por qué venía al parque todas las noches.

- Gracias, - respondí sinceramente ante su gesto.
- De nada, - dijo ella con una hermosa sonrisa.

Hoy, deseaba ir más allá de las dos noches anteriores y extender la conversación.

- ¿Te ha gustado? - pregunté, esperando ver sus ojos, esos hermosos ojos que se iluminaban cuando escuchaba mi voz.
- Claro, cantas hermoso, - respondió con sinceridad.
- Gracias, - contesté, esta vez decidida a arriesgarme antes de que se marchara como siempre lo hacía.

Ella se dio la vuelta y comenzó a alejarse, pero esta vez, estaba decidida a seguirla. Guardé mi guitarra en su estuche y me dirigí hacia donde se encontraba, con la esperanza de alcanzarla.

Finalmente, logré decir, "Oye, espera."

Ella se detuvo y se volvió hacia mí, aparentemente sorprendida por mi intervención, lo cual me agradó.

- Hola, - respondió, nerviosa. - Dime, - dijo ella, un poco confundida.
- Disculpa, - dije sin saber qué decir, ya que no había planeado esto; simplemente surgió de mi espontaneidad. - No te había visto antes por el parque. ¿Eres de aquí?

No sabía qué había hecho, fui demasiado imprudente. No la conocía, y podría pensar que soy una loca o algo parecido. Sin embargo, su respuesta me sorprendió y me alegró.

- Sí, soy de aquí. Solo que no vengo por aquí porque no tengo tiempo.
- Pero veo que ya tienes tres días viniendo, - continué, arriesgándome aún más.

- Ah... ya veo. ¿Cuentas los días que me has visto? - Ahora era ella la que soltó una risa, lo que me puso nerviosa.
- Disculpa, no fue mi intención, - sintiéndome avergonzada. ¿Quién era yo para interrogar a esta mujer a la que ni siquiera conocía su nombre?
- Soy Rocío, por cierto. Y puedo decirte que desde que escuché tu voz no he podido evitar venir a escucharte, - termino la frase y pude notar como se ruborizo.

Después de sus palabras, sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo, una electricidad que hacía mucho no experimentaba y que me agradaba que fuera por esta extraña.

- Mucho gusto, Rocío, - tomando su mano para saludarla. - Yo soy Lu.
- Un gusto, Lu. Por fin se cómo se llama mi cantante favorita, - con una enorme sonrisa que hizo que mi cuerpo se llenara de emoción. - No te había escuchado antes, pero puedo decirte que me encanta tu música.
- Gracias, de verdad es bueno escucharlo de ti, - respondí sinceramente a Rocío.
- Es solo la verdad, - mirándome con intensidad, y sentí que mi corazón daba un vuelco.

Sin darme cuenta, aún no soltaba su mano, pero me gustaba la sensación de tenerla cerca. Sin embargo, este momento mágico no podía durar para siempre, y fue ella quien me trajo de vuelta a la realidad.

- Disculpa, Lu, ¿puedes regresarme mi mano? - con un cierto aire de seguridad que me encantó.
- Claro, Rocío, disculpa. Es que tu tacto me transportó a otro plano astral, - dije sin pensar, y cuando caí en lo que acababa de decir, el rostro de Rocío se puso rojo como un tomate.

u piel era sorprendentemente suave al tacto, y esas diminutas pecas que adornaban su rostro me hacían naufragar en su belleza. Sus rasgos eran tan delicados, como si alguien hubiera esculpido su rostro de manera exclusiva para mí. Poseía unos labios carnosos y una nariz perfectamente armoniosa que complementaban su rostro. Sus ojos marrones brillaban y me cautivaban con cada mirada.

- (tosió nerviosa) – No sé qué decirte, Lu, pero es mutuo. Tienes unas manos hermosas y delicadas para tocar la guitarra, -dijo con tono nerviosismo.

- Suelo cuidarlas, no me gusta descuidar mis manos, - respondí con una sonrisa, aunque en mi interior ardía el deseo de expresar cuánto ansiaba que ella experimentara la suavidad de mis manos al tocarla. Sin embargo, me di cuenta de que eso sería demasiado audaz y podía asustarla, al igual que me asustaría a mí misma.

No comprendía del todo qué me estaba sucediendo, pues no solía ser tan audaz, pero sentía una fuerte determinación de no dejar escapar la oportunidad de conocerla mejor o, al menos, conseguir su número para mantener el contacto. Esta mujer tenía un encanto especial me impulsaba a seguir conversando con ella, así como atraída.

- ¿Y qué harás ahora? - me preguntó, sonriendo. Yo quería responderle que haría cualquier cosa que ella quisiera, pero eso sería demasiado para una primera conversación.

No creí que fuera apropiado revelarle que mi noche terminaría en una fiesta sin un destino fijo, por lo que simplemente le comenté que no tenía planes definidos y que seguiría el curso de la noche, dejando que el destino me guiara.

- No tengo idea, - contesté, sabiendo que no tenía intención de ir a ningún lugar donde ella no estuviera.
- Entonces, ¿qué te parece si te invito una cerveza? - propuso Rocío. Pude ver que no estaba acostumbrada a hacer este tipo de invitaciones, ya que noté su nerviosismo y el rubor en su rostro, lo cual la hacía aún más encantadora.
- Me encantaría, pero no quiero sacarte de tus planes, - dije con sinceridad, tratando de no presionarla.

Me preocupaba que se sintiera comprometida a hacer algo que no quisiera, aunque en el fondo sabía que ambas queríamos conocernos mejor.

- Para nada, Lu. Al contrario, me gustaría poder conocerte mejor y creo que puede ser una oportunidad para aprender más sobre tu música, si quieres, claro, - nerviosa.
- Entonces, no se diga más, ¡vamos! - dije con entusiasmo, feliz por dentro y agradecida por esta invitación que venía de esta chica hermosa y a la vez tímida. Quería darle una sensación de seguridad, aunque en mi interior también estaba nerviosa.
- Vamos, tengo el coche estacionado por aquí, - dijo, señalando el lugar.

Tomó mi mano libre y me condujo hacia su automóvil. Fue un gesto instintivo, como si hubiéramos compartido esa confianza durante mucho tiempo, a pesar de habernos conocido apenas unos minutos atrás.

Nos dirigimos a un bar en el centro de la ciudad, un lugar acogedor y agradable que contrastaba con los bares de mala muerte que solía frecuentar. Este tenía un encanto mágico, y no sé si era por estar con Rocío, pero en este momento no me sentía vacía.

Rocío logró acercarme a ella con tan solo una mirada, una mirada que tenía el poder de embujarme al instante y que me impulsó a acercarme sin importar las consecuencias. Había pasado mucho tiempo desde que me sentía verdaderamente plena. A pesar de ello, Rocío tenía algo extraordinario que me motivaba a tomar riesgos.

- ¿En qué piensas, Lu? - preguntó, sacándome de mis pensamientos.
- En ti, - dije sin más, tal como lo sentía, y logré robarle otra sonrisa. Sus sonrisas tenían el poder de quitar todas mis barreras.
- ¿Puedo saber qué piensas de mí? - preguntó con un cierto coqueteo.
- En que tienes una bella sonrisa - dije nerviosa.
- Gracias, pero puedo decirte algo – apenada.
- Lo agradecería – conteste esperando su comentario.
- Solo logras hacerme feliz, y no puedo explicar por qué, pero estoy agradecida de haberte descubierto en el parque, - dijo con una sonrisa.
- (Sonriente y emocionada) – No podrías haber expresado mejor lo que siento. Este día ha sido realmente especial gracias a ti. Espero que sigamos compartiendo momentos maravillosos juntas, - respondí con sinceridad, mientras aguardaba expectante su reacción.
- (Se suelta riendo) – ¿Te parece si primero pedimos las cervezas? - dijo extremadamente apenada.

Creo que Rocío comprende lo que digo, pero no logra encajar las piezas de lo que está ocurriendo entre las dos. Por mi parte, me tiene a mil pulsaciones aceleradas, y no solo por la presión.

Me ha devuelto las ganas de sentir, y no quiero desperdiciar esta oportunidad de lanzar una moneda al aire y aventurarme a descubrir lo que ocurre cuando estoy cerca de ella. Comprendo que todavía es una desconocida, pero mi deseo de conocerla mejor es innegable, y puedo percibir en su mirada que comparte ese mismo sentimiento.

Entre tragos, la noche avanzó rápidamente, y esta salida fue muy diferente a las que estaba acostumbrada. Puedo reconocer que no extrañé a los "amigos" de fiesta, ya que siempre me sentía vacía al llegar a casa. Esta vez, solo el hecho de estar con ella me hacía sentir llena, plena, como si no me faltara nada.

- ¿Qué planes tienes después de aquí? – pregunte al ponerme nerviosa al cruzar su mirada con la mía.
- ¿Qué propones? - dijo Rocío con un tono coqueto.
- Puedo proponer varias alternativas, de que aceptes es otra cosa, - dije sonriendo. Admito que estaba nerviosa, pero tenía que seguir arriesgándome. Hasta ahora, todo había salido a favor.
- Pruébame, - dijo Rocío sin apartar su mirada de la mía, y fue en ese momento cuando comprendí.

Sin pensarlo dos veces, me acerqué a ella y besé sus labios. Esos labios que me habían invitado a besarlos desde que la vi por primera vez en el parque. Nuestros labios se fundieron a la perfección, como si hubieran estado esperando ese momento. Mi corazón latía con fuerza, y mis sentidos se agudizaban mientras disfrutaba de ese beso apasionado.

Sin embargo, ese momento fue interrumpido cuando sentí que Rocío con sus manos nos separaba lentamente, a regañadientes accedí. Habría dado cualquier cosa por haber capturado esa imagen en ese preciso instante. Estaba sonrojada y se veía tan hermosa que no pude evitar soltar un suspiro desde lo más profundo de mi corazón.

- Me encanta tu mirada, - dijo con una sonrisa.
- Y a mí la tuya, tus ojos marrones son tan bellos, - respondí.
- ¿Los notaste? Veo que eres buena para los detalles.
- Así es, y tus labios... moría por sentirlos desde el primer día.
- ¿Y cumplí con tus expectativas? Digo, si desde antes querías besarme, - dijo de una forma nerviosa que me hizo desear besarla de nuevo en ese mismo instante.

Sabía que estaba completamente excitada por la idea de estar con esta mujer, y mi deseo de conocerla iba más allá de una simple conversación. Ella también lo deseaba, lo notaba en sus ojos, pero era una persona reservada, y tendría que arriesgarme nuevamente para que esto sucediera.

- Nos vamos, - dije de pronto, notando la tristeza en su rostro. Me sentí mal por interrumpir ese beso, pero necesitaba sacarla de ese lugar.

Mi intención era invitarla a mi casa. Era consciente de que en ese momento mi lugar estaba echo un desorden, pero eso era lo que menos me importaba. Anhelaba llevarla a mi cama y continuar ese beso de una manera mucho más íntima, un deseo que por ahora solo yo conocía.

- ¿Te la estás pasando mal? - dijo Rocío. - ¿El beso fue malo? Disculpa, estoy fuera de práctica, - dijo, apenada.

En ese instante, deseaba tomarla entre mis brazos y besarla con una pasión desenfrenada. Tenía unas ganas inmensas de hacerla mía esa noche, y estaba decidida a conseguirlo.

- Tranquila, Rocío. Claro que me gustó, y más que eso, - dije mientras tomaba su mano y le daba un beso en ella. Podemos irnos, por favor. En el camino te explico, - añadí.
- Bien, vamos, - resignada, y sus ojos reflejaron cierta resignación mientras nos preparábamos para dejar el bar.

CAPÍTULO 4

Sin que ella lo esperara, tomé su mano y pagué la cuenta, aunque Rocío insistió en que me había invitado. Quería asumir ese gesto y me gustó ver cómo ella quería hacerlo por mí. Me encantaba su nerviosismo cuando era yo quien lo causaba.

Sujeté su mano mientras caminábamos hacia el carro, y esta vez le abrí la puerta del conductor. Me regaló una sonrisa y subí a su lado. Cuando encendió el auto, ella tomó mi mano y la pasó sobre su pierna, poniendo su mano sobre la mía.

Sentir esa conexión física con ella, me envió una descarga eléctrica, y estaba segura de que era su intención. Creo que ella tampoco quería dejarme ir. Vi cómo doblaba la calle y luego paramos frente a un edificio céntrico.

Rocío estacionó su vehículo en el estacionamiento, y por un instante, se quedó callada sin mirarme. Parecía no saber cómo pedirme que fuera con ella, y yo lo entendía. Estaba arriesgándose a conocerme, y yo lo sabía por cómo me hacía sentir, pero quería seguir adelante, sin importar lo que pudiera suceder después.

Entonces, decidí tomar valentía de donde no sabía que existía y, con la poca valentía que quedaba, inicié la conversación.

- ¿Tranquila, Rocío? ¿Quieres invitarme a tu piso? - dije, esperando su respuesta positiva.
- Sí, quiero, Lu, pero te seré sincera, no sé cómo hacer esto, - con los ojos vidriosos, y vi cómo una lágrima escapaba de ellos.

No lo pensé dos veces cuando mis labios se acercaron hasta esa lágrima, que besé con ternura hasta llegar a su boca. Pasé mi mano por detrás de su cabeza para atraerla hacia mí. No quise dejar espacio entre nosotras ni dar tregua al tiempo que pudiera hacerla dudar.

Necesitaba tenerla, tal vez ella sería mi perdición o mi salvación, pero quería descubrir cuál de las dos sería, sin importar las consecuencias. Me separé lentamente de ella, observando una sonrisa simplemente hermosa. Ese beso era lo que necesitaba para que su valentía brotara de nuevo.

- Si realmente quieres, Rocío, déjame que yo te guíe. Prometo cuidarte y no haré nada que tú no quieras, pero si realmente quieres, hagámoslo. - Suspiré, pensando en lo que diría a continuación. - Pero si no te sientes segura, no haremos nada. No quiero que te sientas incómoda ni mucho menos que esto no sea lo que tú quieres, porque yo muero por estar a

tu lado.

Tomé su mano con cuidado y la posé sobre mi entrepierna por encima de mis pantalones, para que sintiera cómo estaba mojada y cómo ella era la razón detrás de ello. En ese momento, me dio un beso más apasionado que me invitó a seguir besándola. Ella luego se separó y quitó su mano de mi entrepierna.

- Vamos, - apenas respirando, - no puedo seguir aquí. ¿Quieres venir?
- Claro que quiero ir, ¿estás segura? - pregunté, sintiendo la necesidad de asegurarme de que estuviera completamente cómoda.
- Estoy segura, Lu, de lo que no estoy segura es de qué voy a hacer, - dijo apenada, pero su falta de certeza no me importó en absoluto.

En ese momento, cerró su puerta, se dirigió a mi lado, abrió la puerta y me tendió la mano para que bajara del auto. Una vez fuera del vehículo, me apoyó contra el capó y comenzó a besarme el cuello y la cara. Sonrió, tomó mi mano y nos dirigimos al elevador.

Cuando se cerró la puerta del ascensor, no perdimos tiempo y continuamos explorándonos con nuestros labios. Nuestras respiraciones estaban en perfecta sintonía con nuestros corazones, latiendo al unísono. Al llegar a su piso, entramos en su departamento.

- Pasa, Lu, - invitó.
- No habrá vuelta atrás una vez cierre la puerta, - dije, tratando de romper el hielo.
- Perfecto, - respondió, cerrando la puerta.

Me besó con tanta pasión que, si no hubiera tenido que aguantar, estoy segura de que habría llegado al clímax solo con sus besos. Esos besos que me hacían olvidar mis fantasmas.

La noche estaba resultando mágica para ambas, y para Rocío, esta sería su primera experiencia con una mujer. Quería que fuera inolvidable, deseaba dejar una huella imborrable en su memoria, una marca que perdurara en su mente para siempre. Desde el momento en que la vi, había capturado toda mi atención y mis pensamientos. Ahora, quería ser yo quien se adueñará de sus pensamientos, sus besos y su amor, al menos por esta noche. Mañana sería otro día, y ya vería qué ocurriría.

Estaban en la habitación de Rocío, y entre besos y caricias, le quitó la blusa. Rocío se sintió un poco cohibida al quedarse sin ropa, y se abrazó a sí misma, cubriendo sus pechos. Sentí que estaba sensible a sus emociones, me detuve antes de desabrochar su sujetador.

- No es obligatorio hacer nada, - manteniendo la respiración lo mejor que pude.
- Sí, quiero, - respondió Rocío nerviosa, - solo que no sé cómo. No sé si estaré a la altura de lo que quieres.
- Lo estás desde el día que te vi. No importa si tienes o no ropa, si tienes experiencia o no. Esto será nuevo para las dos, porque apenas conoceré lo que te gusta que haga contigo -, sonrió sinceramente, transmitiéndole seguridad.
- No sé qué pasara, pero deseo ser tuya, Lu. Te deseo sin límites y eso me da miedo. – sonrojada.

Con esa afirmación, continuó besándola. Poco a poco, retiró las manos de Rocío de sus pechos y las llevó por encima de su cuello. Después, desabrochó su sujetador, dejando besos por sus brazos. La acuesto en la cama con sumo cuidado, admirando su escultural cuerpo, que admitió era perfecto en mis manos.

Es como si mis manos pudieran recorrer su piel como si se tratara de una obra maestra que estoy por iniciar. Cada vez que deposito besos en su cuerpo, ella suelta pequeños gemidos de placer, lo cual me indica que estoy logrando lo que quería.

Aún no he llegado a sus pechos, porque los estoy guardando para cuando ella me lo pida, y no esperaré mucho.

- Sigue, por favor, Lu. No te detengas —dice entre gemidos, y me vuelve loca.

Hago caso a su instrucción, y ahora mis manos se posan en sus delicados pechos. Los acaricio, y ella no puede evitar arquear su espalda. Aprovecho la oportunidad para que mi boca se pose sobre su pezón derecho, chupándolo lentamente y despacio. Sé que esto la hace derretirse de placer, y me lo demuestra gimiendo de una manera sensual y delicada.

Luego, mi boca pasa a conocer su pecho izquierdo, y es ahí donde ella pega un pequeño grito de placer. Sé que la estoy haciendo esperar, pero valdrá la pena, y se lo demostraré, porque necesito que ella sienta que me necesita, que me quiera en su cuerpo de verdad, sin miedo, que se entregue a mí. Al menos por hoy, quiero que esto no termine, y que dure lo más que pueda.

Rocío sigue en trance por mis caricias y toma mi cabeza entre sus manos. Mi cabello queda recogido entre sus dedos, lo que hace que mi tarea sea aún más fácil, ya que me da espacio para lamer exquisitamente su abdomen, ese que me invita a seguir saboreándolo antes de bajar donde mis latidos se encuentran.

Estoy a punto de bajar cuando siento las manos de Rocío sobre mi abdomen. Esta vez, a duras penas se incorpora, quedando apoyada en sus brazos para quitarme mi blusa y besar mi hombro

con delicadeza. La regresó a su posición, y aunque no opone resistencia, sé que ella quiere tocarme. Sin embargo, por ahora, solo quiero ser yo quien le brinde placer y hacerla sentir lo más cómoda posible.

Así que continuó hasta bajar sus pantalones. Desabrocho sus pantalones y los bajo, dejando al descubierto su parte íntima, solo con sus bragas de color negro que hacen juego con su piel blanca. Bajo hasta besar la punta de sus pies, subiendo lentamente por sus piernas. Alzo una de ellas y lamo su entrepierna de manera deseosa.

Al llegar a su ropa interior, no logre medir mi deseo por ella y de un tirón deshice la barrera entre las dos. No me di cuenta de ese reflejo hasta que pasó, y eso nos excitó aún más a ambas. No habíamos planeado nada, pero ese gesto, lleno de deseo, desencadenó una excitación adicional.

Rocío se sintió segura en mis manos y aprovechó esa oportunidad para adentrarme en ella con mi boca sobre su sexo. En ese instante, no pudo resistir soltar un profundo gemido ahogado, y eso fue la señal que necesitaba para seguir.

Exploré su intimidad con mi lengua y percibí su excitación, al igual que la mía. Este estímulo me motivó a introducir suavemente uno de mis dedos en su interior, arrancándole un suspiro de placer. Esta vez, no pudo evitar pedir más.

- Por favor, continúa.

Estas palabras me excitaban aún más, aumentando mi propio deseo. Esta mujer tenía un sabor exquisito en mi boca.

Accedí a su deseo y, con suavidad, introduje dos dedos en su interior, sintiendo cómo se entregaba a la pasión mientras mi lengua continuaba acariciando su clítoris. La estaba llevando a un placer profundo, y sabía que cumplía mi tarea excepcionalmente bien, pues su cuerpo respondía con cada movimiento de mis dedos.

Cuando sus gemidos se hicieron incontrolables, supe que era el momento de escucharla pronunciar mi nombre. Retiré mis dedos de su intimidad justo cuando estuvo a punto de protestar, pero los reintroduje rápidamente, esta vez con movimientos veloces y enérgicos, entrando y saliendo repetidamente.

Me acerqué aún más a ella, consciente de que estaba al borde del éxtasis, y deseaba disfrutar de cada instante de su placer. Quería sentir que era completamente suya, y no tenía intención de perder ni una sola gota de su dulzura.

Sus manos se aferraron a mi cabello, instándome a continuar con más pasión. Cuando percibí que estaba a punto de alcanzar el clímax, retiré suavemente mis dedos y me enfoqué en utilizar mi lengua para darle placer. No pasó mucho tiempo antes de que sus gemidos de éxtasis llenaran

la habitación, y su orgasmo se desatara.

Su éxtasis llenó mis sentidos, y saboreé con pasión cada rastro de su esencia. Aquel sabor era único y profundo, y supe que se convertiría en mi obsesión a partir de ese momento. Era como si su esencia estuviera impregnada en mí, y la tentación de seguir disfrutando de su sabor perduraba incluso después de que su orgasmo hubiera terminado.

Cuando me recosté sobre su pecho, pude sentir el ritmo frenético de su corazón. Ella me abrazó y acarició mi cabello, gestos tiernos que conquistaron por completo mi corazón. Había olvidado lo que significaba sentirse deseada sin necesidad de contacto físico, y Rocío había avivado en mí una intensa pasión sin haberme tocado siquiera.

Los latidos de su corazón gradualmente retornaban a su ritmo tranquilo, mientras mis caricias exploraban su piel, sus brazos y su cuello con suavidad. Su fragancia me embujaba, y las pecas en su pecho, así como la delicada curva de su abdomen, quedaron impresas en mi mente de manera indeleble.

Su piel y sus pecas despertaban en mí una pasión incontenible, y me sentía irresistiblemente atraída hacia ella. Era como si su esencia se hubiera arraigado profundamente en mi ser, y cada rasgo suyo me sumía en una adicción ardiente.

En ese momento, Rocío rompió el silencio de repente.

- Gracias.
- ¿De qué hablas? - Respondí sin saber qué decir, pues no deseaba recibir sus agradecimientos.
- De ti - contestó y me regaló otro beso.
- En ese caso, cuando quieras, guapa - añadí, y ella se ruborizó de nuevo, poniéndose nerviosa por mí, a pesar de lo que habíamos pasado.

Me encontraba tan cómoda a su lado que no quería abandonar ese estado de éxtasis, pero el sonido persistente de mi celular nos arrancó abruptamente de nuestra intimidad. No deseaba atenderlo, pero la llamada provenía de Lidia, y su insistencia no podía ser peor.

Me sentía frustrada, deseando que no hubiera interrumpido este momento, pero sabía que si me llamaba, debía de ser algo urgente. Suspiré con resignación antes de contestar la llamada.

- Hola Li, ¿qué pasa? – conteste cortante.
- Pasa que no apareces, desde ayer no se de ti y estoy preocupada porque no llegaste -

respondió preocupada Lidia.

Lidia es mi hermana mayor, que siempre vive preocupada por mí. A pesar de que ya tengo veintisiete años, siempre se preocupa cuando no aparezco por su casa los fines de semana. Puede decirse que es mi única familia y, en realidad, la amo, pero a veces es demasiado protectora.

- Tranquila, Li, estoy bien - intenté tranquilizarla.
- ¿Dónde estás? Ya fui a tu casa temprano – desesperada y su tono de voz salía del teléfono.
- Estoy con una amiga, - en ese instante noté cómo los ojos de Rocío se apartaban rápidamente de mí.

Era consciente de que Rocío y yo no éramos amigas, éramos simplemente dos adultas que compartieron este momento juntas. A menudo me preguntaba quién podría querer estar con alguien como yo, ya que en ocasiones me veía a mí misma como un desastre. Sabía que tenía que hablar con Rocío sobre estos sentimientos en algún momento.

- Bien, Lu, - respondió Lidia al teléfono. - Por favor, cuídate y ven. Si no apareces, iré a buscarte hasta debajo de las piedras - La llamada terminó con esa frase.

Después de la llamada, regresé a la cama para continuar explorando el cuerpo de Rocío. Quería seguir disfrutando de ese momento, pero noté que Rocío se levantaba y se dirigía al baño. En ese instante, una angustia inesperada se apoderó de mi corazón. No estaba segura de si realmente quería despedirme de ella. ¿Y si Rocío quería algo más de mí? ¿sería yo suficiente para alguien como ella? No me sentía digna de nadie.

Rocío salió del baño y cerró la puerta. Se acercó, acarició mi rostro con ternura. Incliné la cabeza para tocar su mano y apoyé mi peso en su hombro. Dejo un beso en mis labios, aunque no estaba segura si era una despedida o un saludo. No tenía intención de averiguarlo en ese momento.

Rocío rompió el silencio de repente con las siguientes palabras.

- Es hora de que te vayas -, y la verdad, no entendí su cambio de actitud.

Por lo general, solía ser yo quien escapaba de situaciones así, pero ahora parecía que Rocío quería que me fuera. ¿Acaso no le gusto estar conmigo? ¿O yo no le gustaba a ella? Sin decir nada, decidí recoger mis cosas. Mientras me vestía, y pude notar cómo su expresión se volvía fría y distante.

Rocío trató de explicarse:

- Lo siento, Lu. Es solo que tengo cosas que hacer y no sé cómo manejar esto.

Sus palabras me dejaron desconcertada y herida en lo más profundo de mi ego. Había sido yo quien a menudo evitaba involucrarse demasiado en las relaciones, pero en ese momento era Rocío quien parecía distante y me estaba empujando hacia fuera de su vida.

Se ofreció a pedir un taxi en tono apenado por haberme "corrido" de su casa, aunque yo ya estaba decidida a marcharme. Mi respuesta fue fría y distante.

- No hace falta, lo puedo pedir sola.

Tomé mis cosas y salí de su habitación. Sentía molestia, frustración, y aunque sus palabras habían sido simples, el "es hora de que te vayas" me había herido de alguna manera. Era de madrugada, y no tenía idea de qué hacer a continuación. Sin embargo, parecía que a Rocío no le importaba sacarme de su casa, en pleno centro, en medio de la noche, después de haber compartido un momento íntimo como nunca antes.

Cuando llegué a la puerta de su departamento, Rocío se puso frente a la puerta que daba al elevador. Irritada, le pregunté.

- ¿Qué quieres ahora? ¿Quieres más? – fui una completa idiota por haberme comportado de esa manera.

Sin embargo, Rocío me sorprendió al responder con seguridad: "Claro que quiero más", y me besó, eliminando de un solo gesto todo el enojo que había sentido minutos antes. Pero entonces se detuvo de repente.

- Te llevaré a tu casa y, si mañana quieres verme, me gustaría invitarte a comer. – dijo normal.

Su invitación fue sorpresiva, y no sabía cómo reaccionar. Finalmente, respondí de la peor manera.

- No necesito que me lleves, eso que quede claro. Tampoco estoy interesada en que me invites a comer. Creo que esto no fue una buena idea, ni lo que ha sucedido esta noche. Será mejor que me vaya, - respondí, sintiendo una mezcla de confusión y decepción.

Salí de su departamento triunfante, sintiéndome como una idiota, no miré atrás ni le di tiempo para hablar. Descendí las escaleras rápidamente, sin intenciones de esperar al elevador, ni de quedarme a presenciar alguna escena incómoda.

Una vez fuera de su edificio, como era de esperarse a esas horas de la madrugada, no había taxis en las calles. Mi única opción era llamar a la persona que tenía la culpa de sacarme de esa

ilusión: mi hermana Lidia. Si no hubiera sido por esa llamada, seguiría dentro con Rocío.

Marqué su número de teléfono, sonó varias veces antes de que finalmente respondiera en la quinta llamada.

- ¿Qué quieres, pesada? – respondió soñolienta como si estuviera profundamente dormida.
- Que vengas por mí. - estaba tan molesta por la situación.
- ¿Tú estás loca? Son casi las 4 de la mañana. – con su tono neutro como siempre.
- Ni me vayas a colgar. Hace treinta minutos estabas buscándome, pues bien, ahora necesito que vengas por mí. - sonando molesta.
- Sí, porque acabo de llegar a casa y no te vi en la fiesta de Karla. Me preocupé. – en ese instante recordé.

Maldita fiesta de Karla. Qué tonta fui. ¿Qué hago ahora? ¿Qué digo? ¿Dónde me escondo?

- Sí, pero en verdad fue algo que se salió de mis planes. ¿Puedes venir a recogerme, por favor? Estoy lejos de casa. En el camino hablamos. - cambie el tono para lograr el cometido.
- Está bien. ¿Dónde estás? – enfadada.

Le compartí mi ubicación.

- De acuerdo, llegaré en diez minutos. Luego, me explicas qué haces en el centro.

Al llegar, mi hermana me miró con ojos interrogantes, pero por supuesto, no le daría ninguna explicación.

- ¿Qué haces aquí? – pregunto Lidia al verme fuera del edificio.
- Trabajar. - sarcástica
- ¿A las 4 a. m.? ¿Crees que soy tonta o qué? – molesta.
- Ya, Li, sabes que no me gusta hablar de mi vida personal. – entre al auto cerrando la puerta.
- Y es por eso que sigues sola. Por eso, no tomas las cosas en serio. Siempre estás de un lado a otro, y cuando empiezas a interesarte por alguien, te escapas, sigues tu camino, no

miras atrás. Necesitas tranquilizarte, - me reprochó Lidia con franqueza, haciendo eco de una verdad incómoda que prefería evitar.

Mi hermana tenía razón. Soy un alma libre, no necesito a una persona en mi vida. Así que recordé mis idealismos y traté de que el corazón se alineara con la razón. Aunque debo admitir que esta noche esos ojos fueron la liberación que ansiaba calmar el alma.

CAPÍTULO 5

El fin de semana, aunque maravilloso, no terminó bien. Me comporté como una auténtica imbécil con Lu, y estoy segura de que no querrá verme de nuevo. Lo peor es que quiero verla. ¿Qué me pasó? No lo sé. Simplemente escuchar a esa mujer al teléfono recordó nuestra realidad.

No conocía a Lu. ¿Y si tenía pareja? No quiero ser la segunda opción de nadie. Aunque admito que me encantó pasar ese pequeño momento a su lado y que el sexo fue exquisito, no puedo permitirme otro encuentro o terminaré adicta a ella.

Siento un deseo apasionado de volver a verla, de buscarla de nuevo, de hacerla mía. Pero sé que no es una opción. Debo evitar problemas. Es mejor que siga mi camino. Con ese último pensamiento, me recompuse para empezar mi día.

Llego a la oficina, aparco el coche, y como de costumbre, Ernesto hace que pare el elevador. En realidad, no me molesta. Es como nuestra rutina y nuestro punto seguro. Al llegar, como siempre, le falta el aire y da las gracias.

- ¿Qué tal tu fin de semana? - indaga algo que me sorprendió, ya que casi no hablamos de nuestras vidas.
- Bien, no me quejo. ¿Y tú? - En realidad, sí me quejaba. Estaba perdida en una chica que no conocía y no volvería a ver.
- Bien, en realidad, mejor que bien - sonriendo.
- Me da gusto. – eran pocas las veces que lo veía sonreír.
- Sí, el sábado pensé en la cerveza, como era tarde para invitarte, fui solo a un bar y me la tomé. Sin embargo, lo mejor no fue la cerveza - dijo con cara de tonto -, sino a la mujer que conocí ahí. Nos quedamos platicando hasta que cerraron el bar, y me dio su número. – con sonrisa tonta.

Me sentía extrañamente feliz por Ernesto. Era un buen tipo y un gran compañero, aunque no pudiera considerarlo un amigo. Siempre compartíamos charlas, ya fueran laborales o sin sentido, pero no íbamos más allá de eso, o eso pensaba.

- En serio, me da gusto. – y así era.

Justo cuando abrieron las puertas del elevador, Sandra, quien parecía tener antenas para los chismes, soltó una pregunta sarcástica:

- ¿Qué nos da gusto el día de hoy? - esperando una respuesta, pero al mirarnos como si ya supiera qué contestar, fui yo quien respondió.
- Que Ernesto pudo dormir bien, Sandra. ¿Puedes creerlo? Ya no vio solo celdas en sus sueños. Ahora pasó de celdas de Excel a números primos.

Siempre nos divertía molestar a Sandra, y como le encantaba el chisme, nosotros lo pasábamos bien haciéndolo.

Al llegar a nuestra oficina, como siempre, dejamos nuestras vidas personales atrás para concentrarnos en el trabajo. Sin embargo, esta vez me resultaba difícil mantener la concentración, ya que las imágenes de Lu y nuestro encuentro íntimo continuaban rondando en mi mente, desafiando mis esfuerzos por mantenerme enfocada en las tareas laborales.

Recordaba cómo acariciaba mi clítoris con tanta sensualidad y delicadeza, lo que estaba excitándome llenándome de éxtasis en cuestión de segundos. Nunca había sentido lo que ella provocaba.

Debo ser honesta conmigo hacía tiempo que no experimentaba esa conexión física y emocional con alguien. Pero, ¿qué podía hacer ahora? Ni siquiera tenía su número de teléfono. ¿Debería volver al parque y buscarla? Sin embargo, regrese a la realidad cuando escuche la voz de Ernesto.

- ¿Dónde estás, Rocío? ¿Te sientes bien? – pregunto preocupado.
- Sí, claro. ¿Por qué? - dije, tratando de componer mis pensamientos.
- Porque llevo como diez minutos explicándote el problema de este cliente, y no has respondido. Tú no eres así.
- Discúlpame. Dame dos minutos para recomponerme. - saliendo hacia el baño.

En el baño, encontré a Jimena, una de mis practicantes. Antes del encuentro con Lu, nunca les preste atención a ciertos detalles, pero ahora notaba como Jimena parecía buscar estar cerca y tomaba cada oportunidad para tocarme o hacerse presente.

- ¿estás bien? - preguntó mientras echaba agua en la cara.
- Sí, Jimena. Gracias por preguntar. – sin verla.

Jimena pasó su mano por mi espalda, logrando que de inmediato retomara postura.

- Segura – pregunto de nuevo.
- Sí. - Dije sin más y salí del baño.

Esta chica logró ponerme nerviosa de cierta manera. Siempre encontraba excusas tocarme, ya fuera el brazo o el hombro, o simplemente estar cerca. No le prestaba mucha atención, pero creo entender lo que Jimena buscaba, y no estaba en disposición de dárselo.

Aunque Jimena era una joven guapa de unos veinte años, no estaba interesada en absoluto, ni de ella ni de nadie. Ni siquiera Lu, a pesar de que estaba atrapada de alguna manera. Necesitaba convencerme que debíamos seguir caminos separados, ella a su vida y yo a la mía. Quería creer que así sería.

Regresé a la oficina y encontré a Ernesto aun resolviendo los problemas del cliente. El reloj marcaba pasadas las diez de la noche cuando el guardia de seguridad apareció, pensando que habíamos dejado la luz encendida y vino a apagarla. Agradecemos que nos interrumpiera, ya que estábamos agotados y necesitábamos descansar. Fue entonces cuando me di cuenta de que no llegaría a tiempo para encontrarme con Lu en el parque debido a la hora.

El pensamiento de no poder explicarle a Lu lo que había sucedido me hacía sentir cobarde, pero también recordaba que había sido yo quien evitó enfrentar la situación.

Al observar la expresión en el rostro de Ernesto, me di cuenta de que él también estaba pasando por lo mismo. Decidí invitarlo a tomar una cerveza; después de todo, éramos amigos, aunque nunca lo admitiéramos abiertamente. Los años de trabajar juntos nos respaldaban, y nunca habíamos discutido ni menospreciado el trabajo del otro.

- ¿te apetece ir por una cerveza? Si no tienes nada mejor que hacer o si no estás muy cansado. – inicie la conversación.
- Vamos. Creo que es la mejor propuesta que me han hecho en el trabajo, y eso que ya son algunos. - Sonrió.
- No desperdicies la oportunidad. - También sonreí.
- Nos vemos en el bar del centro. - Dijo
- Vamos. - Respondí.

Cada uno se fue en su coche ya que era lunes y al día siguiente debíamos volver a trabajar. Optamos por encontrarnos en el bar. A los diez minutos, estábamos juntos en el lugar, charlando de todo un poco. Para un lunes, había bastante gente. Sin darme cuenta, busqué con la mirada a Lu, pero no la vi. Quizás era tan bohemia y de espíritu libre que no se sentía atada a un horario o

a dar explicaciones a nadie, algo que me atraía, aunque al mismo tiempo me generaba cierta inseguridad.

- Otra vez te fuiste. - Dijo Ernesto, sonriendo.
- Lo siento, ¿Qué decías? – Regresando a la realidad.
- Puedo preguntarte algo. Si quieres contestar, adelante. Si no, haz como si no hubiera dicho nada. Y si te ofendo, te pido disculpas por adelantado. - Se puso un poco rojo.
- Claro, pregunta. - Dije con confianza. Sabía que era algo importante porque él rara vez preguntaba algo. Para romper el hielo sin pensarlo demasiado, continué hablando. - Pero no quiero ser tu novia, ¿eh?

Ambos reímos, como nunca antes. Era la primera vez en todos estos años que salíamos solos y manteníamos una conversación fuera del trabajo. Tenía que admitir que Ernesto era un tipo amable y simpático.

- No se trata de eso. Además, no eres mi tipo, sin ofender. - Se río. - Es que he notado que has estado distraída desde el viernes. Cuando te desconectas, parece que estás pensando profundamente.

Me miró, sin saber lo que pasaba por mi mente. Y la verdad, ni yo misma sabía lo que sentía, pero continuo.

- No quiero entrometerme, Rocio, pero te aprecio. Si estás conociendo a alguien, deberías darte la oportunidad. Nunca sabes cuánto tiempo puede durar la magia, el amor, la amistad o simplemente una conexión. – no supe que decir ante eso.
- Gracias, Ernesto. No sabía que sentías eso, y es bonito. Gracias por preocuparte por mí. En realidad, no sé lo que quiero en estos momentos en cuanto a asuntos personales. Estoy confundida. - Bajé la mirada.
- ¿Por qué estás confundida? ¿Es por la chica que estaba contigo el sábado? – soltó de repente.

Estaba sorprendida, apenada, quería esconderme. ¿Cómo lo sabía él? No entendía nada y no pude evitar derramar algunas lágrimas. Ernesto se acercó y me abrazó sin decir una palabra. Nos quedamos así por un momento, y cuando nos separamos, lo miré a los ojos y asentí.

- Tranquila. Me alegra verte feliz. Ustedes dos hacen una bonita pareja. Ser una mujer no debería impedirte ser feliz. El amor no tiene género, es solo amor.

Era un hombre maravilloso, en ese momento lo entendí. Lo abracé nuevamente, esta vez feliz de poder hablar con alguien, con un amigo que siempre había estado ahí, pero ninguno de los dos lo veía hasta ahora.

- Gracias por tus palabras. Veré qué puedo hacer, pero en realidad fue la primera vez que salí con ella y no terminamos muy bien – terminé diciendo.
- Pues deberías verla, te veías feliz y sin preocupaciones a su lado – mirándome a los ojos.
- Trataré de seguir tu recomendación. - Sonreí. - Pero dime, ¿y la mujer que conociste?
- Pues tengo su número, pero la verdad no me atrevo a llamarla. - También se notaba tristeza en su mirada.
- Como acabas de decir, atrévete tú también. Inténtalo. - Le di ánimos. - Vida, solo hay una. Sé feliz.

Ambos alzamos nuestras cervezas y brindamos. "A la salud de la felicidad", dijimos. Seguimos charlando y riendo.

Pasadas las horas, nos despedimos y regresé al departamento, lista para enfrentar otro día en la oficina al día siguiente.

CAPÍTULO 6

Desde que salí del edificio de Rocío, no volví a tener noticias suyas. Intentaba convencerme de que tal vez era lo mejor así. ¿Quién era yo para esperar que ella me retuviera después de lo que compartimos? Aunque costaba aceptarlo, quizás eso era todo lo que podía esperar de ella. Es probable que haya obtenido lo que buscaba y haya decidido seguir adelante con su vida, dejándome atrás.

Estos pensamientos me persiguieron desde aquel fin de semana, debo admitir que fue maravilloso pasar ese momento íntimo a su lado. Ha pasado mucho tiempo desde que alguien me atrajo de la manera en que lo hizo Rocío. Sé que no es justo culparla por nada. Estaba en su derecho, además, era su primera experiencia con una mujer. ¿Quizás se asustó por lo que ocurrió? ¿O simplemente no le gusté? Pero fui demasiado cobarde para preguntarle, para buscarla. Sabía dónde vivía, al menos, solía saberlo.

Pensé en ir tras ella después de esos tres días sin noticias suyas, ni siquiera en el parque. No ha vuelto a aparecer, o al menos no se ha vuelto a acercar. ¿Quizás no quería verme de nuevo? ¿O acaso solo iba al parque para escucharme o verme? Me estoy volviendo loca, debería dejar de pensar en ella. Además, debido a su culpa por echarme de su casa a altas horas de la noche, Lidia no ha dejado de indagar sobre mi vida. No soy buena dando explicaciones, y no sé cómo librarme de ella. Aunque sé que se preocupa, no quiero que invente problemas donde no los hay.

Decidí ir a ver a Karla, con quien no he hablado desde que la dejé plantada en la fiesta. Lo reconozco, merezco su enojo. Era un compromiso que tenía pendiente desde hacía meses, pero como siempre, no quise perder la oportunidad de conocer a Rocío. Y ahora, ni Rocío ni Karla. Me encaminé a su casa para pedir disculpas y no tardé en tocar la puerta.

- Pasa, - dijo Karla con evidente molestia.
- Lo siento, Karla. - Intenté abrazarla, pero ella me detuvo.
- No más, Lucía Becker. Siempre sabotear todo lo que intento hacer por ti, - estaba visiblemente enfadada. - No debía ni verte. Estoy harta de intentar ayudarte cuando tú no quieres ser ayudada.
- Sabes que no quiero tu ayuda, y no falté a la fiesta por eso.
- Pues espero que tengas una muy buena excusa para desaprovechar la oportunidad de tu vida.

- (suspirando) – Fue por alguien que conocí. En realidad, solo fue algo que ocurrió en una noche, pero me atrapó y, sin quererlo, olvidé todo en ese momento.
- Mira nada más, por fin alguien logró que perdieras el control. Quiero conocerla, y tal vez esta chica pueda ayudar a que esta testaruda cabeza tuya cambie, entre otras cosas más.
- No es posible, Karla. Ya te dije que solo fue algo de una noche, ni siquiera sé si la volveré a ver.
- No cambiemos el tema. Me dirás todo de ella, sin embargo, sigo molesta. Sabes que el sábado estuve con uno de los productores musicales más reconocidos en la actualidad. Él podría haber impulsado tu carrera. - Dije gesticulando con las manos hacia arriba.
- No quiero que impulsen mi carrera, no me interesa entrar en ese medio, Karla. Entiende, solo iría a tu fiesta por tu cumpleaños, y mi regalo era cantar para ti y tus invitados. No busco fama, en realidad, no la quiero.

Saqué una pequeña caja con un obsequio y ella me abrazó. Por un momento, pensé que habíamos hecho las paces, pero no fue así.

- Seguimos con una conversación pendiente, por el momento dejaré el tema del productor. – Dijo resignada. – Pero pronto espero hacerte entrar en razón. Ahora, cuéntame de esta chica que hizo que te olvidaras de mí.
- (riendo) - Siempre tan directa, ¿verdad?
- Ya sabes cómo soy. Así que cuéntame, ¿quién es? ¿De dónde es? ¿A qué se dedica? Todo.
- En realidad, no sé nada de lo que acabas de preguntar. Como te dije, solo la conocí el sábado, tuvimos sexo y eso fue todo.
- Eres más misteriosa de lo que pensaba, ¿será por eso que andas así?

No entendí a qué se refería. Siempre he sido un poco peculiar, pero me lo dijo de una manera que parecía que quería sacarme esa "espinita".

- ¿Así cómo? – Pregunté, esperando una respuesta.
- Olvidalo, no dije nada.

En ese momento, Antonio, el esposo de Karla, entró y saludó. Esto hizo que nuestra conversación diera un giro, quedé con esa inquietud en mi interior. Antonio y Karla eran amigos

desde siempre, y siempre habían estado ahí para Lidia y para mí. Nos apoyaban en todo, siempre les agradecemos por ser tan buenos amigos. Desde que nuestros padres fallecieron, nunca dejaron de preocuparse por nosotras.

Ellos eran como hermanos mayores para nosotras. Aunque no eran mucho mayores que nosotras, Karla tenía alrededor de cuarenta y cinco años, al igual que Antonio. Se conocieron en la universidad y nunca se separaron. Eran amigos cercanos de la familia y solían visitarnos en casa de mis padres, así que quedó esa familiaridad y cercanía.

Sé que Karla se preocupa por mí, ya que siempre tengo la cabeza en las nubes. No tengo raíces ni busco establecerme en ningún lugar. Últimamente, voy de ciudad en ciudad, y cuando me canso de estar lejos, regreso sin más a mi "hogar", con Lidia y su familia.

Por eso, Karla siempre pone empeño en que siga mi carrera como cantante, pero no quiero. En realidad, no quiero ser ese tipo de cantantes. Prefiero disfrutar la cercanía de las personas, además, he conocido mujeres hermosas. No puedo decir que haya conocido muchas como Rocio, sin embargo, la vida ha sido buena.

Después de una conversación con mis amigos, me dispongo a retirarme como siempre, llevando mi guitarra en la espalda. Me dirijo al parque, al mismo lugar donde conocí a la mujer que, sin darme cuenta, quiero volver a ver. Pero no sé si la volveré a encontrar.

Además, fue ella quien me pidió que me fuera de su casa; no sería correcto buscarla. Mejor sigo mi camino y vuelvo a la música; ya vendrá otra persona para una nueva noche. Al llegar, saco mi guitarra y comienzo a tocar. Como todos los días, las personas se acercan, y al terminar, recojo lo que he conseguido. Luego, me dispongo a ir a la fiesta de una de las chicas que conozco.

Al llegar a la fiesta, como siempre, preparo mi guitarra y comienzo a cantar. Necesito sentirme rodeada de personas; sé que no les intereso, a ellas no les importa mi vida. Al terminar, con unas copas de más, nunca falta la chica que siempre se acerca a mí, me dice que tengo una hermosa voz, me besa y nos dirigimos a mi casa para pasar la noche juntas.

Esta vez no fue la excepción. Al llegar a mi casa, me acompañaba una joven atractiva de cabello rizado y una figura impresionante. Deseaba profundamente que fuera ella quien estuviera a mi lado, anhelando que su presencia hiciera desaparecer los pensamientos de Rocío que parecían atormentarme sin tregua. Por eso, la invité a mi habitación con un deseo incontenible de compartirla y de entregarnos mutuamente al fervor del momento.

Nos entregamos apasionadamente a nuestros deseos. Experimenté una penetración intensa por parte de ella, y luego me incliné para ofrecerle placer de la misma manera. Al sentir mi lengua acariciar su intimidad, no pudo evitar gemir de placer y apretar mi cabeza contra ella, rogándome que no detuviera la intensidad. Por supuesto, continué, ya que ambos estábamos disfrutando al máximo.

Terminamos empapados en sudor y saturados de excitación. Tengo que admitir que no me había imaginado el nivel de placer que esta desconocida podía proporcionarme. La verdad es que no me interesaba ni conocer su nombre en ese momento.

Después del encuentro, ella quiso abrazarme, pero me levanté de inmediato y me dirigí al baño. No quería ni podía tener más de ella. Ya había obtenido lo que necesitaba, después de todo, estábamos en mi casa y en mi cama. Regresé a la habitación y sé que ella comprendió perfectamente lo que sucedía. Debe haber sentido lo mismo que yo, porque cuando volví, la mujer en cuestión ya no estaba allí. No había dejado ni una nota ni nada. Me sentí vacía.

Esto no me había pasado antes; siempre había sido una chica de una noche y adiós. No había tenido relaciones largas, y no sabía cómo llevarlas. Solía estar en constante cambio, y con eso me refiero a que nunca pasaba más de un mes en una ciudad. No tenía intención de cambiar eso por nadie.

Además, había conocido a muchas personas que me habían extendido su amistad y me habían brindado refugio en momentos difíciles. Siento la necesidad de volver a ese mundo, y agradezco que pronto me mudaré a Génova por un tiempo para distraerme de este caos que tengo en la cabeza. No puedo quitarme de la mente a esa mujer que me pidió que me fuera sin dar ninguna explicación.

Estaba considerando la posibilidad de pedirle una explicación, buscarla y hablar con ella. Quería decirle que, si ella lo deseara, estaría dispuesta a cambiar para estar a su lado, aunque sabía que eso era poco probable. No conocía el carácter y la fortaleza de Rocío, pero de ser así que no creía que pidiera nada de nadie.

Para aplacar este ardor entre mis piernas, decidí tomar una ducha con agua fría, con la esperanza de que eso aclarara mi mente y devolviera a mi corazón a su lugar, pretendiendo que no siente ni existe.

La verdad es que desconozco por completo lo que es amar, ya que nunca he estado ni he caído prisionera de esos sentimientos. Entonces, no puedo definir lo que estoy experimentando. Ignoro cómo se siente el deseo de amar. Por mi parte, solo deseo y lo consigo, como lo hice esta noche, pero con Rocío habría deseado tener más tiempo, compartir la noche con ella y no que todo terminara como lo hizo.

Me duele, y no quiero reconocerlo, pero dolió que me echara de su casa, sin decir más nada. Ahora se me ha metido en la cabeza que lo mejor es averiguar por qué. Pero no tiene caso, de pronto es una chica reprimida que no sabe lo que quiere, y yo no soy de rogar a nadie. También sé que tengo mis encantos, como lo acabo de demostrar con la morena que me follé en mi cama hace un rato.

Soy un desastre, sí, lo soy. Menos mal que no soy hombre, porque si, sería un patán. Si así ni yo

me soporto, con todas las ideas y tonterías que hago. Sé que no soy digna de nadie que merezca ser feliz, porque yo solo veo por mí, y así será siempre.

CAPÍTULO 7

Ha pasado una semana desde aquella noche con Lu, y no he sabido de ella, lo cual comienzo a creer que es lo mejor. Sé que fui la causante de que se marchara, pero necesitaba entender qué sucedió, por qué reaccioné de esa manera, pero no lograba encontrar una explicación.

Durante toda la semana, no he dejado de pensar en ella, en su voz, su mirada y sus caricias. Esas caricias que lograron que me olvidara de la existencia del mundo. Quisiera tener una oportunidad de verla de nuevo, de explicarle lo que pasó y por qué le pedí que se fuera. Sin embargo, no tenía el coraje para enfrentarla. No estoy acostumbrada a esto, a lidiar con alguna relación, y menos con una mujer.

En realidad, nunca he tenido una pareja formal, y no sentía la necesidad de una. Bastaba con una buena noche y listo. Pero lo que pasó con Lu me hizo desear repetirlo y ser yo quien la tenga, descubrir su cuerpo y hacer lo que ella hizo conmigo, brindarle placer como ella lo hizo, aunque ni siquiera fui capaz de devolverle el gesto.

Decidí que hoy saldré temprano para encontrarme con ella en el parque y hablar. Siento la necesidad de explicar por qué me comporté de esa manera. Por supuesto, no le diré que sentí celos al verla conversar con otra mujer, al menos eso es lo que creo.

Estoy a punto de salir de la oficina cuando encuentro con Jimena fuera del estacionamiento, y ella me detiene.

- Hola, Lic. Rocio, ¿ya se va?
- Sí, Jimena, eso es justo lo que estoy haciendo. - No quiero ser brusca con ella, pero últimamente busca cualquier excusa para estar a solas conmigo o acercarse, y eso está empezando a molestarme.
- Espero que disfrute de su tarde y su fin de semana. - Dice sonriendo. - Si está interesada, podríamos salir a tomar una copa al bar de al lado.
- Gracias, Jimena, pero no es correcto que salga con usted. - Digo esperando que entienda.
- Lo entiendo, soy su subordinada. - Jimena baja la mirada.

No sé por qué me siento mal con ella. Tal vez sea mi cabeza, que, por estar pensando tanto en Lu, está empezando a confundir las cosas con Jimena. Ahora también le estaba pasando factura a ella, y creo que debería ser más consciente.

- No es por eso, Jimena. - Digo sinceramente. - Podemos posponerlo para otro día, hoy tengo un compromiso. - Miento, ya que no sé si realmente encontraré a Lu en el parque, pero quiero intentarlo.
- Está bien, no pasa nada. Espero pronto podamos tomarnos una copa juntas. - Jimena se acerca, me da un beso en la mejilla y se marcha sin darme tiempo de decir nada.

Ese beso fue extraño, pero admito que, aunque no me lo esperaba, no me molestó. Fue tierno e inocente, además no hay nada entre nosotras.

Después de eso, me subo al auto y me dirijo hacia el parque. Tal vez pueda llegar antes de que Lu comience a cantar y pueda hablar con ella. Así evitaré que se vaya y además podrá seguir tocando mientras la espero.

Al llegar al parque, como esperaba, Lu aún no ha llegado. Así que me quedo en el lugar donde la escuché cantar por primera vez, esperando verla aparecer. No pasan más de treinta minutos cuando finalmente llega con su guitarra y su pelo despeinado, lo cual me encanta y le da un aire un poco rebelde y despreocupado.

Debo admitir que es guapa y parece disfrutar de su vida. Pero también sé que es una persona que no la ata nada en la vida. Al parecer, le gusta estar moviéndose de lugar, por su forma de vestir y por su personalidad. Al ver que se iba acercando, me dispuse a hacer lo mismo. Y como lo pensé, al verme, pretendía darse la media vuelta para marcharse.

Al ver esa escena, apresuré mi paso y la alcancé detrás de unos árboles frondosos. Cuando llegué a ella sin pensarlo, tomé su mano y la giré hacia mí. Lu quedó sorprendida por mi gesto, y yo aún más, pero no podía permitir que se fuera. Tenía que hablar con ella y tratar de entender qué me pasaba cuando la veía, porque no era normal.

- Espera, por favor. -Dije sin soltar su mano.
- ¿Qué es lo que quieres, Rocio? -Dijo con un tono molesto.
- Necesito hablar contigo, necesito saber qué pasa conmigo.
- Lo que pasa contigo es tu problema, y lo que pasa conmigo es mi problema. -Lo dijo de forma prepotente y altanera, lo que heló mi sangre.

Me encontraba reflexionando sobre qué esperaba de esta joven aparentemente sin preocupaciones, a quien nada parecía ligar a un lugar específico. Aunque no había compartido conmigo sus pensamientos al respecto, su personalidad daba la impresión de que no se sentía arraigada en ningún sitio en particular. Quizás estaba siendo injusta al juzgarla de esa manera.

Sin embargo, lo que más me intrigaba era comprender qué ocurría en mí cada vez que la veía y, sobre todo, cuando la escuchaba.

- Lo siento. - Solo alcancé a decir, soltando su mano.
- ¿Sientes qué? Exactamente. - Dijo sin entender.
- Siento haberte pedido que te fueras aquella noche.
- ¿Después de casi una semana lo sientes? Eres lenta, ¿no?
- Perdón. - Dije exasperándome. Me ofendió.
- Sí, has sido bastante lenta en tu respuesta. Pasó una semana y de repente apareces, me atrapas en mi lugar de trabajo, me sigues y luego me aíslas entre los árboles para disculparte. Lo siento, pero parece que te cuesta tomar decisiones o tal vez tienes algún problema personal. Aunque no te preocupes, no tienes que pedir disculpas, - expresó con franqueza.

En ese instante, me vi sin palabras. Mi intención era entablar una conversación con ella, darle la oportunidad de conocerme, escucharla y disfrutar de un momento tranquilo, lejos de la rutina. Deseaba compartir un tiempo juntas en ese mundo sin responsabilidades, aunque solo fuera por esa noche.

Sin embargo, tenía que reconocer que estaba equivocada al pensar que solo yo era importante en esta situación.

- De alguna manera, me evitaste la incomodidad de marcharme por mi cuenta. Además, no es mi costumbre pasar la noche con nadie, y tú no serías la excepción. - Lu pronunció estas palabras de manera torpe, y su frase me golpeó como un puñetazo.
- ¿O sea que fui una más, otra en tu lista de hippies a las que tomaste una noche y luego descartaste? - Sin pensarlo, le propiné una cachetada.
- (tocándose la cara). - Eso lo dijiste tú, no yo. Pero si eso crees, está bien. Además, pusiste las cosas muy fáciles. Tú me llevaste a tu departamento, yo no te obligué a nada.

Sentí en ese momento cómo mi corazón se partía. No sé por qué las palabras de esta extraña resonaban en mi corazón. ¿Quién era ella? Solo habíamos tenido sexo esa noche, y ella dejó en claro que siempre hacía eso con las demás. Fui solo una adicional a su lista, nada especial.

- Bien, entiendo. No volveré a molestarte. - Indignada y con mi orgullo herido, me solté y estaba a punto de marcharme cuando ella tomó mi mano y me atrajo hacia ella.

Lu me tomó por el cuello, y en un instante que no esperaba, selló nuestros labios con un beso sin darle tiempo a mi mente para asimilar la situación en la que nos encontrábamos. Fue un beso dulce, acompañado de sus caricias en mi espalda, y no me permitió soltarme. Me vi envuelta en el torbellino de sus besos, consciente de que estaba cometiendo un error que podría convertirse en mi perdición y mi adicción.

¿Cómo pude termine aquel beso que, a mi pesar, me encantó? Pero necesitaba ponerle fin, porque estaba confundida, ¿qué estaba pasando?

- ¿Qué fue eso? – pregunte confundida
- ¿Qué? – dijo Lu con descaro
- El beso.
- Fue en respuesta a la cachetada que me diste, tenía que cobrármela de alguna forma, y no se me ocurrió una mejor manera que un beso.
- Eres extraña, ¿lo sabías?
- No es la primera vez que me lo dicen, y tal vez no sea la última.

Esa manera de expresarse me estaba causando algo de desesperación. No ando por ahí con cualquiera, y mucho menos con una desconocida que me desconcierta solo por una noche de sexo, y vaya sexo el de aquella noche, el cual quería repetir.

- Me voy, tengo claro que solo fue sexo de una noche, y solo eso. – dije a punto de irme.
- Pero ya no me deseas. - Dijo de manera presuntuosa.
- Nunca lo hice, te recuerdo que tú me besaste en el bar.
- Sí, lo recuerdo, y lo volvería a hacer.

Y de nuevo me atrajo hacia ella, pero esta vez me permití sentir sus labios suaves y carnosos. Su lengua se abrió paso en mi boca para encontrar la mía, y ese beso apasionado no me permitía negarme al placer de nuestro deseo.

Era el mejor beso que había tenido en mucho tiempo, y sé que ella lo sentía, porque ahora era yo quien la atrajo hacia mí, sosteniendo su cabeza para que no se separara de mis labios ni por un segundo.

Cuando nos faltó oxígeno en nuestros cuerpos, nos dimos el espacio suficiente para respirar, pero no dejé de atraerla hacia mí por su nuca. Pegué mi frente de nuevo a la suya para mirarla directamente a los ojos.

No quería perder ese contacto visual. Sin separarnos, ella besó mi nariz, luego mi cuello, y finalmente regresó a mis labios. Al terminar el beso, me preguntó:

- ¿Quieres ir a mi casa?
- Vamos, ya. - Dije sin pensar.

Ella rio, me dio otro beso, como si me estuviera castigando, y tomó mi mano para meterla en su pantalón. Pude sentir su zona íntima, que estaba muy húmeda. Me encantó saber que era yo la que había causado esa excitación, y solo nos habíamos besado.

- Así me tienes, y necesito que terminemos esto. – pronuncio Lu entre un susurro.
- Pues vamos a tu casa de una vez. -Sin sacar mi mano de su intimidad y tocándola aún.
- No puedo, tengo un deber y es hacer lo que vine a hacer. - Sacó mi mano, aunque me resistí, y ella rio. Me estaba torturando, pero me gustaba.
- Está bien, haz lo que viniste a hacer y después nos vamos. – sentencie.
- Es un hecho.

Lu tomó mi mano, que había estado en su intimidad, y chupó uno a uno mis dedos. En ese momento, fui yo quien sintió una excitación entre mis piernas. Me mojé solo con sentir su lengua en mis dedos y cómo los chupaba.

Como si fuera una travesura, me miró y sonrió. Luego se dirigió al lugar donde siempre tocaba su guitarra y comenzó a hacer lo que hacía mejor además del sexo: cantar como si no existiera nada en este mundo. En ese momento, aprecié mucho su entrega. Era exquisito escuchar su voz, simplemente una perfecta armonía.

No podía evitar dejar de mirarla, y ella al parecer tampoco podía. Cada canción que tocaba se centraba en mirarme sin quitarla. Era consciente de que ese acto estaba removiendo algo en mí que pensé que no existía.

Seguí observándola y detallando más su persona, su esencia y su amor por la música, ese amor que en ese momento sentía mío por un momento. Sin embargo, era consciente de que ella no pertenecía a nadie, solo a ella y a su música. Me sentía celosa del instrumento que tocaba porque era lo único que jamás la separaría de su pasión.

CAPITULO 8

Como en las demás presentaciones en el parque, todas las personas aplaudían, y cada vez parecía que eran más. Yo seguía ahí, esperando después de su última canción, para ir a su casa, como ella sugirió.

Al concluir, sin apartarme de mi costumbre, me aproximé a ella y saqué un billete de mi cartera para colocarlo en su estuche, pero en ese momento, Lu tomó mi mano y me detuvo.

- Ni te atrevas. - Dijo con un tono frío.
- Yo quiero. - Dije. -Además, es tu trabajo.
- Si lo haces, no seguimos a mi casa.

Sin pensarlo, ni discutirlo, guardé mi billete y asentí. Lu sonrió victoriosa ante eso, pero en realidad, quien saldría ganando sería yo.

- Vámonos. - al ver que ya había guardado todo en su estuche y mochila.
- ¿Tienes prisa? - Preguntó con un tono coqueto que admito que era muy sexy.
- Demasiada, necesito resolver ciertos temas. - Tomé su mano y la guie a mi auto.

Ya dentro del auto, no perdí la oportunidad de ser quien la besara. Esta vez explore con mi lengua en su boca, en busca de la suya, esa lengua traviesa que sabía cómo excitarme y hacer que me mojara tanto que podía gemir solo de placer al sentirla. Puse una mano entre sus piernas, y ahora fui yo quien arrancó un gemido ahogado de su boca mientras nos besábamos.

Sin poder evitarlo, seguí tocándola por encima de su pantalón hasta que sentí la mano de Lu que me detenía y paró de besarme para poder respirar y hablar.

- Vamos, o no puedo prometer que me contenga de cogerte en tu auto.
- No puedo contenerme de hacerlo aquí. - Dije agitada, y en verdad, estaba a punto de subírmela para sentirla.
- Vamos, a casa no está lejos. - Me dio otro beso y puse el auto en marcha.

Lu me guio por cuatro cuadras hasta llegar a una casa muy hermosa. En realidad, no parecía que

fuera el estilo de Lu. Era muy particular, tenía un hermoso jardín cuidado y un amplio estacionamiento. Ella me indicó que podía aparcar dentro y que no había problema, ya que ella vivía sola.

Al salir del auto, tomó mi mano y nos dirigimos a la entrada. Pensé que encontraría una casa de una persona descuidada y desalineada como ella, pero como suelen decir, no debemos juzgar un libro por su portada. Al entrar a su hogar, desprendía un olor a madera con una mezcla de vainilla, y se sentía ese toque hogareño. Me dio nostalgia y recordé a mi familia.

- ¿Estás bien? - Preguntó intrigada.
- Sí, no me hagas caso, solo que... - No terminé la frase.
- ¿No te imaginabas que viviera en una casa así? ¿Y que estuviera limpia? - Sentí molestia en su voz.
- No es eso, es que te ves como una mujer despreocupada, por lo tanto, no creí que fueras tan organizada. - Quise sonar coherente.
- Pues ya ves, no todo es lo que parece, puedo sorprender a muchas personas.
- No lo dudo, como lo has hecho conmigo.

Sin permitirle decir una palabra más, fui directamente a sus labios. Lu me tomó por la cintura y me dirigió hasta su cuarto. Esta vez, quería ser yo quien se deleitará con su cuerpo y su intimidad. Así que no le permití que me quitara la ropa.

La senté en su cama y me dispuse a quitarle la ropa. Mientras iba desvestiéndola, acariciaba su espalda y sus hombros, depositando pequeños besos en cada parte que descubría de su cuerpo.

- Lo estás haciendo bien para ser tu primera vez con una mujer. - Dijo con la voz quebrada por la excitación, lo que provocó que siguiera sin decir una palabra.

La sujeté de la cintura y la obligué a subir a su cama para quedarse tendida. Dejé su sostén puesto y bajé por su abdomen llenándola de besos. Reconocí que tenía una linda figura y su piel blanca, la cual se ponía roja al besarla por la succión que quería ejercer en ella. Al llegar a su pantalón, quité el cinturón que tenía.

Una vez decidida, desabroché el botón y deslicé de manera experta sus pantalones por sus tonificadas piernas. Para ser sincera, tenía unas piernas hermosas para una chica que parecía despreocupada por todo, como si fuera una atleta; eran firmes y tersas. Besé cada una de ellas al tocarlas y acariciarlas, ahora la tenía para mí, expuesta solo en ropa interior.

Me deslicé de nuevo hasta su torso. Admito que no sabía bien qué hacer, así que avergonzada, le pedí que alzara un poco su espalda para desabrochar su sostén. Ella rio y me dio un apasionado beso en los labios, lo cual creo que fue para ayudarme a vencer la timidez.

Una vez sus pechos quedaron expuestos ante mí, tomé uno de ellos entre mis manos. Ella atrajo mi cara hacia el otro y supe en ese instante que debía besarlos. Con una mano masajeaba su pezón y con mi boca dejaba besos en el otro. Seguí así por un momento hasta que su gemido de placer salió de su boca y no pude evitar llevarme su pezón completo a mi boca y chuparlo como si fuera un caramelo que estaba disfrutando.

Ella alzó su abdomen, y entendí que estaba en lo correcto. Le había gustado lo que acababa de hacer, así que procedí a hacer lo mismo con su otro pecho. Al tomar confianza en sus pechos, empecé a acariciarlos y lamerlos, de una manera tan rica que me estaba mojando solo de sentirlos en mi boca. Ella trataba de tocarme, pero no se lo permitía; quería que disfrutara esta vez.

Con una de mis manos, acaricié su sexo por encima de su ropa interior y sentí que estaba húmeda. Eso solo aumentó mi excitación, y sin pensarlo dos veces, bajé su última prenda, dejando su intimidad expuesta ante mí, hermosa y tentadora. Me recosté entre sus piernas y comencé a lamer toda su humedad.

Estaba tan húmeda que sació una sed que desconocía que tenía. Su aroma fresco y la sensación de liberación que emanaban de ella me atraían irresistiblemente. Entre gemidos, me suplicó que la penetrara, que continuara con mis manos, y así lo hice. Deslicé mis dedos hacia su interior, y al ver su expresión, comprendí que no podía detenerme.

Esta noche era solo el inicio de mi deseo de explorarla completamente. Comencé con movimientos lentos para prepararla y luego aumenté la intensidad a medida que sentía que se volvía más húmeda. No encontré resistencia, ya que estaba completamente mojada, lo que facilitó que avanzara sin causarle molestias. Anhelaba sentir más de ella, y eso sucedió. Pude introducir mi lengua en su intimidad, y ella, con su mano, ejercía presión sobre mi cabeza para mantenerme dentro.

No podía parar; era como una adicción, un sabor adictivo que no quería dejar de probar, de saborear, de sentir. Y sé que ella se dio cuenta cuando, sin poder contenerse más, su orgasmo estalló en un grito ahogado.

- ¡Rociooooo! – dijo mi nombre en un grito lleno de placer que erizo mi piel.

Su expresión irradiaba un gozo que parecía inigualable, como si estuviera completamente sintonizada con cada centímetro de su cuerpo, y supiera con precisión dónde estimular para desatar sensaciones desconocidas hasta entonces. Continué satisfaciéndola con ahínco, decidido a aprovechar hasta la última gota de ese exquisito elixir.

- Ven. – Pidió Lu aún agitada.
- Sí. - Dije, llegando a su cara.

Nuestros labios se encontraron en un apasionado beso, su lengua explorando cada rincón de mi boca hasta que ambos nos quedamos sin aliento. Sin soltarme, sus labios descendieron a mi cuello, enviando escalofríos de placer por todo mi cuerpo. Me atrajo hacia su cuerpo sudoroso, el cual desprendía un aroma delicioso.

Me quedé sobre ella, sintiendo el palpitar acelerado de su corazón y la calidez de su intimidad, que aún latía con fuerza después del orgasmo. Quería quedarme en ese momento para siempre.

- Quiero más de ti, - susurré en su oído.
- Yo quiero lo mismo de ti -, respondió, sorprendiéndome gratamente.

Ella, una mujer que había dejado claro en el parque que solo buscaba sexo sin compromiso, se mostraba ahora ante mí como algo más que eso. Sin embargo, en ese momento, no quería analizarlo, solo deseaba atesorar este instante en mi memoria, en el que compartía intimidad con la mujer más extraordinaria que había cruzado mi camino.

A pesar de su evidente agotamiento, ansiaba seguir brindándole placer. Mi mano descendió hacia su clítoris, acariciándolo con suavidad mientras sus gemidos ahogados se mezclaban con los besos que nos intercambiábamos.

Me había convertido en una adicta a ella.

Tomé con mi boca su pezón para chuparlo y continué dando pequeños masajes a su clítoris. Quería aprovechar su estado para seguir toda la noche con ella; no quería despegarme de ella ni un instante. Mi excusa para no irme de su lado era seguir dándole placer.

Después de escuchar sus leves gemidos, logré arrancar un grito de excitación que me hizo jadear ante su creciente agitación. Sus caderas respondían al ritmo de mi mano mientras volvía a penetrarla, sin soltar su pezón que seguía en mi boca.

En ese momento, ella se aferró a mí con fuerza, clavando sus uñas en mi espalda, aunque, al tener aún puesta mi blusa, no dejaron marcas visibles, al menos eso creí en ese instante. Sus uñas marcaban mi piel mientras se entregaba completamente a nuestros orgasmos que compartíamos, aferrándose a mí para no perder el vaivén de placer.

A medida que el próximo orgasmo se acercaba, ella me atrajo hacia sí y nos fusionamos en un beso apasionado. Cuando finalmente llegó, sus gemidos parecieron fundirse con los míos, como un eco incontrolable que buscaba escapar de nuestro interior.

Terminamos más sudadas que nunca, me quedé a un lado de ella, observando esa escena que guardaría en mi ser, mientras ella seguía recobrándose de todo lo que habíamos pasado.

- Creo que mentiste. - Afirmó entre jadeos.
- ¿Qué dices? - No podía entender.
- Creo que mentiste. - Repitió.
- (confundida) - ¿Por qué dices eso?
- Me hiciste tuya como si me conocieras, puedo decir que me conoces mejor que yo misma. -Respirando agitada.
- ¿De verdad, así fue? – nerviosa.
- (acariciando mi cara) - Así fue, llegaste a mi alma y eso me da miedo.
- ¿Por qué? - Sorprendida.
- Porque no quiero salir lastimada ni lastimar. – cerrando los ojos
- No pasará. - Repliqué. - Es solo sexo, ¿no? - respondí torpemente, y vi cómo sus ojos se cristalizaron.
- Sí, solo sexo y nada más. - me abrazó para quedarnos así.
- ¿Quieres que me vaya? - dije esperando su confirmación. Además, sabía que sería ella la que me echaría esta vez, así que preferí ser yo quien se retirara limpiamente.

Sin embargo, su respuesta me sorprendió.

- No, quiero que te quedes, regálame esta noche. - Dijo sonando sincera.
- (Las noches que quieras, pensé) - Sí.

Esa noche nos quedamos acostadas. Ella se incorporó, me ayudó a desvestirme, ya que estaba realmente empapada de sudor. Quitó mi ropa delicadamente y dejó solo la ropa interior. Sin que pasara nada, nos dispusimos a dormir juntas.

Era la primera noche en mucho tiempo que compartía la cama con alguien, y me alegraba que fuera con ella. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección, y sin querer que esta noche llegara a

su fin, nos quedamos dormidas abrazadas

CAPÍTULO 9

Al despertar, no pude evitar sonreír al contemplar a Lu dormida. Se mostraba radiante, una mezcla de ternura y un profundo deseo de velar por ella surgía en mi interior. "Esta mujer será mi perdición", reflexioné. No obstante, experimentaba una felicidad que no había sentido en años.

Con sumo cuidado, procuré no perturbar su sueño y retiré su brazo que me había rodeado durante toda la noche. Debo admitir que disfruté enormemente de la sensación de su cuerpo junto al mío. Resultaba encantador percibir su fragancia, su perfume femenino que nunca hubiera imaginado que me envolvería de manera tan intensa.

Al quitar su mano, la dejé durmiendo y me dirigí al baño para arreglarme lo mejor que podía, ya que mi ropa estaba, digamos, algo sudada. Pero no había otra opción pues no tenía ropa adicional en el auto.

Al cambiarme, me encaminé hacia la cocina de Lu. No deseaba invadir su espacio, pero sentía una fuerte necesidad de hacer algo más por ella.

Una vez dentro de su cocina, inspeccioné su nevera y, como era de esperar, apenas había alimentos, solo agua, cervezas y leche. Mi plan de prepararle algo quedó descartado. Entonces recordé que tenía el número de mi cafetería favorita y sabía que podrían atendernos sin problema.

Tomé el teléfono y realicé el pedido de un desayuno especial para nosotras. Incluía zumo de naranja recién exprimido, huevos revueltos, tostadas y, por supuesto, café recién hecho. Quería darle un buen inicio al día y, si era posible, prolongar nuestra compañía. La idea de separarme de ella no me resultaba atractiva en absoluto. Ahora solo esperaba que no me tratara de la misma manera en que yo la había tratado aquella noche.

Sabía que era un alma libre y no podía retenerla. Podía disfrutar de ella mientras ella quisiera estar a mi lado. Pero el día en que ella decidiera poner fin a disfrutarla, debería entenderlo. Aunque, creo que no estaba preparada para esa opción, al menos no hoy.

Me dispuse a preparar la mesa y esperar la llegada de mi pedido. Transcurrieron aproximadamente treinta minutos y, finalmente, el repartidor llamó a la puerta de su casa. Agradecí la tecnología, que me permitió enviar la ubicación en lugar de tener que proporcionar la dirección exacta.

Al cerrar la puerta tras recibir la comida, percibí el sonido de otra puerta que se cerraba. Supuse que era Lu dirigiéndose al baño, y mi intuición resultó ser acertada. Me apresuré a darle una

sorpresa, y así fue. Al abrir la puerta de su habitación y encontrarse conmigo, no pudo evitar sonreír.

- Pensé que te habías ido, - dijo Lu, sonando triste.
- ¿Por qué? ¿Tendría que haberme ido?
- Claro que no. Agradezco verte y sobre todo esta sorpresa.

Se acercó a mí, besando mis labios y acariciando mi rostro. En ese instante, no me importaba lo que el futuro reservara para nosotros, ni siquiera lo que sucedería en la próxima hora. Solo deseaba sumergirme en el presente que Lu me brindaba.

La atraje hacia mí, mordí suavemente su oreja y le susurré que todo estaba preparado.

- ¿Me acompañas a desayunar?, - dije, presentando la mesa para ella.
- Claro, ¿cómo negarme si me regalas un hermoso día y ahora un delicioso desayuno?
- Era lo menos que podía hacer. - sonriendo
- ¿Así? Anoche hiciste mucho, - pícaramente.
- Y quiero seguir haciendo más, - respondí sinceramente, sintiendo cómo mi rostro ardía por lo que acababa de decir.
- No me opongo a repetirlo, - dijo tomando un sorbo del café.
- Me agrada saberlo.

Ambas sonreímos y continuamos disfrutando de nuestra compañía mientras saboreábamos el desayuno. Al terminar de comer, Lu me invitó a unirme a ella en el sofá de su sala. Me atrajo hacia sí, me coloqué sobre su regazo y la besé. Su rostro se iluminó con una sonrisa ante mi gesto, y sus manos acariciaron mi espalda con ternura.

Nuevamente, como la noche anterior, nos entregamos a un apasionado descubrimiento mutuo. Mis manos recorrían su cuerpo con una irresistible urgencia, explorando cada centímetro de su ser, y al parecer, Lu correspondía a mis caricias con la misma pasión. Continuamos descubriendo nuestros puntos de placer, y ambas gemíamos de satisfacción al fundirnos una en la otra.

Ella posó su mano sobre mi intimidad, y sin poder resistirme, respondí de la misma manera, explorando la suya con mis dedos. La desnudé con delicadeza y llevé mis labios a sus pechos, cuya perfección me tenía encantada. Cada vez que mi lengua rozaba sus pezones, Lu gemía sin

restricciones.

Sabía que estábamos en el camino adecuado, y cuando estaba a punto de llegar al clímax, Lu me tomó y comenzó a penetrarme nuevamente sin ningún reparo. Mi cuerpo se movía al ritmo de sus manos, y al mismo tiempo, sin retirar mi mano de su sexo, ambas alcanzamos un orgasmo que nos dejó exhaustas.

Quedamos desnudas y tumbadas en su sofá después de entregarnos una y otra vez. El día era testigo de que algo especial estaba surgiendo entre nosotras, algo que ni sabíamos ni deseábamos comprender por completo.

El sexo que compartíamos era el mejor de mi vida, y Lu era la mujer que había tocado cada rincón de mi ser como nadie más lo había hecho ni lo haría. Este pensamiento me tomó por sorpresa, ya que sabía que Lu no era una persona para comprometerse con una sola persona, y mucho menos para mí, dado que éramos opuestas en muchos aspectos.

No sé exactamente qué pasó, pero nos quedamos recostadas, agotadas, sobre el tapete de la sala, abrazadas después de disfrutar de tanto placer. Al cabo de un rato, con el brazo de Lu sobre mi cuerpo, escuché cómo abrían la puerta de la entrada y me espanté al escuchar la voz de una mujer preguntando por Lu.

- ¿Dónde te has metido esta vez, Lucía? - gritó en tono molesto la mujer en cuestión.

Me sentía tan confundida, sin tener nada a mano con qué taparme, ya que esta mujer estaba en la sala.

Tomé mi ropa y la puse sobre mi desnudez, tratando de tapar lo que podía. Lu se despertó y molesta le respondió.

- Lidia, ¿qué haces aquí? - respondió gritando y todavía desnuda.

- También es mi casa, ¿recuerdas? - ya con un tono más ameno.

Mi corazón parecía querer salir de mi pecho. Si esta mujer era la pareja de Lu, no lo sabía, pero era evidente que debía retirarme. Así que, como pude y tratando de cubrirme, recogí mis cosas y me dirigí corriendo al baño, sintiendo las miradas de Lu y de la otra mujer, quien ya me observaba con una expresión divertida en su rostro.

Al regresar, Lu seguía desnuda en el sillón, y la otra mujer permanecía de pie. Sabía que estaban discutiendo, aunque no sabía exactamente de qué, pero podía escuchar a Lu gritando.

Al salir del cuarto ya cambiada, me disponía a irme cuando la mujer que pensaba que era la pareja de Lu me detuvo.

- Espera, - dijo sonriendo, - parece que mi hermana aquí es un poco descortés. Permíteme presentarme: soy Lidia Becker, la hermana mayor, y al parecer, la que tiene un poco más de conciencia aquí.

Su hermana. Era su hermana. Mi corazón volvió a latir al escuchar esa palabra tan perfecta para mis oídos.

- Un gusto, Lidia. Soy Rocío León, - dije extendiendo mi mano.
- Un gusto, Rocío. Veo que tú eres educada, no como esta troglodita de mi hermana que ni siquiera se ha vestido.
- Lamento la escena, no sabía que vivía con alguien. Te pido una disculpa, yo me retiro, - dije tomando mi bolso.
- No te vayas, Rocío, por favor, - dijo Lu con un tono tranquilo.
- Sí, Rocío, no te vayas. En realidad, yo no vivo aquí, - dijo Lidia, - es una historia larga, pero esta es mi hermana y mi familia. Cuando no me responde, me preocupo y paso a ver cómo está siempre.

Ese comentario llegó directo a mi corazón, y me sentí mal por Lu. Ver que su hermana se preocupaba por ella me llenó de ternura. A pesar de que ambas eran adultas, su hermana aún se preocupaba profundamente por su bienestar.

- No quiero incomodarlas, - dije sinceramente.
- No incomodas. Lidia llegó en un momento que no debía, y menos sin tocar la puerta.
- (sonriendo), - Ya pasa página y no seas tan descarada. Ve y cámbiate. – dijo Lidia en tono despreocupado.

Lu sonrió, se levantó del sillón desnuda, y mi rostro se ruborizó una vez más. Al ver mi reacción, Lidia sonrió y se cubrió la boca con la mano. Lu tomó su ropa y se vistió delante de nosotras. Me sentía incómoda por la presencia de Lidia, pero, al mismo tiempo, el deseo de desvestir a Lu volvía a despertar en mí.

- Rocío, ya puedes cerrar la boca, - dijo Lidia sonriendo, - ya estoy acostumbrada a ver a mi hermana desnuda. No tiene nada de pudor.
- Ya cállate, Lidia, por una vez, - dijo Lu, me miró y añadió, - Rocío, perdona a mi hermana. También es muy imprudente, ambas somos iguales.

- Para nada iguales, yo sé lo que quiero, en cambio, tú... – le contesto Lidia
- Ya para, - sonando desesperada.
- Lo mejor es que me marché, - dije nuevamente.
- Disculpa, Rocio, no es contigo. De hecho, puedo decirte que me siento bien de ver que eres una chica decente y con la cabeza puesta donde debe ir, no como las otras mujeres con las que la he encontrado. Pero bueno, eso no importa. Me da gusto que esté contigo, ya que las otras siempre la dejan abandonada en circunstancias difíciles. – termino por decir Lidia.
- ¡Deja de hablar o vete! - exclamó Lu en voz alta.
- Está bien, me voy, pero por favor, por todo lo que más quieras, mantente en contacto conmigo. Tus sobrinas preguntan por ti constantemente, y no he podido dormir pensando en ti y preocupándome. Te quiero, - dijo mientras se acercaba a Lu y la abrazaba con cariño.

Lidia se acercó a mí, me abrazó cariñosamente y me guiñó un ojo mientras susurraba en mi oído:

- Rocío, eres la persona adecuada para Lu. Por favor, cuídala. – dijo Lidia

Me quedé atónita, sin poder responder, mientras Lidia se alejaba.

- Disculpa a mi hermana, Rocío. Desde que nuestros padres fallecieron, se empeña en ser como mi madre, pero ella debe seguir su vida y yo la mía.
- Tranquila, no sucede nada, - respondí sinceramente. - ¿Puedo decirte algo?
- Claro, dime. – dijo Lu.
- Aquella noche que estuvimos en mi departamento... - Comencé y vi la expresión de tristeza en el rostro de Lu. - En realidad, no quería que te fueras, pero cuando escuché a una mujer al teléfono pidiéndote explicaciones, algo se desató dentro de mí y no pude controlarlo, - admití, bajando la cabeza.

Lu se acercó a mí, tomó mi mentón y me dio un tierno beso antes de responder.

- Sí, lo recuerdo, ¿cómo podría olvidarlo? En realidad, te agradezco que lo hicieras porque en ese momento no sabía qué debía hacer. Estás despertando algo en mí que me gusta, pero al mismo tiempo me asusta. Y sí, esa mujer era mi hermana, la misma que conociste

hoy, y siempre es así.

- Ella se preocupa por ti, yo haría lo mismo por mis hermanos.
- ¿También tienes hermanos? – pregunto Lu
- Sí, tengo tres hermanos, dos varones y una mujer. No los veo tanto como quisiera, pero sé que son mi familia y estarán para mí, al igual que yo estaré para ellos.
- Suena interesante, - dijo, y continuó, - Rocío, no soy una persona que se involucre en relaciones de más de una noche, - soltó de repente, y algo en mi corazón cambió.
- Tranquila, - apresuré a responder, como si no quisiera escuchar más y quisiera huir en ese momento para que no me viera.
- (tomo mi mano) - Espera, no he terminado y no he comenzado, - suspiró, - esta es la tercera ocasión que estoy a tu lado. – dijo Lu

No entendía por qué mencionaba la tercera ocasión hasta que me lo explicó.

La primera vez fue en tu casa. Pensé que no volvería a verte, además, estaba muy molesta. La segunda vez fue anoche en mi cama, y te pedí que te quedaras a mi lado. La tercera fue hoy, este día en el que hemos desayunado juntas, volviendo a perderme en tu cuerpo y en tus brazos. Nunca me había pasado algo así, - continuó Lu.

Mi rostro no expresaba nada porque soy muy buena para ocultar mis sentimientos cuando lo necesito, así que ella siguió.

- No soy una mujer de relaciones largas, ni cortas. En realidad, no soy de relaciones, y no quiero hacerte daño. Por eso necesitaba decirte esto: tú has roto mis propias reglas a petición mía, pero no sé cuánto pueda durar ni cuánto pueda ofrecer.

Cuando terminó, Lu bajó la mirada a nuestras manos, que seguían unidas. Sé que no era una promesa, pero para alguien como Lu, esto era un avance. Estas personas a menudo tienen pánico al compromiso, y al igual que ella, no estaba preparada para nada por el momento. Mi prioridad seguía siendo mi trabajo.

Hoy había dedicado tiempo a conocerla, y me gustaba lo que había descubierto hasta ahora. Pero no podía seguir dejando lo que consideraba importante de lado. Agradecí su sinceridad y debía corresponder de la misma manera, siendo sincera con ella.

Tenía que ser fuerte y evitar que mis emociones dominaran. Debía mostrarme ante esta mujer que me había entregado su sinceridad, y esto era lo que había.

- Lu, no te conozco del todo, pero hasta este momento me ha agradado todo lo que he podido descubrir. Entiendo que no eres una mujer de relaciones largas o de ningún tipo de relación. Pero gracias por tu sinceridad.
- ¿Solo eso? - preguntó, esperando algo más.
- Solo eso, Lu. Tú has dicho todo por las dos, y es mejor dejarlo así. Al igual que tú, tengo mis prioridades, y aunque pueden ser muy diferentes para ambas, en mi caso tengo una gran responsabilidad, y hasta el día de hoy la he dejado de lado para conocerte y ver si en realidad valía la pena seguir con esto.

Respiré profundamente, solté sus manos y continué.

- No me arrepiento de haber puesto en pausa mi rutina, ya que te encontré y disfruté de lo que tenía que durar. Fue increíble para mí, y sé que en tu vida no hay lugar para compromisos. Así que no quiero que te sientas mal, porque soy lo suficientemente grande como para entender que solo era sexo.
- Rocío, admito que fue solo sexo, pero también derribaste barreras que no puedo permitir que se desmoronen.
- Tampoco puedo permitirme renunciar a mi pilar, así que seguiré como otros días. Sé que tú continuarás tu viaje por la vida con esa tranquilidad, conociendo a otras mujeres que puedan ser de una noche. Pero, sinceramente, Lu, espero que puedas encontrar a esa persona a la que puedas entregar tu maleta sin miedo, y ser feliz.
- ¿Te vas? - preguntó con tristeza en su voz.
- Sí, no debemos evitar lo inevitable. Necesito regresar a mi realidad y dejar de soñar. Te agradezco estas dos noches y el día de hoy, pero ya es hora de volver a pensar en mis asuntos y que tú hagas lo mismo. - Me acerqué a ella, le di un beso en los labios y salí de su casa sin mirar atrás.

Mis ojos estaban hinchados por todas las emociones que había contenido frente a Lu. No entendía por qué esta despedida me afectaba tanto, si no habíamos tenido tiempo de conocernos más allá de lo carnal y el sexo.

Realmente esperaba que fuera feliz con su vida sin echar raíces. En ese momento, algo en mi interior se encendió, y supe lo que tenía que hacer para encontrar mi propia felicidad.

CAPÍTULO 10

Después de que Rocio se marchó de casa, decidí hablar con Lidia y restringir la entrada a mi casa, ya que era mi privacidad y no podía seguir como si aún viviera aquí. Sabía que fue un error hablar con ella porque como siempre terminábamos discutiendo por un tema diferente al que le hablaba.

- Eres terca, Lu. Terminarás sola. – dijo Lidia en tono molesto.
- Y ¿qué importa? Seré feliz. - conteste
- ¿De verdad serás feliz o ese es otro cuento para no afrontar tu responsabilidad?
- No sé de qué hablas.
- Sí lo sabes, pero allá tú. Solo diré una cosa. Por la chica de hoy vale la pena cambiar para mejorar tu vida, el brillo en su mirada al verte era sincero.
- Estás loca Lidia. Ni nos conocemos, además ya no nos veremos.
- Tú pierdes, ella no. Al contrario, es mejor para ella. - Sabía cómo hacerme perder la paciencia, pero esta vez no cedería.
- Así es, Lidia. Es mejor para ella. Es una mujer buena, y no quiero hacerle daño.

Colgué el teléfono sin darle oportunidad de continuar hablando. Reconocía que tenía razón. Experimentaba una sensación agradable en presencia de Rocio. Al despertar hoy y no encontrarla a mi lado en la cama, me invadió un leve temor de que se hubiera ido y me hubiera abandonado. Sin embargo, no fue así. Hasta esta mañana que se marchó y me dejó, pero no la culpo, ya que nuestras vidas tienen poco en común, y es mejor así para que ambas podamos seguir nuestros planes.

Aquella noche no visité el parque; en cambio, me quedé en casa y reflexioné sobre mi vida. Pensé en la necesidad de explorar nuevos horizontes y evitar mirar atrás. A la mañana siguiente, me levanté temprano, cogí la mochila y mi guitarra, y decidí adelantar el viaje. No podía sacar a Rocío de la mente, pero no quería que mis aventuras la involucraran o causaran daño.

No estoy segura de lo que quiero, y no quiero arrastrar a Rocío a esta indecisión en mi vida. Así que, sin darle demasiadas vueltas, informé a Lidia que me iba de la ciudad y que no tenía certeza

de cuándo regresaría. Como de costumbre, mi preocupada hermana preguntó cómo podía localizarme, y le dije que en esta ocasión tenía un teléfono móvil para emergencias, pero le pedí amablemente que solo lo utilizara en situaciones urgentes. Si no contestaba de inmediato, le rogué que me dejara un mensaje y prometí estar pendiente de él.

No le di tiempo a llevarme a la estación de autobuses; no quería que supiera a dónde me dirigía, así que era lo mejor. Necesitaba esta distancia de todo, incluida mi propia hermana. Sé que ella se preocupa porque me quiere, pero esto no puede continuar así. Ella tiene su propia familia a la que, por egoísmo, también alejé, y mis sobrinas seguían creciendo mientras, me distanciaba cada vez más de ellas.

Amaba a esas niñas. Me recordaban a Lidia y a mí cuando éramos pequeñas. Daría todo por ellas, pero en realidad, no entiendo lo que sucede. No sé por qué tengo tanto miedo de querer a alguien, incluso a mi propia familia. A pesar de todo, ellos continúan amándome.

Necesito comprenderme para poder resolverlo. Por eso es tan importante irme de aquí. En esta ocasión, no lo hago por lo que Lidia piensa. Esta vez no voy en busca de mujeres, sino de mí. Espero poder ayudarme a ver la realidad lejos de todo.

Después de varias horas de viaje, llegué a mi destino: el conservatorio de Génova, que destacaba en la ciudad por su arquitectura, agregando un elemento adicional de belleza y prestigio a la institución. A menudo servía como un entorno inspirador para los estudiantes de música en este importante centro educativo.

Este conservatorio ofrecía una formación musical de alta calidad en una variedad de disciplinas, desde la interpretación instrumental hasta la composición. Además de la enseñanza el conservatorio organizaba eventos musicales que enriquecían la vida cultural de la ciudad. Este conservatorio honraba la legendaria contribución de Paganini a la música y continuaba su legado al promover la música clásica en Génova.

Las calles de Génova eran un lugar encantador para explorar con un casco antiguo pintoresco y un ambiente acogedor. El turismo era una parte importante de la vida de la ciudad y las personas locales solían ser hospitalarias y amigables. La cultura culinaria era una parte destacada de la experiencia en Génova, y los visitantes podían disfrutar de la rica tradición gastronómica local.

Esta vez quería hacer algo diferente a lo que todos veían y creían de mí. En realidad, nunca me interesó, pero sé que algo cambió cuando vi los ojos de Rocio. No quiero decir qué es, porque no lo sé, pero puedo estar segura de que deseo seguir mirándolos. Pero no podré hasta estar bien.

Así que acepté la propuesta de uno de mis amigos que conocí "dándola vuelta al mundo", como dice Lidia, en uno de mis viajes por España hace como unos tres años atrás. Conocí a Francesco, un hombre de unos sesenta años, alto, elegante y con un toque paternal. Como uno de tantos días que tocaba por las calles de España, se acercó a mí y esperó a que terminara de tocar.

En realidad, pensaba que era algún policía o algo así y que me llevaría presa por no pagar impuestos, como en otras partes, pero no era ni la milésima parte de mis pensamientos. Ese día recuerdo que quería salir corriendo cuando vi que se acercaba a mí con una sonrisa.

Sin embargo, con una voz amable y persuasiva, me detuvo y me convidó a compartir un café. Aunque dudé por un breve instante, finalmente acepté su invitación. Aquella conversación se ha convertido en una de las más memorables para mí, pero eso es otra historia. En ese encuentro, él me entregó su tarjeta, marcando el inicio de una sólida amistad entre nosotros.

Siempre me invitaba a su conservatorio en Génova para apoyar a los estudiantes. Me decía que tenía un talento natural que debía poder compartirlo con los demás. Sin embargo, le decía a Francesco que cuando tocaba me liberaba de ser yo.

Eso al parecer le agradó a Francesco, quien tenía tiempo insistiéndome en ser maestra. A decir verdad, me agradaba enseñar aún más que ser famosa o conocer a algún cazador de talentos, como lo hacía Karla en cada oportunidad que tenía.

Así que, en la actualidad aquí estaba aceptando la propuesta de Francesco. Le hablé el día que me despedí de Rocío y Lidia. Le comenté que no sabía lo que realmente quería y que esa mujer provocó algo en mí y quería saber qué era.

Él era un romántico, nada que ver con mi versión, pero sabía que era la persona correcta en mi vida para que, con solo escucharme sin opinar, pudiera estar en estos momentos a mi lado. Así que al llegar a la central me recibió como un padre recibe a una hija, al igual que su esposa Elena.

- Hola, cabeza de pájaros – dijo Francesco con cariño. Siempre bromeaba diciendo que mi cabeza parecía un nido de pájaros, no solo por cómo lo traía sino por mis pensamientos.

Mi cabello era su obra maestra, siempre afirmaba eso. Era un espectáculo de colores, una mezcla de morado, rosa y verde. A pesar de tener un cabello naturalmente pelirrojo, rara vez permitía que se mostrara. Era consciente de que esta era una faceta de mí, que me impedía ser quien realmente debía ser.

- (abracé a Elena y Francesco) - ¿Cómo están? Gracias por venir por mí, no hacía falta.
- Claro que sí hacía falta, no vaya a ser que te arrepientas y regreses en ese autobús – dijo Elena tiernamente tocando mi cara.

Elena era una mujer encantadora, tal para cual. Ambos se amaban de una manera fuera de este mundo, y a pesar de que tenían hijos, ellos siempre querían acogerme como una más. Admito que ese acto era adorable, pero me hacía sentir extraña. Era un amor que se me fue quitado cuando era muy pequeña por la vida, y no sabía cómo poder corresponder.

- Ven, vamos a casa. – dijo Francesco tomando mi mochila - Tenemos el cuarto listo de Sandra, que se fue a Estados Unidos, y ahora Elena y yo solo vemos a los nietos de vez en cuando. Así que la vida y el universo te enviaron a nosotros.
- Son un encanto, lo sabían los dos – dije volviendo a abrazarlos.
- Sí - dijo riendo Elena – pero vamos, que prepararé focaccia – Francesco se sobó la barriga y no pudimos evitar reír, Elena y yo.
- Sí, vamos, porque después de eso ya no le importará si voy o no a su casa – dije sonriendo.

De camino a su casa, nuestra plática fue muy amena. Esta sensación de comodidad por tener a estas personas a mi lado me hizo recordar a mi familia antes de aquel accidente donde los perdí. Me conmovió mucho que Elena y Francesco fueran tan cariñosos conmigo como lo eran mis padres.

Sin darme cuenta, una lágrima salió de mis ojos. Tenía años sin acordarme de ellos, ya que yo solo tenía catorce años cuando fallecieron, y desde ese momento la vida nos cambió.

Aunque Antonio y Karla siempre estuvieron en nuestras vidas y velaron por nosotros para que no nos separáramos, nuestra familia quedó destruida ese día. Aunque los queremos y sabemos que siempre han velado por nuestro bienestar, no volví a sentir ese amor de mis padres.

Pero eso cambió en este instante cuando la vida me regaló esta escena y sentí que podía tener otra oportunidad para cambiar un poco de mí y dejar el miedo a volver a sentir.

Al llegar a casa de Elena y Francesco, tenía todo el toque de un hogar. Árboles fuera de casa, luces cálidas que me recibían en la puerta y al entrar sentí ese hogar acogedor del que tenía recuerdos de que alguna vez lo disfruté con mi familia.

Elena me tomó de la mano y me invitó a tomar asiento en la sala, Francesco fue por galletas y leche para platicar los tres. Era una escena de película y yo era la protagonista era un sueño, y en ese momento me prometí por una vez no echarlo a perder.

Ellos me dieron su confianza y me acogieron en su hogar porque creían en mí, así que me demostraría que yo también creía en mí para ser una mejor versión.

Platicamos un rato Francesco y yo mientras Elena preparaba la cena.

- Gracias por aceptar – dijo Francesco con una enorme sonrisa.

- Espero no defraudarte, - conteste agradecida pero nerviosa.
- No lo harás, tú nunca defraudarías a nadie porque eres tú.
- No lo creo, pregúntale a Lidia, siempre está preocupada por mí. - respondí al bajar la mirada.
- Lu, ella te ama profundamente, y a medida que pasen los años, su deseo siempre será que tengas lo mejor en la vida. Ella tiene su propia familia y está en plenitud, y su mayor anhelo es verte feliz, ya sea con una familia propia o de cualquier otra manera, pero, sobre todo, verte feliz
- Lo soy, - respondí con tristeza, aunque sabía que era necesario dar esa respuesta.
- Sí, pero sabes que esa felicidad eventualmente llegará a su fin, ¿y qué sucederá entonces?, - argumentó.

Francesco demostraba gran sabiduría al reconocer que no había cometido un error al aceptar su propuesta. Su convicción reforzaba mi certeza de que debía estar en ese lugar.

- Veremos qué pasa y dime en qué consiste el puesto, - cambié de tema.
- Qué bueno que tocamos ese punto, - dijo con una mirada desafiante y traviesa.
- Escucho, - respondí.
- Serás profesora de canto, - reveló.
- Pero, ¿cómo sabes que no he terminado la carrera? ¿Tendrás problemas con los demás profesores?, - expresé mi preocupación.
- Tranquila, yo tampoco he terminado. Elena hablará contigo sobre el trato que te ofreceremos, - dijo, alzando una ceja. - Pasemos al comedor y seguimos platicando.

CAPÍTULO 11

“Esta vez no sería quien la buscara”, pensé mientras me encaminaba hacia la oficina. Lu había sido clara al decirme que no quería una relación con nadie, y aunque aún no tenía claro qué quería con ella, reconocía que su sinceridad, aunque dolorosa, era un gesto que debía agradecer.

Aquella mañana resultó ser caótica en la oficina. Tan pronto como entré, Sandra, hizo señas para que apresurara el paso, informándome que el consejo había convocado una reunión extraordinaria y necesitaban mi presencia.

A pesar de que Lu seguía ocupando mis pensamientos, me dirigí a la oficina sin tener ni la más mínima idea de lo que estaba por suceder. Cuando llegué, encontré a Ernesto y a la junta directiva de la empresa reunidos. Me pareció un error, ya que no solía ser convocada a estas reuniones, que generalmente eran exclusivas para el personal de alto rango. Sin embargo, la invitación para entrar fue emitida por Ernesto.

El director inició diciendo que la corporación estaba creciendo a pasos agigantados y que gracias a los resultados que el departamento de finanzas había dado hoy por hoy, una firma de prestigio solicitaba nuestros servicios.

Sin embargo, como en todo contrato, existía una cláusula crucial: Ernesto y yo seríamos los líderes del proyecto financiero encargados de mejorar los rendimientos. Era la primera vez que la junta nos convocaba directamente a Ernesto y a mí para informarnos sobre las solicitudes de los clientes, lo cual resultaba aún más relevante considerando la reputación de la firma que representaríamos.

Al revisar la información y comprender las necesidades del cliente, nos encomendaron la tarea de desarrollar un plan y diseñar estrategias para gestionar los flujos y movimientos financieros de la empresa. Esto tenía como objetivo prevenir futuras crisis que pudieran llevarla a cifras críticas, dado que la firma financiera previa había descuidado la gestión de los recursos reales, centrándose únicamente en proyectos a largo plazo.

Efectivamente, Ernesto y yo éramos los candidatos idóneos, aunque yo seguía sin comprender por qué nos habían citado a ambos ante el consejo. Después de un tiempo y al finalizar la reunión, el director se dirigió a nosotros y explicó que nuestras actuaciones en nuestras respectivas funciones estaban siendo consideradas para el nuevo cargo de gerente financiero en la empresa matriz. Por lo tanto, nos instó a prepararnos y demostrar resultados en nuestras áreas de especialización, con la perspectiva de una fusión de los resultados.

Ernesto y yo intercambiamos miradas de sorpresa y confusión. Nos informaron que habían

estado considerando a uno de nosotros para asumir la gerencia durante un tiempo, y ambos éramos calificados para impulsar el crecimiento en el departamento financiero. Su intención era tomar una decisión justa entre nosotros dos.

La reunión concluyó con la garantía de que ambos mantendríamos nuestros puestos actuales y que el otro sería designado como mano derecha del nuevo gerente. De esta manera, ambos salíamos ganando y compartíamos responsabilidades de trabajo.

Al salir de la reunión sin pronunciar palabra, Ernesto y yo nos dirigimos a nuestra oficina. Al ingresar a la mía, percibí un golpeteo en la puerta, que resultó ser Ernesto.

- ¿Qué opinas al respecto? – preguntó Ernesto.
- Sabes que siempre te he admirado y que eres el más calificado, Ernesto. Puedes contar conmigo; siempre te apoyaré.
- Gracias, Rocio. Sé que lo harás, pero no deseo el puesto.
- ¿Cómo? – repliqué, confundida.
- Sí, no lo quiero. Estoy convencido de que eres la persona adecuada para ocupar el cargo de gerente. Eres inteligente, asertiva, creativa y entregada por completo al trabajo y a nuestros clientes.
- Pero tú también, Ernesto.
- Sí, y eso no cambiará – respondió, esbozando una sonrisa. – Sin embargo, ahora tengo un propósito más allá del trabajo.
- ¿Cuál es ese propósito que te lleva a rechazar un puesto por el que muchos darían todo?
- Tiene que ver con la chica que te mencioné, la que me dio su número – sonrió.
- Entiendo. ¿Y ya tienes un nombre para la chica del número? – pregunté, mostrando mi curiosidad.
- Por supuesto, se llama Adriana.
- Ah, ya veo. Pero, ¿qué tiene que ver ella en todo esto?
- No quiero cometer los mismos errores. Apenas la estoy conociendo, pero no quiero empezar esta relación de trabajo conociéndola de esa manera. Deseo disfrutar de mis tardes, esté o no con ella, y si ella está presente, mucho mejor.

- (preocupada) – ¿Así que planeas dejarme con toda la responsabilidad?
- Para nada, Rocio. Más bien, quiero que aprendas una lección que debí haber aprendido cuando tuve la oportunidad, y ahora será tuya.
- No entiendo, Ernesto.
- Mira, tenemos un equipo de trabajo – indicó, haciendo referencia a los practicantes del área – además, ellos necesitan aprender, y tú puedes aprovechar esta oportunidad para liderarlos y delegar responsabilidades. Así, ellos también serán valiosos y seguirán tu guía.
- ¿Por qué tienes tanta confianza en mí, Ernesto? ¿Por qué?
- Porque cuando te conocí, me vi a mí mismo en ti y no quiero que termines con una experiencia amarga como la que yo viví, porque nadie me orientó. Así que, por favor, no desestimes lo que te digo y aprende a disfrutar de tu vida.

Ernesto me abrazó, salió de la oficina, y yo me quedé pensando en todo lo que había expresado. No sabía lo que estaba sucediendo en mi vida, pero parecía un rompecabezas en el que ninguna pieza encajaba en su lugar. Esa tarde, al salir de la oficina, me refugié en mi departamento, y por primera vez en mucho tiempo, fui yo quien llamó a mamá.

- Hola mamá, ¿cómo están?
- ¡Qué sorpresa, mi niña! Qué alegría que te acuerdes de tus viejos - dijo, mi madre.
- Mamá, no digas eso. Siempre tengo presente a ustedes, solo que el tiempo a veces me supera.
- Bueno, tómame un tiempo para ti, cariño, y ven a visitarnos este fin de semana.
- No estoy segura de poder hacerlo, tengo un nuevo proyecto en marcha, pero si puedo, definitivamente iré. ¿Te parece bien?
- Por supuesto, mi niña. Me alegra mucho que me hayas llamado. Si decides venir, avísanos con anticipación para que podamos reunirnos en familia.
- Claro, mamá. Les informaré en unos días y podré ver a mis sobrinos y hermanos.
- Sí, las niñas están deseando verte, la tía que siempre las hacía reír.

Yo era la tía que siempre las consentía y que, aunque mis hermanos no querían, hacíamos travesuras juntos. Los correteaba por el patio y siempre jugaba con ellas sin importar la hora. Era como una niña más al lado de ellas, disfrutando su infancia y disfrutando la vida. Cuando los recuerdos vinieron a mi cabeza, no lo dudé y me planteé ir.

- Sí, iré mamá. Quiero ver a mis niñas hermosas.
- Es una gran noticia. Claro, vemos este fin de semana, mi niña.
- Claro, mamá. En dos días nos vemos.

Y ambas colgamos. Sentí una satisfacción por esa decisión. Había pasado más de un año sin ver a mi familia, y estaba a solo dos horas en coche de ellos. Por lo tanto, planeaba visitar a mi familia este fin de semana y tomar un descanso de Lu.

No había vuelto a verla ni sabía nada de ella. Las palabras de Lidia, pidiéndome que la cuidara, seguían resonando en mi cabeza. ¿Por qué debería cuidarla? Era lo suficientemente adulta como para cuidarse sola. Con ese pensamiento y exhausta, me dejé caer en la cama y me sumergí en el abrazo de Morfeo.

Al día siguiente, me desperté tarde y apresuré a arreglarme para el trabajo. Tomé un café rápido y me dirigí a la oficina. Llegué unos veinte minutos tarde, para ser honesta, pero no era un problema, ya que no teníamos horarios estrictos debido a la naturaleza constante de nuestro trabajo. Al llegar, Sandra me recibió con una amplia sonrisa.

- ¿Se te pegaron las cobijas? – dijo Sandra sonriendo ante mi cara.
- Se nota – sonriendo.
- Sí, pero vale la pena si llegas con esa hermosa sonrisa, mi niña. Anda, ve a tu oficina.
- Ya voy, pero tú me detienes, Sandra.

Me despedí con la mano de Sandra y seguí a mi oficina. Una vez cuando llegué, empecé a redactar informes y plantear el plan de trabajo. Dispuse, como Ernesto me dijo, de los equipos y hablé con él para que me apoyara con los practicantes y tomar el mejor personal, preparándolos para que los auxiliares contables trabajaran de la mano con los que podían trabajar recopilando información, y solo nos quedaríamos con dos en nuestras áreas directamente con nosotros para que pudieran llevar a cabo tareas más específicas.

Con eso, daríamos la oportunidad para que ambos pudieran integrarse como auxiliares contables en el corporativo y poder ascender a los auxiliares actuales a contadores, ya que todo era por jerarquías y en esta empresa cuidábamos que todos crecieran a la par y, mejor aún, que se

desarrollaran internamente en la empresa.

Después de varias horas revisando a los candidatos, Ernesto llegó a mi oficina con Jimena. Ya había olvidado a Jimena después de la vez pasada que me invitó por una cerveza al bar. No quería tenerla cerca, y ahora llega con ella para que sea mi mano derecha en este proyecto de apoyo.

Jimena no tenía la culpa, ni se imaginaba todo lo que había pensado en el baño o en el estacionamiento. Pero mi cabeza seguía maquinando historias que nunca pasaron y que no pasarían. Era una joven simpática; sus anteojos la hacían ver muy intelectual y puedo decirlo ciertamente, sofisticada y segura, además de un cuerpo que era tentación para muchos en la oficina.

Nada de eso me había causado daño ya que no la había visto así hasta el día de hoy y eso gracias a Lu, quien abrió una parte de mi cerebro y otra en mi corazón en el cual ya no estaría más. Respiré, y mentalicé en dejar cualquier pensamiento de esta joven y con un ademán la invité a sentarse.

- Gracias, Ernesto – dije sonando formal, ya que ante los demás siempre nos hablábamos con respeto, nada de confianzas.
- De nada, Rocío. Jimena es la persona calificada para apoyarte en estos momentos, además de que ella está interesada en tu área.
- (mis pensamientos volaron, pero no al trabajo, a escuchar las palabras de Ernesto, y juré que me odié) – Eso espero – dije tratando de sonar profesional.

Una vez que Ernesto se fue y cerró la puerta, levanté la mirada para ver a Jimena. Me encontré con sus ojos pequeños pero hermosos, que desprendían esas ganas de descubrirlo todo. Pude ver detrás de sus gafas que tenía una mirada cautivadora y que no debía perderme en ellos ya que yo era su jefa.

- Jimena, ¿puedes decirme por qué te interesa esta área? – dije tratando de mantener la calma en el interior y esperando la mejor respuesta de su parte para el área contable.
- En realidad – dijo con un tono coqueto – me interesa tu área para poder explorar mejor cada parte – iba soltándolo poco a poco con ese doble sentido que hizo tragar saliva – de las empresas internamente – termino sonriendo.

Esa jovencita estaba tanteando el camino. No podía creer lo que acababa de pasar. Se mantenía con la pierna cruzada y me miraba como si quisiera que fuera yo quien le pidiera algo. Se estaba equivocando conmigo. Claro que debo admitir que está perfecta para su edad, pero vamos, sigue siendo una joven que está descubriendo lo que quiere y yo, siendo mayor que ella, no sé en

realidad al menos en estos momentos lo que quiero.

Sonreí ante ese acto que acababa de presenciar. Me levanté de mi silla, y caminé así ella, me senté en el borde del escritorio y pensé, si quiere jugar, juguemos; ¿qué podemos perder?

- Bien, Jimena – y vi cómo su rostro de seguridad que había desprendido hace menos de un minuto comenzaba a verse flaqueado por nuestra cercanía – Vamos despacio, ¿quieres? – coquetamente – Sé que mi área es muy exigente, no cualquiera puede tener ese privilegio – dije acercándome más a ella.

Vi cómo se hundió en su silla, y yo por dentro no podía contener la risa. Había logrado mi cometido de que bajara su ego, ya que no podía permitir que esta cría intentara ponerme nerviosa, especialmente si la tendría junto a mí durante tantas horas.

- Por lo tanto, necesito aún más de ti – continúe y al decir esto, tomé su mentón en mis manos y alcé su cara. Me acerqué a ella aún más y le susurré al oído – Ambas podemos seguir, pero una siempre perderá.

Me incorporé, quizás me había excedido un poco, pero necesitaba dejarle claro que no vendría a mi oficina intentando ponerme nerviosa. Aprecié el gesto, pero era importante establecer límites, de lo contrario, quién sabe qué podría suceder. Además, solía mantener mi puerta cerrada para evitar distracciones por ruidos exteriores.

- Sí, Rocío, está claro – contesto Jimena pasando saliva, y se disponía a levantarse.
- No he dicho que te puedes ir, Jimena – dije retrocediendo con un gesto para que volviera a su silla – Hoy debemos iniciar el proyecto, así que necesito que tomes nota de todo lo que pediré y de lo que harás.
- Claro, dime – y con eso marcamos las pautas.

Empecé a describirle su tarea, por qué estaría en mi oficina y no en otra. Por su capacidad para la resolución y proyección de problemas, era la persona capaz de apoyarme en agilizar la resolución de los mismos.

Le dejé claro que esta vez era algo real, no estimaciones sin peso por lo cual necesitaba estar concentrada al mil por ciento y que por estos días olvidara cualquier otra distracción, esto incluyéndome. No se lo dije explícitamente, pero esperaba haber sido lo suficientemente clara.

Al terminar de explicarle todo, permití que saliera de mi oficina, ya no como la Jimena que entró, sino como la Jimena que necesitaba ser para concluir correctamente este proyecto.

La tarde pasó y Ernesto se acercó a la oficina para afinar alguna información y revisar posibles

desvíos de dinero sin que la empresa se hubiera percatado, era un tema delicado ya que debíamos de informarlo de inmediato. Estuvimos trabajando hasta pasadas las seis de la tarde, y vi cómo Jimena entraba y salía para seguir en mi oficina.

Después de eso, vi que Ernesto no paraba de ver su teléfono y supuse que tenía una cita.

- Ernesto, ve tranquilo, me encargo – dije sonriendo.
- ¿De verdad, Rocio? Sabes que no soy una persona irresponsable, pero quedé en llegar a las siete y no faltan mucho.
- Ve de verdad, me quedo con Jimena y adelanto lo que podamos.

Al decir esto, Jimena no pudo evitar sonreír y evité mirarla porque no quería saber qué pensaba. Vi su expresión cuando me acerqué a su oído esa tarde y aunque sé que fui un poco lejos, creo que el mensaje que le di entró por un oído y salió por el otro. Pero esta vez no sería nada que pasará por su cabeza, eso era seguro.

Después de que Ernesto y los demás se marcharon, solo quedamos Jimena y yo trabajando. Jimena era consciente de que trabajar bajo mi supervisión implicaba sacrificar tiempo de fiesta y de salir con amigos, ya que soy muy exigente, tanto conmigo misma como con mi equipo. Por lo tanto, no debería sorprenderse si le pedía quedarse un poco más para avanzar en el proyecto.

- ¿Qué te gustaría cenar, Jimena? – pregunté.
- Lo que tú prefieras, Rocío – respondió, tratando de mantener un tono serio y profesional.
- ¿Tienes alguna preferencia en particular? – repliqué con sinceridad. – Yo he probado de todo, así que no me importa.
- ¿De todo, todo? – volvió a preguntar con esa voz seductora que, debo admitir, provocaba un cosquilleo en mí, aunque Jimena no era precisamente alguien que me atrajera, ya que era mi compañera de trabajo.
- Sí, de todo, todo. Pero eso es asunto personal – respondí con franqueza – así que por favor dime qué te gustaría cenar, o simplemente pediré algo.
- Podemos pedir comida italiana – sugirió con una sonrisa.
- Sí, por supuesto.

El tono de la conversación ya me resultaba más agradable, y así lo hicimos. Decidimos pedir comida italiana para ambas. En unos treinta minutos, nuestra comida llegó a la oficina. Tomamos

un breve descanso para cenar y luego continuamos con el trabajo.

Cuando el reloj marcó las doce de la noche, propuse que continuáramos al día siguiente, y Jimena estuvo de acuerdo. Llamé al guardia para que pudiera conseguir un taxi para ella y la llevara a su casa, pero ella me informó que vivía cerca y preferiría caminar. Me opuse firmemente y le pregunté cuán cerca vivía. Me mencionó que vivía cerca del centro, lo que resultaba ser unas tres cuadras más adelante de mi departamento. En efecto, vivía en mi ruta, lo que significaba que no tendría que conducir sola a estas horas hasta mi casa.

Bajamos al estacionamiento, la invité a subir al auto y nos dirigimos a su departamento. Vivía cerca del despacho y a unas tres cuadras más allá de mi propio departamento. Según contó, compartía el departamento con compañeras de universidad y vivir en esa zona les resultaba conveniente a todas.

Me hizo recordar mi época universitaria, cuando poco significaba mucho, y ahora, mucho parecía tan insuficiente. Aquella inocencia y determinación para avanzar, para abrirse camino en la vida, me conmovieron. Su entusiasmo al hablar de su inminente graduación y la posibilidad de trabajar a tiempo completo irradiaba energía, y despertó algo en mí que había estado adormecido.

Cuando la dejé en su casa, me dio un beso cerca de los labios, pero no me dio tiempo para reaccionar salió del coche y se despidió con un gesto con la mano.

Mientras ponía el coche en marcha, no pude evitar sonreír. ¿Cómo era posible que Jimena lograra sacarme una sonrisa? Pero no era ella, era el recuerdo de Lu el que se apoderó de mi mente, recordándome aquel primer beso robado en el bar y luego aquella noche en mi casa. Era Lu a quien deseaba a mi lado, pero sabía que no era la persona que ella quería a su lado. Había dejado eso claro, y eso me dolía.

CAPÍTULO 12

Ya en mi nuevo puesto como profesora de canto en el conservatorio de Génova, me sentía viva como si finalmente hubiera encontrado un lugar en el mundo. Era la primera vez desde la muerte de mis padres que experimentaba esta sensación de pertenencia. Además, Francesco y Elena se habían convertido en grandes amigos y apoyo en esta nueva etapa de mi vida.

Hace una semana llegué a Génova sin imaginar que mi vida daría un giro tan inesperado. Sin embargo, sabía que nada en esta vida se obtiene sin dar algo a cambio. Para asegurarme el puesto de profesora, Francesco me pidió que participara en varios conciertos en el conservatorio, demostrando así mi valía. También planeaba retomar mi carrera en artes para obtener mi título y poder ejercer la docencia de manera formal en cualquier lugar que decidiera.

Esta semana había transcurrido rápidamente para mí. Estaba disfrutando mucho de esta nueva experiencia como profesora y sentía que, finalmente, podía ser yo misma sin tener que pretender ser alguien que no era. Después de mis clases, Francesco o Elena me esperaban para volver juntos a casa. Al principio, no querían que ayudara en la cocina, pero con el tiempo, me involucraron más en la preparación de la cena, y ahora había aprendido a cocinar algunas delicias italianas.

- ¿Cómo te sientes? – preguntó Francesco.
- Muy bien, siendo sincera. No pensé que me sentiría así en ningún lugar.
- Esta es tu casa ahora, preciosa - dijo Elena mientras tocaba mi rostro, llenándome de ternura.
- Gracias, Elena. Tú eres más que una amiga para mí, y tú, Francesco, igual - expresé con emoción.

Nos abrazamos los tres. Era un gesto que solía costarme mucho hacer, pero con ellos me sentía en casa. Necesitaba seguir avanzando, y el universo me había colocado en este lugar con ellos. Eran mis maestros de vida, y sabía que aprendería de los mejores.

- ¿Ya hablaste con tu hermana? – pregunto Elena
- No, aún no. – dije seria
- ¿Y qué esperas? – intervino Francesco

- Espero no defraudarme a mí misma en primer lugar, para así no defraudar a mi hermana y a mis sobrinas. Ellas me han hecho falta, y sé que yo también les he hecho falta. Pero primero necesito sanar.
- Entonces será en tu momento – dijo Francesco
- Si, discúlpanos por presionarte – acercándose Elena

Francesco y Elena entendían perfectamente la situación que estaba viviendo. Habían estado a mi lado a lo largo de todo este proceso y me respaldaban en cada paso que daba. Cuando notaron que mis ojos se llenaban de lágrimas, Elena me abrazó. Siempre tenía las palabras precisas y con gran ternura enjugó mis lágrimas con sus dedos.

- No se disculpen, soy yo y mis locuras. - Logré hacer que los tres riéramos.

Quería continuar avanzando y descubrir hasta dónde podría llegar en esta nueva etapa de mi vida. Estaba decidida a aprovechar las oportunidades que la vida me ofrecía.

Después de ese momento de conexión y risas, concluimos la cena. Las conversaciones y anécdotas compartidas por Elena y Francesco me recordaban a mi familia. Aunque fuera doloroso, sabía que este proceso de sanación era necesario y que debía tomarlo paso a paso.

Al día siguiente, retomé mis actividades en el conservatorio. Dejar de tocar música en los parques para enseñar música a mis alumnos, que iban desde niños hasta jóvenes, era una experiencia gratificante. Compartir mi amor por la música con ellos me llenaba de satisfacción.

Al final de la tarde, decidí dar un paseo y disfrutar de la vida. Una ventaja de trabajar en el conservatorio era que tenía suficiente tiempo libre para disfrutar de mis días. Sentía la libertad, algo que consideraba esencial y que no estaba dispuesta a renunciar.

Caminé hasta el centro de la ciudad y me encontré con un animado parque lleno de vida y risas de niños. Encontré un banco apartado y me senté para disfrutar de los sonidos a mi alrededor. Fue en ese momento que Rocío volvió a mi mente.

Reconocer que Rocío me había cautivado con sus hermosos ojos marrones y su invitación silenciosa a unirme a su camino era difícil. Había dejado pasar una oportunidad por no estar preparada para una relación, y ahora lamentaba no haberla aprovechado.

Mis pensamientos se centraron en esta mujer que me había hecho sentir de nuevo, la misma mujer que me había inspirado a cambiar, a conocerme, a respetarme y a amarme por quien era. Necesitaba salir del ciclo de fiestas y relaciones vacías que había llevado hasta ahora. Disfrutaba de la vida y no sabía si podía estar preparada para todo lo que conlleva una relación.

Pasé la tarde observando a la gente pasar y disfrutando del ambiente del parque. Sabía que debía

regresar a la casa de Francesco y Elena, ahora eran familia, no debía preocuparlos, pasaría un día más junto a las personas que me habían demostrado su apoyo incondicional y confianza a pesar de conocerme apenas.

Después de unas semanas y con mi contrato en el conservatorio firmado por seis meses, decidí hablar con Lidia y Karla. Quería que dejaran de preocuparse por mí. Ellos eran mi familia, y sabía que siempre habían velado por mi bienestar. Era hora de demostrarme que estaba lista para avanzar.

Tomé el teléfono y decidí hablar primero con Lidia, mi hermana.

- Hola, ¿quién habla? —preguntó curiosa Lidia.
- Soy yo, Li, Lu. - conteste
- ¿Por qué no te habías reportado, Lucía? Sabes lo preocupada que estaba por ti. Pensé que te había pasado algo. No porque seas mayor, no me preocupas con el ritmo de vida que llevas. No sé si amanecerás o no y qué le diré a tus sobrinas.
- ¿Ya terminaste? – pregunte tranquila no como otras ocasiones.
- ¿Cómo que ya terminé? Han pasado semanas desde que te fuiste y ni siquiera te has reportado para decir que sigues viva. No sé nada de ti, Lu y si algo te hubiera pasado... —empezó a llorar, lo que hizo que mi corazón se encogiera.

Me di cuenta de lo egoísta que había sido al no darme cuenta de que mi hermana mi única familia de sangre, la estaba pasando mal y, era la causante. Siempre había sido la hermana mayor que cuidaba de mí en las buenas, en las malas y seguía ahí, después de todos estos años, esperando una llamada mía.

Así que respiré hondo y supe que había tomado la mejor decisión en mi vida, para ser una mejor versión de mí, para ella y espero, para alguien más, aunque no estaba segura de ello.

- Tranquila, Lidia. Siento mucho ser la causante de tus preocupaciones. No volverá a pasar. —dije sinceramente, escuché cómo suspiró y se calmó.
- ¿Estás bien? ¿Qué has hecho, con mi hermana? Ella me hubiera maldecido o colgado. ¿Qué le hiciste? —preguntó preocupada.
- (riendo) — Soy yo, Lidia, la terca, la loca sin futuro, sin raíces, la que no tiene un punto final y que no pertenece a ningún lugar. Pero ahora quiero cambiar todo eso, para bien y principalmente para poder estar bien.

- ¿De verdad, Lu? — preguntó sorprendida.
- Sí, de verdad. Así que, de ahora en adelante trataré de estar en comunicación contigo y con mis sobrinas. Por cierto, ¿cómo están ellas?
- Ellas están bien. Preguntan todos los días por ti y extrañan a la tía que las consiente y las deja portarse mal con su madre. — rio, más relajada.
- Diles que pronto iré a verlas o, si no, ustedes vendrán. —quería sorprenderlas.
- ¿Y puedes decirme a dónde iremos? – pregunto curiosa
- Es una sorpresa, que espero poder darles pronto. - riendo
- Con que estés bien y nos llames es más que suficiente. ¿Ya hablaste con Karla? Ella también está preocupada. – informo Lidia.
- No, pero después de hablar contigo, me comunicaré con Karla y Antonio.
- Sí, por favor.
- Bien, te quiero. —le dije sin pensarlo, y casi pude escucharla sonreír por su voz.
- Te quiero aún más, mi pequeña loquita.

Con esas palabras, ambas colgamos. Ahora era hora de hablar con Karla. Sabía que estaba preocupada, al igual que mi hermana, pero ella tenía cierto control sobre mí como autoridad y me daba un poco de miedo su reacción, pero debía comunicarme y decirle que estaba bien.

Así que, como dicen, al mal paso darle prisa.

- ¿Hola, Karla? – dije midiendo su voz.
- ¿Quién habla? — como siempre, su voz segura y seria.
- Soy Lu —alcancé a decir antes de que ella empezara.
- Por fin te dignas a reportarte. ¿No ves que casi te dábamos por desaparecida? — como siempre, exagerando la situación. En realidad, me hacía gracia, así que la dejé seguir —. Iba a ir a buscarte por aquí y por allá, pero como siempre te reportas a última hora, tenía esperanzas de que lo hicieras así y no que llamará policía diciendo que habían encontrado tu cuerpo en algún bosque.

- También te extraño — dije sonando sincera y reí—. Estoy bien, tranquila, Karla. De hecho, estoy demasiado bien.
- No me digas que encontraste a una disquera que te grabará y serás una estrella — no sé qué plan tenía en mente Karla o qué imaginación, pero siempre quiso que me convirtiera en una especie de “Rock Star”, algo que no iba a suceder.
- Es mejor que eso — dije seria.
- No me digas. ¿Te casaste con esa chica? ¿Cómo se llama? Ah, sí, Rocío. Tu hermana me lo mencionó.

De nuevo, sacaron a Rocío a flote y yo tratando de olvidarla para concentrarme solo en mí. El universo es cruel cuando quiere serlo.

- No me casé y, de hecho, de Rocío no he vuelto a saber. – sé que soné triste sin querer sonar.
- Pues por lo que dijo tu hermana, la chica es linda, educada, atenta. Así que eres una burra por no estar con ella. – soltó Karla como siempre sin filtros.
- Podemos cambiar el tema, por favor — sabía que tenía razón, pero no podía hacer nada en estos momentos porque necesitaba sanar mis heridas del alma.
- Sí, claro, tú sabrás cómo valoras a las personas — y sé que se molestó.
- No te hablé para discutir, Karla. Quería saber cómo estabas y dejarte mi número para cualquier cosa. Este es el que tendré por ahora, y cuando regrese, te daré el nuevo.
- ¿Regresarás? ¿Dónde estás? – tratando de indagar.
- No te diré dónde estoy, pero puedo decirte que estoy cerca de ustedes y que estoy mejorando, para mí, para poder estar bien.
- Eso me agrada, Lucía. Ya era hora de que por fin te dieras cuenta de todo.
- Lo sé, y agradezco tu paciencia y tu cariño. – sincera.
- Sabes que tú y Lidia son mi familia, y siempre voy a querer lo mejor para ustedes.
- Lo sé, gracias.

Con esas palabras nos despedimos. Tenía sentimientos encontrados que poco a poco descubriría.

Entre ellos, mi hermana, mis sobrinas, mi amiga casi madre y ahora mis mejores amigos que se estaban convirtiendo en una familia más.

Rocío seguía inundando mis pensamientos y sabía que no se trataba solo de sexo, ya que con las demás solo me acostaba con ellas y no volvía a pensar en ellas. Pero con ella era diferente y quería descubrir qué era eso que me atraía hacia ella como un imán y que me hizo darme cuenta de que quería cambiar por mí.

CAPÍTULO 13

Después de visitar a mi familia, acordamos reunirnos nuevamente en unos meses ya que una de mis sobrinas iba a participar en un show de talento y me invitó a verla cantar. Esto me hizo recordar a Lu y su cabello enredado que la hacía única.

Sé que su imagen y su personalidad no eran precisamente lo que buscaba en alguien y no es que me fije mucho en las apariencias, pero ella dejó claro que estaba viviendo la vida sin intenciones de atarse a nadie y respetaba eso. Por lo tanto, tenía que sacarla de mi mente y seguir adelante con mi vida.

Hasta ahora, el trabajo ha sido mi mayor distracción desde que regresé de casa de mis padres. No puedo dejar de pensar en Lu. He ido al parque en busca de una mirada fugaz de ella, pero hasta ahora no he tenido suerte. Tal vez ya no esté en la ciudad y no la vuelva a ver.

He pensado en la posibilidad de ir a su casa y esperar a que llegue su hermana para preguntar por ella, pero eso sería demasiado precipitado. Por lo tanto, descarto esa idea de inmediato y me concentro en mi carrera en la empresa, siguiendo el ejemplo de Ernesto en su momento.

Llevamos semanas trabajando horas extras en la oficina. Ernesto es el único que se retira temprano, ya que su equipo sigue trabajando junto al mío. Por mi parte, no he dejado un momento de estar encima de todos para obtener los resultados que debemos presentar.

Hoy ha sido uno de los días más productivos. Estoy feliz de haber conformado un equipo sólido y de haber aprovechado el talento de todos para preparar este proyecto. Jimena me ha sorprendido gratamente; en ningún momento me ha dejado sola, y si necesito quedarme para perfeccionar detalles, ella se queda y está atenta a mis necesidades.

Aprecio su compañía y aunque sabe que no pasará nada entre nosotras, no deja de halagarme o decirme cosas con doble sentido. Solo río ante sus comentarios ocurrentes, ya que no quiero herirla y tampoco sería justo para ella, estar a su lado cuando sigo pensando en alguien que no está disponible.

No he sabido nada de Lu. Ella sabe dónde vivo y si realmente quisiera algo conmigo, podría haberme buscado. Pero ha sido clara con sus palabras y acciones, así que no tiene sentido esperar a alguien que tiene claro lo que quiere en la vida y seguramente no me incluye en sus planes.

Por lo tanto, he estado dando vueltas a la idea de darme una oportunidad o al menos disfrutar un poco más de la vida. Decidí volver al bar que solía frecuentar con Lu la primera vez que salimos juntas.

Ese día le dije a Jimena que podía retirarse y disfrutar de su noche, así que nos despedimos y me encaminé directamente hacia el bar. Necesitaba una cerveza y por qué no, lo que surgiera.

Cuando llegué al bar, me dirigí de inmediato a la barra y pedí una cerveza. Una vez más, los recuerdos de Lu y cómo me había robado aquel primer beso resurgieron en mi mente. Los momentos de nuestra primera noche juntas inundaron mis pensamientos. Recordé sus caricias, sus labios, sus manos sobre mi cuerpo y cómo esa noche olvidé todo lo que me rodeaba. Si tan solo me hubiera dado la oportunidad de estar a su lado, habría descubierto todos estos sentimientos que aún guardaba, sin entender exactamente qué había desencadenado en mí.

Después de un momento sumida en mis pensamientos, una voz que conocía muy bien me sacó de ellos.

- Hola Rocío, ¿qué haces aquí? - preguntó sorprendida de verme en ese bar.
- Hola Jimena, lo mismo digo. Pensé que saldrías con tus amigos a disfrutar de tu primera noche libre después de estas semanas.
- En realidad, quise tiempo para mí y vine sola -dijo siendo sincera-. No pensé verte por aquí.
- Sí, hoy necesitaba desconectar del trabajo, así que también decidí venir.
- ¿Puedo acompañarte? - preguntó tímidamente.

Realmente, en ese momento, no buscaba compañía de Jimena, ya que estaba acostumbrada a estar sola. La última vez que había estado en este bar fue con Lu, y ese recuerdo deseaba mantenerlo para mí. No obstante, como la vida suele sorprendernos, lo que estaba a punto de acontecer esa noche no estaba en mis planes.

- Claro, puedes. La barra está libre - dije sonriendo.
- Bueno, si no quieres, no. Solo decís "nos vemos en la oficina" - dijo con voz triste.

En realidad, no quise ser descortés, pero no solía lidiar muy bien con la sociabilidad. Mi vida se resumía en trabajar y obtener resultados. Por impulso, reaccioné tomando su mano antes de que ella se diera la vuelta para marcharse.

- Espera, no quise darte a entender que me molestas o que no quiero que te sientes a mi lado - dije con sinceridad -. Solo, por favor, acompáñame.
- ¿De verdad? - dijo con cierta timidez.

- De verdad - y le regalé una sonrisa.

Seguía sosteniendo su mano, lo cual no pareció incomodarle, ya que sentí cómo ella también tomaba la mía y me guiaba hacia su silla para que me sentara a su lado.

- Gracias, qué amable jefa tengo - dijo ya más relajada.
- No pierdes oportunidad, ¿verdad? - sonriendo
- Sé lo que quiero. – seria, pero con ese tono que conocía.
- ¿Y qué es lo que quieres? - Sabía que estábamos entrando en un juego en el que ambas podríamos perder.
- A ti - dijo sin más y se lanzó a besarme.

Correspondí a ese beso con la necesidad de sentirlo. Sabía que Jimena no solo deseaba un beso y este solo sería el comienzo. Detuve el beso de manera gentil, no pretendía que se sintiera usada de nuevo. Al separarnos, me tomó del cuello y susurró.

- Vámonos de aquí y terminemos este día mejor de lo que empezamos.

Sentí una oleada de adrenalina al escucharla y algo en mi interior comenzó a arder. Jimena era una mujer hermosa y ambas podríamos ganar al menos por esta noche.

- Jimena, sabes que esto no llevará a nada. Me agradas y no quiero que esto se malinterprete, además, soy tu jefa y no pretendo aprovecharme de la situación – separándola gentilmente.
- Está claro que eres mi jefa en la oficina, pero aquí y ahora solo eres Rocío, la chica que encontré en este bar. ¿Entonces, vamos? - Ante esa respuesta, no pude negarme.

Ahora, fui yo quien tomó su mano y la llevó hacia la salida. Una vez en el estacionamiento, la apoyé suavemente en mi auto y nuestros labios se encontraron en un apasionado beso. Entre besos, ella ocasionalmente desviaba sus labios hacia mi cuello, susurrando palabras sensuales en mi oído. La pasión crecía, pero en un momento dado, me detuve, consciente de que la situación se estaba calentando más de lo que esperaba.

- Vamos, o no puedo garantizar lo que podría suceder aquí - dije con deseo.
- Mi casa está cerca, vayamos allá - respondió.

- Está bien

En el auto, de camino a su casa, Jimena continuó acariciando mi pierna, besando mi cuello mientras conducía y provocando gemidos suaves de mis labios con cada caricia. Sabía cómo hacerme sentir bien, y lo agradecía.

Al llegar a su edificio, recordé que Jimena había dicho que vivía con otras compañeras, por lo que debía controlarme y cambiar el destino.

- ¿Y tus amigas? - pregunté, conteniendo el deseo por ella.
- No están, todas se fueron y regresan en una semana - dijo, también conteniendo las ganas de besarme.
- Está bien, entonces seguimos - dije estacionando el auto en su edificio.

Al bajar del auto, subimos al elevador y aprovechamos el momento para seguir besándonos. Ya en su piso, fuimos directo a su departamento y llegamos a su habitación.

Aproveché cada momento para acariciar su cuerpo. Su piel era suave al tacto, y su deseo por tenerme era evidente en cada caricia que mis manos trazaban. Su expresión facial era de entrega total a mis caricias y sus gemidos eran música para mis oídos.

Así que comencé a desvestirla. Primero, retiré su blusa y besé sus hombros, su cuello. Deslicé mis manos sobre sus pechos, unos senos que me invitaban a desabrochar su sujetador y dejarlos al descubierto para poder besarlos. Sus pezones, de un rosado delicado, eran una tentación irresistible, así que deslicé mi lengua sobre ellos. Jimena hundió mi cabeza aún más en su pecho, instándome a continuar chupándolos.

Con mi mano libre, desabroché sus pantalones con destreza y los deslicé hacia abajo con una sola mano. Luego, colé mi mano bajo su ropa interior para sentir su humedad en mis dedos. Al sentirme bajo sus pantalones, ella facilitó el acceso al eliminar la presión de su ropa.

Aproveché esa oportunidad para seguir descendiendo hasta sus piernas. Sentía cómo su piel se erizaba y temblaba bajo mis caricias. Era emocionante verla tan expuesta, tan vulnerable y entregada. Ser la causa de todas esas sensaciones en ella era simplemente monumental. Escucharla pronunciar mi nombre mientras me acercaba a su sexo era excitante.

Sin poder evitarlo, bajé mi boca hasta posarla en su sexo, que sabía exquisito, un sabor dulce que me embriagaba de placer. Ella, sin poder evitarlo me atrajo aún más hacia su sexo, hundiendo mi cara en ella y mi lengua aún más profundo. Sin perder tiempo, inicié una danza entre su vagina y seguí estimulando su clítoris con mis dedos, luego pasé mi nariz y mi lengua por su zona sensible.

Ante esto, Jimena no pudo evitar gemir cada vez más fuerte y rápido. Ambas estábamos inmersas en un concierto de placer y solo con ver su rostro sentía la satisfacción de ser la causa de tanto éxtasis.

A medida que se acercaba al orgasmo, no quise perderme su expresión de placer, así que disfruté cada momento observando cómo sus músculos se contraían antes de que finalmente llegara al clímax. Fue una escena tan dulce ver cómo emitía un sonido tan placentero ante mis oídos y mi cuerpo, que sentía su placer. Mi mano quedó empapada de sus jugos, y los bebí por completo, necesitaba saciar esta sed que tenía contenida.

Terminé limpiando cada parte entre sus piernas mientras ella seguía recuperando su aliento. Me atraí hacia ella, y quedé un momento sobre su pecho, escuchando su corazón latir a mil por hora. Ahora, entre caricias, iniciaba nuestro siguiente encuentro.

Acaricié mi espalda, se coló debajo de mi blusa, tomó mi cintura y con un movimiento calculado, quedó sobre mí para besar mi cuello mis pechos sobre mi ropa interior y mi abdomen. Dejó la marca de su rastro sobre mi cuerpo, sus manos quemaban por lo excitadas que estábamos ambas.

Nunca imaginé pasar esta noche en compañía y mucho menos con Jimena, pero estaba disfrutando tanto que no quería que esto se detuviera y sabía que ella estaba sintiendo lo mismo. Siguió bajando, dejando besos por mis piernas una vez se deshizo de mis pantalones, para luego llegar a mi zona íntima y acariciarla con sus dedos, esos dedos tan expertos en mi cuerpo. Pasó uno por mi clítoris y no pude evitar gemir; ella sonrió y siguió.

Luego, bajó con otro dedo a mi vagina, introduciendo primero uno y empezó a excitarme a lubricarme. Después, metió un segundo dedo y ahora sentía un poco más de tensión, lo cual era muy agradable.

Mientras sus manos continuaban explorando mi cuerpo con una destreza que me hacía temblar de deseo, sus labios seguían un sendero ardiente, besando mi cuello, descendiendo a mis pechos y luego regresando a mis labios.

Cada beso era un recordatorio apasionado de la pasión que compartíamos, como si nuestros anhelos se hubieran acumulado durante una eternidad, y ahora que finalmente me tenía, no había manera de que permitiera que me alejara.

Al notarme más mojada, introdujo un tercer y cuarto dedo, admito que no me lo esperaba y no pude evitar dar un grito que fue una mezcla de dolor agradable y placer. Pero ella, con su voz suave, me preguntó si me lastimaba. Acaricié su cara y le dije que no, que por favor continuara, que no se detuviera, y así lo hizo.

Esta vez, mis gritos se mezclaron con sonidos de placer y gemidos llenos de deseo. Ella sabía exactamente que hacer conmigo y ambas lo deseábamos. Nuestros cuerpos estaban sudorosos y desprendían un aroma a deseo. Seguimos besándonos, y cuando estaba a punto de llegar a mi orgasmo, sacó de golpe sus dedos, lo cual me hizo pegar un grito de protesta.

Pero antes de que pudiera reaccionar, ella bajó rápidamente y comenzó a lamerme de una manera exquisita, saboreando mis líquidos y pasando su lengua por mi clítoris, atrayéndome con fuerza hacia su rostro para provocarme un orgasmo precioso.

Entre jadeos de placer, Jimena seguía complaciéndome y mientras mis fluidos salían de mi cuerpo, ella los disfrutaba sin ninguna reserva. Sin preguntar, ella se dio la vuelta, exponiendo su sexo sobre mi cara, y sabía que era lo que ella deseaba. Así que me dispuse a darle lo que ambas ansiábamos.

Al terminar nuestro encuentro ambas quedamos tendidas en la cama, abrazadas una a la otra. Era consciente de todo lo que había sucedido y sabía que esta mujer obtenía lo que deseaba. Por mi parte, me encontraba en su cama. Acaricié su cabello y ella solo movía su rostro sobre mi pecho como muestra de agrado.

Nos quedamos dormidas después de todo lo que había ocurrido, sin hablar absolutamente de nada. Y así deseaba permanecer en ese momento, sin buscar ni querer nada, simplemente apreciando este instante a su lado. Mañana sería otro día.

CAPÍTULO 14

Al despertar, siento el brazo de Jimena sobre mi cuerpo y veo que permanece dormida. Observo su rostro sereno mientras duerme, y siento un cálido nudo en mi estómago. Con cuidado, me deslizo suavemente debajo de su brazo, tratando de no perturbar su sueño, y busco mi ropa con discreción.

La noche anterior fue placentera y emocionante, pero solo fue eso: sexo. No me apetece hablar de eso en estos momentos, así que decido darle tiempo para que las emociones se enfríen y me voy de su departamento sin despedirme. Además, la veré en la oficina.

Al llegar a mi departamento, la mezcla de emociones y pensamientos se hace abrumadora. Siento una urgencia por aclarar mis sentimientos y las circunstancias, pero también entiendo la delicadeza de la situación, especialmente porque soy su jefa. En un intento de ganar algo de claridad, decido tomar una ducha rápida para aclarar mi mente y también para tener una excusa creíble para haberme ido antes de que Jimena despierte.

El agua caliente cae sobre mi piel, pero mi mente sigue dando vueltas. Sé que puede parecer una patanería haberme ido sin despedirme, pero temo que cualquier conversación en este momento pueda complicar aún más las cosas o malinterpretarse por parte de ella o de otros en la oficina.

Mientras me enjuago, repaso mentalmente los próximos pasos. Tal vez, una vez que hayamos tenido tiempo para reflexionar sobre lo que sucedió, podamos hablar con calma y sinceridad, establecer límites claros y decidir cómo manejar esta situación en el ámbito laboral. Por ahora, lo más importante es mantener la profesionalidad y asegurarnos de que nuestras interacciones en el trabajo no se vean afectadas por lo que sucedió en un momento de pasión y vulnerabilidad.

Con la mente enfocada en el trabajo y decidida a dejar atrás los eventos de la noche anterior, me preparo rápidamente y me dirijo a la oficina. Al llegar, la atmósfera es tranquila, y solo Ernesto está presente en ese momento. Nuestro saludo es cordial, como siempre, y nos ponemos al corriente de los pendientes que quedaron del día anterior.

Mientras discutimos los asuntos laborales, mi mente se esfuerza por mantenerse centrada en la tarea en lugar de divagar hacia los recuerdos de la noche anterior. En este momento, la prioridad es mantener la profesionalidad y garantizar que nuestra relación de trabajo siga siendo eficiente y sin complicaciones.

A pesar de la tranquilidad aparente, sé que eventualmente tendré que abordar el tema con Jimena, pero por ahora, es mejor dejar que las emociones se asienten y encontrar el momento adecuado para una conversación honesta y sincera.

- Buenos días, Rocio. ¿Cómo estás? – pregunto Ernesto
- Bien — dije de manera cortante.
- ¿Pasa algo? — preguntó preocupado.

En realidad, sí estaba pasando algo, pero no sabía cómo reaccionar ni si debía decirle. Lo que sucedió con Jimena podría poner en tela de juicio mi integridad como su jefa inmediata y no sabía cómo lo tomaría Ernesto. Así que, mejor decidí mentir o, mejor dicho, no mencionar el verdadero motivo y cambiar de tema.

Mi conversación con Ernesto se desarrolla de manera tranquila y respetuosa. Cuando menciono que anoche nos fuimos temprano porque estábamos cansadas, estoy siendo sincera en parte, ya que eso fue cierto, aunque no menciono los detalles más íntimos de la noche anterior.

Ernesto asiente y me da una mirada comprensiva.

- Sé que no me estás contando todo, pero está bien, - dice con amabilidad. - Si en algún momento necesitas hablar de cualquier cosa, recuerda que mi oficina siempre está abierta.
- Gracias —sabía que Ernesto era mi amigo, pero no estaba segura de cómo tomaría lo que había sucedido la noche anterior.

Después de su salida de mi oficina, me concentré en el trabajo. Por un momento, olvidé todo lo sucedido y me centré en sacar adelante el proyecto. A medida que pasaban los minutos, escuché cómo llegaban los demás empleados y los practicantes. Fue en ese momento que comencé a ponerme nerviosa, pero debía calmarme.

Mientras continuaba trabajando, traté de mantener mi postura habitual y mi concentración, a pesar de la creciente tensión en el ambiente. La voz de Jimena resonó en el pasillo de la oficina, y me preparé psicológicamente para cualquier posible escenario o conversación que pudiera surgir.

El sonido de unos golpes en la puerta de mi oficina me hizo tensar los músculos. Reconocí de inmediato la forma en que Jimena tocaba la puerta, y supe que era ella quien estaba al otro lado. Mi corazón latía con fuerza, y aunque estaba decidida a enfrentar la situación con serenidad, la incertidumbre sobre lo que iba a suceder me hacía sentir nerviosa. Sabía que esta conversación era inevitable y que debía abordarla con cuidado y sinceridad.

- Adelante — dije con seriedad y sin más preámbulos.
- Buenos días — dijo con una sonrisa.

Al ver la sonrisa de Jimena al entrar a mi oficina, me sentí incómoda e indecisa sobre cómo abordar la situación. Era evidente que ella tenía un interés especial en lo que había sucedido entre nosotras, y su expresión reflejaba cierta satisfacción. Sin embargo, para mí, lo que pasó anoche había sido una distracción temporal más que una relación significativa.

No quería ser cruel con Jimena, recordando cómo en el pasado habían sido crueles conmigo en circunstancias similares. La preocupación por sus sentimientos y el deseo de evitar lastimarla se mezclaban con mis propios recuerdos dolorosos.

En ese momento, el recuerdo de Lu, alguien que había sido importante para mí y que había partido dejando una herida abierta, regresó a mi mente. Sentí que mi corazón se encogía al recordar cómo me había sentido cuando ella se fue, y esa sensación de pérdida me pesaba mientras lidiaba con la situación actual.

Tomé la decisión de dejar que las cosas fluyeran por sí mismas y de abordar el tema con Jimena en un momento más adecuado fuera del ámbito laboral. Después de todo, quizás para ella también había sido una noche sin mayores implicaciones y sin la necesidad de que se repitiera, al igual que lo pensaba yo.

Jimena cerró la puerta de la oficina, y me esforcé por volver mi atención a la computadora y a las tareas que tenía por delante. Era crucial mantener la profesionalidad en el trabajo y abordar asuntos personales en el momento, así como en un lugar adecuado. Aunque las emociones y las preguntas seguían en mi mente, decidí posponerlas por ahora y centrarme en las responsabilidades laborales que tenía.

Jimena, al darse cuenta de que no tenía intenciones de hablar sobre la noche anterior, tomó su lugar en su escritorio y trató de parecer ocupada, aunque pude notar que estaba nerviosa, ya que no dejaba de jugar con sus manos.

Sentí ternura al ver a Jimena en ese estado de incertidumbre, con sus emociones sin resolver. Sin embargo, decidí que la oficina no era el lugar ni el momento adecuado para abordar la situación. Comprendí que debíamos darles tiempo a las cosas para aclararse y encontrar el momento adecuado para hablar más a fondo.

Al final de la tarde, Jimena se acercó a mí con paso vacilante y se sentó frente a mi escritorio. Cuando levanté la mirada y nuestros ojos se encontraron nuevamente por primera vez en todo el día, ella habló tímidamente. La tensión en el aire era palpable mientras esperaba sus palabras.

- Te ves hermosa, - comentó Jimena, rompieron la tensión en el aire e hizo que sintiera un nudo en la garganta.

Era un cumplido inesperado que me tomó por sorpresa, y sus palabras resonaron en el silencio de

la oficina. La sinceridad de su elogio se sintió genuina y apreciada, pero también complicó aún más la situación.

- No es el lugar, Jimena — respondí seria.
- Tranquila, no pretendo hablar de nada — bajó la cabeza.
- Podemos tomar un café al salir y hablar — dije, esperando su respuesta.

Ante la falta de respuesta inmediata por parte de Jimena, y mientras ella mantenía la cabeza baja, decidí tomar un riesgo. Extendí mi mano hacia la suya, que yacía sobre mi escritorio. Jimena levantó la cabeza, y nuestros ojos se encontraron en un momento de intensa conexión. Noté que sus ojos se cristalizaban, indicando que las lágrimas estaban a punto de brotar.

Sin comprender completamente por qué, sentí la necesidad de hacer algo más. Me levanté de mi silla y me situé frente al escritorio, acariciando su rostro con suavidad y haciendo que volviera su mirada hacia mí. Luego, acerqué mi rostro al suyo y la besé. Fue un beso tierno, cargado de entendimiento y empatía hacia lo que estaba sintiendo. Era una forma de expresar que, a pesar de las complicaciones de la situación, estaba allí para ella y que entendía sus emociones.

La sorpresa se apoderó de mí cuando me di cuenta de lo que acababa de hacer. Sin entender completamente por qué había reaccionado de esa manera, me separé bruscamente de Jimena y regresé a mi silla, sintiendo una mezcla de confusión y preocupación por mis propias acciones.

Las emociones y la tensión en la habitación eran palpables mientras buscaba palabras para explicar mi comportamiento inusual. No sabía cómo iba a reaccionar Jimena ante lo que acababa de suceder, y la incertidumbre llenó el aire entre nosotros.

- Lo siento, Jimena — dije mirándola a los ojos.
- ¿Por qué? Yo deseaba ese beso desde que llegué esta mañana, pero no sabía qué hacer — confesó tímidamente.
- Tenemos que hablar — respire profundamente para continuar —. Sé que puedes pensar que estoy loca, pero en realidad no sé lo que pasa conmigo y contigo.
- Tranquila, no hay nada que hablar. Creo que tienes claro lo que pasó anoche, así que ya está claro.
- Pero no he dicho nada, Jimena — repliqué, sintiendo la confusión y el torbellino de emociones que me invadían.
- No hace falta, Rocío — me miró con más calma —. Además, para mí, aunque sea solo

esa noche, me sentí feliz porque te deseaba desde el primer día que entré a trabajar y al estar a tu lado, no quería perder la oportunidad de poder estar contigo.

- ¿Cómo? — pregunté, sintiéndome sorprendida y abrumada por sus palabras.
- Estoy enamorada de ti, Rocío, y no hace falta que digas nada. Además, me basta con la noche que me regalaste. Gracias —sin darme oportunidad de responder, se levantó de la silla y salió de mi oficina.

Tuve una revelación abrumadora en ese momento. Me di cuenta de que Jimena estaba profundamente enamorada de mí, sentí culpa, además sentía que fue egoísta por haber jugado con sus sentimientos. Sin embargo, a pesar de sus emociones sinceras, mi mente seguía ocupada con el recuerdo de Lu, y no me sentía lista para una relación en ese momento.

Comprendí que, en este momento, la única persona con la que quería estar era Lu, aunque fuera solo para tener una relación física sin compromisos emocionales. La confusión y el dilema moral me abrumaron, y me encontré en medio de una encrucijada emocional, tratando de navegar por mis propios sentimientos y deseos.

Ante la confusión de mis propios sentimientos y la comprensión de la situación con Jimena, comencé a considerar seriamente la idea de buscar a Lu y ser sincera con ella. Estaba dispuesta a aceptar cualquier proposición con tal de tenerla solo una o dos noches al mes o cuando ella lo deseara.

No quería herir los sentimientos de Jimena ni ser injusta con ella, y creía que esta era la mejor manera de proceder. Necesitaba aclarar mis intenciones con Lu y, al mismo tiempo, ser honesta con Jimena sobre mis propios deseos y limitaciones emocionales en ese momento. Era un paso necesario para poner las cosas en orden y evitar herir a las personas involucradas.

Sin embargo, antes de poder tomar una decisión, Ernesto entró a mi oficina con una expresión preocupado. Mi mente se llenó de preguntas al verlo.

- ¿Podemos charlar? — se sentó y me miró.
- Dime, ¿qué pasa? — pregunté, nerviosa, pero tratando de sonar tranquila.
- Es sobre Jimena — dijo directamente.
- ¿Qué pasa con Jimena? —volví a preguntar, aún sin entender, pero cada vez más preocupada.
- Sandra llamo y me dijo que Jimena le entregó una carta de renuncia. ¿Tú sabes algo de esto? — me miró con preocupación.

- No, no me ha comentado nada de esto — le respondí, sorprendida y preocupada.
- Es extraño. Jimena es una chica inteligente, y esta era su oportunidad para crecer y forjar una carrera. No tiene sentido que renuncie de la nada.
- Sobre eso, necesito hablar contigo — dije con temor—. Pero no aquí. Vamos al bar, invito yo.
- Sabía que algo había, pero acepto tu invitación. Vamos para poder entender qué pasó — aceptó, sonando tranquilo.

Después de nuestra conversación, salimos juntos hacia el bar, ya que habíamos terminado nuestra jornada laboral. Al llegar al bar, pedimos una mesa para hablar con tranquilidad.

Le conté a Ernesto lo que había ocurrido con Jimena, cómo en estos meses se me había insinuado y cómo había tratado de ser lo más profesional posible. Le expliqué que la noche anterior, finalmente, había pasado lo inevitable.

- No me justifico, Ernesto, ya que fui yo la que inició lo de anoche. — dije aceptando mi responsabilidad.
- Lo bueno es que lo admites, Rocío — dijo preocupado.
- Pero me siento mal por ella. Es una joven inteligente, como dices y no es justo que se marche dejando atrás su sueño.
- Ella es adulta, Rocío. Podría haber seguido con su vida. Pero veo que le afectó tu indiferencia.
- No puedo mentir, soy sincera y siempre fui sincera.
- Sí, pero ella vio una oportunidad cuando tú abriste la puerta.

Me sentía terrible ante las palabras de Ernesto porque sabía que tenía razón. Ahora era la mala en esta situación, haciendo lo mismo que habían hecho conmigo, y no era justo para Jimena.

- Iré a buscarla y hablaré con ella.
- No deberías, Rocío. Es darle esperanza donde quizás no la hay. — tocando mi hombro en señal de apoyo.
- Lo intentaré y dejaré en claro mi posición. — suspire.

- Está bien. Admiro tu determinación. – y sentí su sinceridad.
- No es eso, es ser justa.
- ¿Y qué pasó con la joven con la que salías? —preguntó directamente.
- Se fue — respondí con tristeza —. Lu es un alma libre y necesitaba seguir así — recordé las palabras de Lu cuando me pidió que no nos viéramos más.
- Pero ambas se veían muy bien juntas. Ese día que las vi, me provocaron la necesidad de volver a enamorarme. Ustedes tienen una gran química juntas.
- Yo quería conocerla mejor, pero tal vez la asusté y no supe cómo manejar la situación. Todo se me salió de control y así fue como vi la oportunidad con Jimena. Fui yo quien no pudo evitarlo.

Ernesto se acerca y me abraza, como si supiera que en ese momento era lo que necesitaba. Sentía una confusión por Lu, unas ganas de ir a buscarla. Solo quería estar con ella el tiempo que lo permitiera y con eso sería suficiente. O eso quería pensar, necesita saber de ella.

Al separarse Ernesto siguió hablando.

- Búscala. Si de verdad tienes esta necesidad de ella inténtalo y se sincera con ella. – tomando mi hombro como símbolo de su apoyo – pero di lo que siente así podrás estar tranquila. Por qué lo sacaras y no será por ti que no te diste esa oportunidad.

Las palabras de Ernesto sonaban en mi cabeza, tenía razón debía ser sincera con Lu, decirle que desde ese primer día que la escuche algo en mi interior cambio y que necesitaba conocerla, estar a su lado. El sexo con ella era mágico, pero también quiero descubrir su persona, convivir con ella y entender que fue esa energía que tenía cuando estaba a su lado. También necesito hablar con Jimena como personas adultas y plantear esta situación para no lastimarla.

- Tienes razón – conteste – buscare primero a Jimena y planteare una solución para ambas ya que no permitiré que se marche por algo que, aunque disfrutamos ambas no tenía futuro ya si después de hablar con ella su decisión es seguir con su renuncia lo aceptare.
- Haces bien, habla con ella y explica tu sentir. Te apoyare en lo que necesites para que se reincorpore si acepta regresar. – comento Ernesto
- Gracias, espero que así sea, es una chica inteligente y espero pueda separar ambas caras de la moneda – dije y suspire – y por otra parte necesito ir a casa de Lu dejarle una carta si no la encuentra o esperar a que aparezca su hermana para ir a buscarla.

- Hace cuanto no la vez – me pregunta mi amigo.
- Siéndote sincera, han sido meses, sin embargo, siento que han pasado años de no verla y extrañarla, desde la última vez que estuve en su casa y nos despedimos. - Dije con tristeza recordando ese día que nos volvimos a entregar para perdernos de nuevo.
- Pues vez Rocio, espero puedas encontrarla y hablar con ella de tus sentimientos. No pierdas la oportunidad de ser Feliz – y sonrisa.

La noche transcurrió de manera amena, y al finalizar nuestras conversaciones, cada uno se fue a su casa. Fue un encuentro que, a pesar de las complicaciones y la tensión inicial, nos permitió compartir un momento de conexión y comprensión mutua, algo que ambos necesitábamos en ese momento.

CAPÍTULO 15

Al siguiente día, como habíamos acordado Ernesto y yo, me propuse poner en orden las cosas en mi vida. Reconocía que, si bien era competente en el trabajo, mi vida personal, especialmente en el ámbito del amor, era un auténtico desastre. Con determinación, me dirigí hacia el departamento de Jimena, sintiendo que era hora de cerrar algunos capítulos y empezar a encarrilar mi vida.

Llegué sin problemas a su edificio y recordé fácilmente cómo llegar a su departamento. Con un poco de nerviosismo, toqué su puerta, esperando que estuviera en casa. Golpeé la puerta tres veces, pero no hubo respuesta. Estaba a punto de retirarme cuando finalmente escuché el sonido de la puerta abriéndose, y ahí estaba Jimena.

Pude notar que Jimena no se encontraba bien en absoluto. Tenía unas ojeras terribles, y sabía que, de cierta manera, era la causante de su malestar. Sin embargo, estaba decidida a solucionar esta situación.

- Hola, - dije, intentando sonar amable mientras esperaba en la puerta de su departamento.
- Hola, - respondió Jimena con una voz sin ánimos, claramente afectada por lo que había sucedido. - ¿Qué quieres?, - preguntó directamente.
- Solo quiero hablar, - respondí con calma, buscando encontrar una forma de resolver las cosas. - ¿Puedo pasar, por favor?, - solicité, esperando que pudiéramos tener una conversación tranquila.

Jimena asintió y se dirigió al sofá, ofreciéndome un lugar para sentarnos y hablar.

No tenía claro cómo comenzar esta conversación tan importante, pero sabía que no debía retrasarla más. Ambas éramos conscientes de que, al iniciar lo que paso, habíamos acordado que no había futuro juntas, siempre fui clara al respecto. No quería sonar condescendiente, pero tampoco sabía cómo abordar el problema, a pesar de tener una idea clara de lo que quería expresar.

Comencé de manera torpe, tratando de encontrar las palabras adecuadas para expresar mis pensamientos y sentimientos en ese momento tan delicado.

- Jimena, ayer Ernesto me informó sobre tu solicitud de baja, - comencé, tomando una profunda respiración antes de continuar. - ¿Puedes por favor explicar el motivo? Te considero importante dentro de mi equipo y también como persona, - finalicé, tratando de transmitir mi interés genuino en comprender su decisión y ofrecerle la oportunidad de

expresarse.

- Lo que pasó aquella noche. - Jimena habló sin levantar la mirada, y entendí a qué se refería con sus palabras, las cuales resonaron con tristeza mientras continuaba, - Pensé que podía seguir trabajando a tu lado sin que me importara tu actitud.

Vi cómo una lágrima se deslizaba por su mejilla antes de que se detuviera. La expresión de sufrimiento en su rostro me hizo darme cuenta del impacto que nuestras acciones habían tenido en ella y me sentí abrumada por una mezcla de remordimiento y comprensión.

En ese momento, me sentía abrumada por una sensación de crueldad y remordimiento. Sabía que tenía que ser cuidadosa con mis palabras y contenerme para no empeorar la situación. Por lo tanto, opté por esperar pacientemente a que Jimena se calmara antes de continuar nuestra conversación. Era esencial abordar el asunto con sensibilidad y empatía para no profundizar aún más las heridas emocionales.

Intenté expresar mi disculpa mientras Jimena continuaba hablando, pero fui interrumpida antes de poder terminar mi frase. La tensión en la habitación era palpable, y estaba claro que ambas estábamos lidiando con emociones complicadas en ese momento.

- No tienes por qué disculparte, - dijo Jimena, tomando una profunda respiración antes de continuar. - Fuiste clara sobre esa noche, lo cual agradezco. Pero como te mencioné en la oficina, estoy enamorada de ti, y cuando ocurrió lo que pasó, fui muy feliz. Sin embargo, cuando confirmé que solo fue una noche, no pude contener este sentimiento, - explicó mientras se tocaba el pecho, dejando en claro la profundidad de sus emociones.
- Jimena, tranquila, - dije con calma mientras me acercaba a ella. - No sabía que estabas enamorada de mí hasta el día de ayer, cuando me lo confesaste. De verdad no quiero hacerte daño. - Mis palabras llevaban una genuina preocupación por sus sentimientos y un deseo sincero de no lastimarla más de lo que ya estaba.
- Lose, Rocío, y agradezco mucho esa noche que compartimos, - dijo mientras su mano rozaba mi rostro. - Pero ayer, al darme cuenta de que no podía seguir conteniéndome, de que no podía besarte o abrazarte como quería, y que las cosas seguirían así, tomé la decisión de retirarme para no estar cerca de ti.
- Te entiendo, Jimena, pero no estoy de acuerdo en que debas sacrificar tu carrera por esta situación, - expresé con preocupación. - Podemos encontrar una solución en el trabajo que permita que ambas sigamos adelante sin que afecte negativamente nuestras vidas profesionales.
- Sí, tal vez podamos resolverlo en el trabajo. ¿Pero qué pasa con nosotras? ¿Cómo queda

nuestra situación? - Su pregunta dejaba claro que estábamos frente a una encrucijada importante en nuestra relación.

Al escuchar esa pregunta, me levanté del sofá, consciente de que debía ser sincera, aunque eso pudiera causar dolor. Era importante explicar mi situación para que Jimena comprendiera que yo también estaba lidiando con mis propios conflictos internos.

No era justo para ella estar a mi lado, ya que estaba enamorada de Lu. Me vi reflejada en los sentimientos de Jimena, compartíamos la experiencia de amar a alguien que no nos correspondía como deseábamos. Era un momento de honestidad necesario para ambas partes.

- Lo nuestro no existió, - respondí con firmeza, reconociendo que mis palabras podrían ser duras, pero creyendo que era necesario ser honesta. - Fui clara contigo desde el principio, precisamente porque no quería lastimarte. Pensé que podríamos manejar esta situación como personas maduras, porque eso era lo que me transmitías. Pero parece que no es así, - agregué, destacando mi frustración por la falta de comprensión de Jimena sobre mis intenciones y limitaciones emocionales desde el principio.

Respiré profundamente al ver la expresión en su rostro, sintiendo la necesidad de aplicar la psicología para ayudarla a comprender mejor la situación. Continué hablando en un tono más suave y comprensivo.

- Jimena, entiendo que ahora todo sea confuso, especialmente porque es una decisión reciente y tomaste lo que consideraste la mejor opción para protegerte, - le dije sinceramente.

Jimena seguía inmersa en sus pensamientos, pero aún así debía continuar. Así que respire profundamente y seguí.

- Pero, al final, cuando esto pase, te darás cuenta de que quizás no fue la mejor decisión y podrías arrepentirte. Podrías odiarme, ya que, en última instancia, la causante de esto seré yo. La verdad es que quiero que regreses a la oficina. Estoy dispuesta a hacer todo lo necesario para ayudarte a estar cómoda. Te ubicaré en la oficina de Ernesto para que no tengamos que vernos constantemente, y hablaré con él para asegurarme de que estés bien. Quiero que puedas sanar y seguir trabajando en tu pasión, para que puedas tener un mejor puesto en el futuro. Por favor, tómalo en consideración, - concluí, esperando que mis palabras pudieran persuadirla a reconsiderar su decisión.

Sin que Jimena dijera una palabra, vi cómo bajaba la cabeza. En ese momento, comprendí que no había más que pudiera hacer por el momento, excepto darle espacio y tiempo para procesar sus emociones. Entendía su dolor y su confusión, y no podía hacer más que respetar su decisión.

Salí de su departamento con un suspiro profundo, inhalando aire hasta lo más profundo de mis pulmones mientras reflexionaba sobre la complejidad de las relaciones humanas. A pesar de cualquier intención, a veces causamos dolor a aquellos a quienes apreciamos sin quererlo. Era un recordatorio de que cada persona luchaba consigo misma cuando no sabía qué hacer, y en ese momento, eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Ahora, mi enfoque estaba en conseguir lo que quería con Lu. No sabía si funcionaría, ni siquiera tenía certeza de si algún día regresaría o si se quedaría. Lo único que estaba claro era que deseaba intentar conocerla, buscarla o al menos saber de ella. Quería que supiera que aún esperaba su regreso, incluso si fuera solo por una noche.

Me dirigí a la casa de Lu con la carta que había escrito la noche anterior en mis manos. Tenía la esperanza de encontrar a su hermana o a alguien que pudiera entregársela o enviarla si revisaba los correos. Aunque estaba nerviosa por lo que pudiera suceder, sabía que tenía que seguir adelante.

Cuando bajé del auto y me acerqué a la casa, noté que había alguien dentro. Mi corazón comenzó a latir más rápido en ese momento, y me sorprendió la intensidad de mi emoción ante la posibilidad de que fuera Lu. Me acerqué a la puerta y toqué, esperando con ansias ver quién respondería.

Lidia me recibió con una amplia sonrisa cuando abrió la puerta de su casa. Aunque le devolví la sonrisa, en el fondo esperaba encontrar a Lu en lugar de a ella. Lidia notó mi expresión y sonrió comprensivamente, haciendo un gesto con las manos para invitarme a pasar.

- Hola, Lidia. Gracias, - respondí mientras entraba en su casa, sintiéndome un tanto incómoda.
- Siéntate por favor, Rocío. ¿Verdad? - confirmó Lidia, y asentí, aunque me sentí extraña por cómo había sido formulada la pregunta.
- Sí, soy la misma Rocío que te dio un espectáculo, - dije para romper el hielo y abordar la razón de mi visita de inmediato.
- (Lidia rió y respondió,) - Sí, lo sé. Sé que esperabas encontrar a Lu por tu expresión.
- La verdad es que sí. Vine a buscarla, pero veo que aún no ha regresado, - admití con tristeza.
- Pero regresará, - me aseguró Lidia, lo que me dio un poco de alivio. - Es solo temporal. Hace unas semanas hablé con ella.
- Oh, en serio. ¿Puedes darme su número? - pregunté sin pensar.

- Lo siento, Rocío, pero no puedo, - dijo Lidia con pesar. - Lu es una persona complicada. Si le hablas y se entera de que fui yo quien te dio su número, cambiará de número y no me hablará hasta que se le pasé el enfado, así es ella.

Al ver mi expresión de decepción, Lidia continuó.

- Lo que puedo hacer es darte mi número y también darle el tuyo. ¿Te parece?

Esa fue la luz que necesitaba en ese momento en el camino. Sabía que Lidia tenía razón, era mejor que Lu tuviera mi número, para cuando ella decidiera ponerse en contacto. No quería presionarla, y esta era una forma más apropiada de dejar las cosas en sus manos.

- Claro Lidia, Gracias de verdad – y le di mi número telefónico.
- Le pasare tu información a Lu, sé que ella quieres volver a verte, no preguntes porque, pero lo sé. Y espero que todo este tiempo las recompense a ambas.
- Por qué me dices esto – dije confundida – Quiero conocerla Lidia, quiero la oportunidad de por verla.
- Pienso que la tendrás, tienes mi apoyo para con mi hermana – y me giño un ojo – ella es complicada Rocio, no te mentiré, pero tiene un gran corazón, solo que las dos pasamos por mucho desde pequeñas y Lu se refugió en esa coraza para que nada ni nadie la lastimaran.
- Siento escuchar eso, pero espero poder estar cerca de ella si me lo permite cuando sea el tiempo – dije sincera – Puedo pedirte otro favor – mirándola.
- Si, dime.
- Puedes entregarle esta carta – entregándosela
- Rocio en cuanto sepa donde esta se la hago llegar, pero por el momento ni yo, sé dónde está Lu – su confesión me presiono el pecho – pero si surge oportunidad la envío. – termino diciendo.
- Gracias Lidia, me retiro – levantándome del sofá despidiéndome de ella.
- Hasta pronto y si de verdad quieres conocer a Lu, ten paciencia que puede valer la pena. – con eso ambas nos despedimos.

Mientras subía a mi auto y continuaba mi camino hacia la oficina, sentí que había logrado poner un poco de orden en el caos de mi vida. Había cumplido con mi tarea de hablar con Jimena, y ahora estaba en sus manos decidir si tomaría la oportunidad que le ofrecía.

La situación con Lu era diferente. En este caso, era yo quien necesitaba una oportunidad y había decidido buscarla. Sin embargo, sabía que sería un desafío, ya que Lu era un espíritu libre y tenía sus razones para no querer comprometerse. Debía ser consciente de todas las implicaciones de estar involucrada con alguien que valoraba su independencia y libertad.

Era triste prepararse para todas las posibilidades, ya fuera que Lu recibiera mi carta y respondiera, o que decidiera no ponerse en contacto. Estar a la espera sería difícil, pero como mencionó su hermana, valdría la pena. Eso era lo que esperaba y lo que me mantenía motivada en medio de la incertidumbre.

Al llegar a la oficina, retomé mi rutina habitual, preparándome para lo que el día tenía reservado y tratando de mantenerme enfocada en mis responsabilidades profesionales mientras seguía esperando una señal de Lu.

Había conseguido crear el mejor ambiente laboral, ya los demás lograban salir a su hora y no estar hasta altas horas de la noche como antes. Eso era satisfactorio ya que no tendrían que sacrificar su vida personal por su trabajo.

El día transcurrió sin ningún evento especial, lo cual agradecía, ya que la mañana había sido intensa en muchos aspectos. Había hablado con Ernesto sobre la situación de Jimena y la posibilidad de que trabajara con él. Como pensé, Ernesto no tuvo ningún problema en aceptar trabajar con Jimena. Decidimos darle una o dos semanas para que pudiera reflexionar sobre su decisión y ver si regresaba en ese tiempo. Si no lo hacía, tendríamos que tomar una decisión sobre su situación en la empresa.

CAPÍTULO 17

Ha pasado varios meses desde que inicio el viaje para mejorar. En este tiempo lo único que me ha mantenido constante es lograr sentirme realmente viva y feliz lo cual lo estoy logrando paso a paso.

Mantuve comunicación frecuente con Lidia en los días siguientes, y cada vez que hablábamos, nos poníamos al día sobre nuestras vidas. En una de esas conversaciones, Lidia me reveló que Rocío me extrañaba y que había ido a buscarme. Escuchar eso fue como una inyección de adrenalina que no sabía que necesitaba hasta que la escuché y sentí que volvía a sentirme viva.

Lidia también me compartió que Rocío deseaba verme, conocerme como realmente era, y que no le importaba si yo era diferente a lo que ella esperaba. Saber que Rocío tenía interés en conocer a Lucia, la persona real detrás de la imagen que ella tenía de mí, me llenó de emoción y curiosidad. Era un sentimiento abrumador que me hizo reconsiderar mi posición y pensar en la posibilidad de darle una oportunidad a esta conexión que estaba surgiendo entre nosotras.

Eso fue un gesto adicional por parte de Rocío, quien parecía aceptarme tal como soy, sin necesidad de cambiar nada de mí. Sin embargo, no era justo para ella que continuara pretendiendo ser alguien que no era al cien por cien. Por eso, le pedí a Lidia que no le diera mi número de teléfono y que cuando estuviera preparada, sería yo quien la contactaría. Han pasado meses desde entonces, pero todavía no me siento lista para dar ese paso tan significativo.

Sé que Rocío ha sido comprensiva y paciente, ha demostrado su apoyo al esperar el tiempo que sea necesario. No puedo prometer cuánto tiempo tomará para que me sienta lista para dar ese paso, ya que todavía estoy en proceso de descubrirme. Sin embargo, aprecio su persistencia y su disposición a esperar, a pesar de que no nos hemos vuelto a ver en persona.

Desde ese día que me despedí de Rocio, no he vuelto a estar con nadie ya que me prometí primero conocerme para poder dejar que los demás pudieran conocerme. Estoy feliz por los cambios que he hecho en el interior y en el exterior.

Francesco y Elena comentaron que parecía una mujer sofisticada en estos meses, ya que finalmente decidí abrazar mi verdadera personalidad y hacer cambios para ser la auténtica Lucia. Me deshice de los colores artificiales en mi cabello y opté por respetar mi esencia, dejando que mi cabello luciera su color natural, un rojizo que realzaba mi mirada.

También hice algunos ajustes en mi estilo de vestir, ya que no me sentía muy profesional al presentarme a las clases de los niños y jóvenes con un aspecto tan desalineado. Necesitaba transmitir seriedad y, al mismo tiempo, autenticidad para inspirar a mis estudiantes a aceptarse a sí mismos. Para lograrlo, primero tenía que sentirme cómoda y auténtica sin tantas máscaras.

Con la ayuda de Elena, poco a poco fui descubriendo mi propio estilo en el que me sentía cómoda, sin máscaras ni intentos de ser alguien que no era. Podría decirse que la Lu de hace seis meses no es la misma que la de hoy. He crecido en alma y como persona, tanto a nivel personal como profesional.

Pronto tengo un evento importante, he decidido invitar a mi hermana y a Karla.

- Hola - saludé alegremente a Lidia. – ¿Cómo estás?
- Bien hermanita – contesto feliz.
- Quiero proponerte que vengas a Génova para que veas lo que hago. Ya tengo los boletos para ti y para Karla. ¿Puedo contar contigo? - pregunté sin medir mis palabras.
- No tengo ni idea de qué pasó con la Lu del pasado, pero a esta la amo - respondió riendo. - Claro que vamos, prepararé todo.
- Excelente, las espero en una semana - dije emocionada.
- ¿Puedo invitar a Rocío? Ella quiere verte y ha estado esperando pacientemente - propuso Lidia.
- Aún no, Lidia. No quiero arruinar las cosas - admití nerviosamente. - Además, tal vez ya tiene a alguien.
- No tiene a nadie, sigue esperándote. Solo se dedica a trabajar. Además, te llevaré la carta que aún guardo para ti. Sería hermoso verlas juntas - insistió Lidia.
- Siento que aún no es el momento - fui sincera.
- Está bien, pero ¿puedo decirle que iré a verte?
- Sí, adelante. Dile que pronto terminaré lo que tengo que hacer conmigo misma - respondí sinceramente. Quería ver a Rocío y la extrañaba mucho.
- Bueno, al menos es algo - dijo Lidia.

Después de esa conversación colgamos y las palabras de Lidia seguían haciendo eco en mi cabeza, tenía su número ya que Lidia me lo paso, en ese momento quería escuchar su voz y ver qué pasaba, sabía que existía esa conexión o electricidad al escucharla y por qué solo con recordarla mi corazón latía. Así que decidí invitarla y ver que pasaba.

- ¿Hola, Rocio? – dije nerviosa.
- Si, ella habla diga – su vos era una sensación de libertad a mis oídos sabía que con ella podía ser feliz si realmente quería serlo, en ese instante disipe mis temores.
- Soy Lu, - calle al esperar su reacción.
- ¿Lu?, ¿Lu? – dijo emocionada, sentía esa energía de felicidad que me transmitió de inmediato.
- La misma – sonriendo como niña lo bueno que no me veía.
- Gracias por llamarme, sabes cuánto esperaba este momento – alegre – me sorprendiste y con escuchar esa vos hermosa me siento satisfecha, cuando vendrás, puedo verte, te extraño, necesito hablar contigo.

Por un momento pensé decirlo lo mismo que a Lidia, pero accedí, era el momento de dar un paso más y necesitaba tenerla cerca de mí por lo menos por un breve momento, así que me arriesgue a invitarla al igual que hice con Lidia.

- Si, regresaré Rocio, pero por el momento aún no sé cuándo, pero en unos días tendré un evento te gustaría acompañarme – moría de miedo esperando su respuesta.
- Me encantaría Lu, dime fecha y donde – emocionada – estaré ahí. – así que le indique el día del evento, pero se quedó callada.
- Sí, no puedes no te sientas presionada – dije calmando mi emoción.

En realidad, mis emociones estaban descontroladas. No quería presionar a Rocío, no era justo para ella. Además, no quería perderla debido a mi desesperación. Ambas estábamos ganando con este paso que había dado, y debía tener cuidado para no arruinarlo.

- No me siento presionada, Lu – pensativa – si quiero verte solo que tengo un compromiso con mis sobrinas en esas fechas – dijo triste –pero si sigue la invitación podemos vernos después.

Una tristeza invadió mis sentidos en ese momento, pero sabía que ella era una mujer ocupada y parte de mi aprendizaje era dar el espacio a los demás, así como respetar sus tiempos. Si, lo de nosotras funcionaba seria poco a poco.

- Lo entiendo, - dije sincera – haría lo mismo por mis sobrinas, pero podemos dejarlo para otro día me parece justo.
- Gracias Lu, de verdad. Puedo hacerte una pregunta – pensativa.

- Claro pregúntame – esperando con ansias.
- Puedo guardar tu número y por escribirte.

De cierta manera, el hecho de que Rocío pidiera permiso para seguir en contacto conmigo era un gran comienzo para mí. No lo necesitaba, pero me conmovía que se esforzara por mantener una buena relación con la "antigua" Lu para no espantarla.

- Por supuesto que sí, si no lo pedías tú lo haría yo – dije sonriendo como si pudiera verme.
- Gracias, necesitaba saber de ti – con sinceridad – siento decírtelo tan directamente, pero te echo de menos de verdad espero que la vida nos pueda dar otra oportunidad para conocernos.
- Así será, si la vida nos quiere regalar esa oportunidad – dije feliz de saber que no era la única que sentía lo mismo, pero debía mantener mi temple para no actuar por impulso.
- Eres Preciosa – soltó de repente Rocio – espero no te moleste que lo diga.
- No me molesta en lo absoluto – sonrojada y feliz, queriendo salir corriendo a verla – pero no esperaba que me vieras así.
- ¿Así cómo? – siguió hurgando para ver que sacaba.
- Así como te miro también, hermosa – dije sabiendo que estaba iniciando el juego, no habrá vuelta a tras – pero ya es hora de irme, gracias por recibir mi llamada, espero verte pronto – dije y colgué.

No es por cobarde, pero debía seguir en el conservatorio conociéndome, aunque estaba mejorando las partes de arrebato, necesitaba estar tranquila, mentalizada en mi proyecto de las próximas semanas ya que seré quien toque ante varias personas como toda una profesional.

Al terminar la llamada le hable a Lidia y le conté sobre la invitación que le hice a Rocio, ella se alegró por la decisión, pero le comenté que no sería posible que viniera porque tenía un compromiso con sus sobrinas.

Lidia comento que la confianza llevaba su tiempo, que mi reacción es la correcta. Ir despacio esperar por ella además ya tenía tiempo ganado las semanas pasan rápido.

Después del concierto tomaré vacaciones al igual que mis alumnos por dos meses, así que pretendo regreses a la ciudad disfrutar lo que antes no disfrutaba para seguir siendo feliz, he

cambiado los hábitos gracias a la familia que aquí encontré con Francesco y Helena.

Ellos estaban muy felices por mis logros, sobre todo por el crecimiento espiritual, profesional y ver la vida con mejores ojos sin sufrir en silencio por mis padres que nos arrebataron siendo tan jóvenes. Eran los mejores maestros de vida que debía de tener, así como la oportunidad de tenerlos en mi vida.

CAPITULO 18

Últimamente las cosas han vuelto poco a poco a su lugar, después de lo Lu y Jimena reconsiderare completamente el rumbo que estaba tomando la vida. La llamada inesperada pero esperada por mí, de Lu fue sorpresiva y comprendí que todo tiene un tiempo para todo pueda fluir y continuar si es para uno, lo cual fue emocionante. Sentía que era como aquellos días de colegio cuando se acercaba aquella persona que te gustaba y hablaba contigo, era un sentimiento agradable.

La invitación de Lu, para verla fue sorpresiva, así como agradable, sin embargo, no fue posible aceptar verla y aunque fue triste no poder aceptar su invitación, no podía dejar a mis sobrinas plantadas ya que unos meses atrás fui invitada a un evento al cual insistieron en que las acompañara, no pude negarme al ver sus caritas de emoción, así que accedí a ir con ellas.

Al decirle a Lu la razón por la cual no sería posible verla, reacciono mejor que bien, lo cual sentía era un paso para seguir conociéndonos despacio. Las siguientes semanas hablamos casi diario o nos enviábamos mensajes, no me dijo donde se encontraba o que hacía en aquel lugar donde estaba, pero si insistía en que quería verme cuando fuera el momento.

Nuestras conversaciones eran amenas, sentía una conexión con Lu como si la conociera de mucho antes, sé que ella sentía lo mismo porque en cuanto se desocupaba de sus pendientes era la primera en enviarme un mensaje el cual esperaba para no ser yo quien rompiera su paz.

El día del evento llego, acompañe a mis sobrias, así como a mis hermanos y a nuestros padres al evento, reconozco que estaba emocionada por ver a mi sobrina la mayor en el escenario, se había preparado mucho para tocar en esta presentación. Además, por lo que me contaba admiraba a su profesora ya que les daba la seguridad para poder ser mejores personas amando el gusto por la música.

Estábamos sentadas enfrente del escenario, cuando el telón se abre y no podía creer que estuviera viendo a la mujer por la cual daría mi vida sin pensarlo, era ella mi Lu, se veía diferente un aire de seguridad, una mujer sofisticada y elegante. Su cabello enmarañado ya no estaba ahora era un hermoso cabello rojizo como el fuego que abrazaba con mi corazón, su cabello impecable recogido en un peinado delicado que hacía que su rostro resaltara, así como su mirada y sus hermosos labios que necesitaba probar.

Notaba que no era la Lu, que meses atrás conocí al menos en su vestir, esta mujer se veía madura dándome una confianza mayor en ella, sin perder su esencia porque cuando sonrió sentí que la tierra se abrió para tragarme estaba tan anonadada por su cambio. Realmente se veía hermosa perfecta para mí, no imagine que cuando me decía que los cambios eran para bien se refería a este cambio físico también, adoro a su antigua Lu, pero a esta al verla mi corazón ardió por estar con ella.

Sin poder evitarlo, al escucharla tocar y cantar como aquel día que la vi en el parque, mi corazón parecía querer salirse del pecho por la emoción que me regalaba al verla ahí, compartiendo su maravilloso don, su voz.

Sé que mis padres me observaban atentos, y no pude evitar que las lágrimas se escaparan. Había pasado meses sin verla, y en estas circunstancias, al escucharla, un cúmulo de sentimientos invadió mi alma, pidiendo salir a la superficie.

Lu se acercó un poco al escenario y logró verme. Su rostro se iluminó de emoción y sorpresa al reconocermelo. Sonrió mientras cantaba y, al terminar la canción, se dirigió al director musical para solicitar que le entregaran una nueva canción. Todos se quedaron mirándola sorprendidos, ya que fue una decisión improvisada.

En ese momento, tuve la impresión de que Lu se había asustado o molestado al verme, lo que hizo que un profundo temor se apoderara de mí. No quería perderla de nuevo, pero justo en ese momento, la música comenzó a sonar de nuevo.

Lu se posicionó en el centro del escenario y empezó a hablar.

- Esta canción es para alguien muy especial en mi vida, alguien que, sin conocerla como se conoce a una pareja, ha logrado, sin pedir nada a cambio, que mi vida sea diferente y tenga sentido - dijo emocionada. - La compuse pensando en lo que me haces sentir cuando te veo, solo a ti - no me señaló, pero supe que era para mí y mi rostro se iluminó. - No sé cuándo volveré a verte, pero esta canción es tuya, soy tuya si así lo deseas - concluyó con emoción en su voz.

Y así empezó a cantar.

*“En aquel día te vi, no pude evitar sonreír.
Fuiste la magia en mi ser que me dio el placer de creer
No lo pedí, pues no sabía, que necesitaba de ti.
Hasta ese momento, no quería seguir, no quería la vida, pues no era nadie.
Pero eras tú quien mi alma necesitaba sentir.*

*En ese momento, no pude ser quien debía estar a tu lado,
por miedo hacerte sufrir, quería ser yo para ti, pero me marche,
sin embargo, pretendo seguirte hasta el fin.
Después de que el tiempo paso, no pude evitar querer sin razón.
El no verte, el corazón no perdono y solo sufrí*

*Hace meses sueño con tu amor, conocerte mejor
No sé, si funcionara, pero deseo intentar*

*Prefiero perder, pero sabiendo que luche...
Por favor, escucha mi voz, perdona mi error y dame tu amor.
Por favor, espera por mí y dame la dicha de hacerte feliz.
Una vez más, otra vez más, pero ser tu y yo por siempre amor.”*

Al terminar de cantar todo el mundo se levantó de su asiento aplaudieron, su voz siempre lograba eso en las personas, además la letra era hermosa ante mis oídos, era su manera de expresarse y necesitaba de ella, mamá me tocó el hombro y mis hermanos al verme sonrieron.

- Hija, que esperas para ir con ella. – dijo mi madre y sorprendiéndome, era tan comprensiva no tuve que decirle nada pues entendió que ambas necesitábamos una de la otra.
- Pero como sabes eso mamá – sorprendida
- Basta ver como se miraban ambas, además no hiciste caso a tu sobrina – y sonrió.
- Lo siento, pero si escuche a Erika, además esta canción no sonaría igual si no hubiera tocado – indicando que mi sobrina tocó perfecto para todo – gracias.
- No tienes que darlas, espero puedan reparar sus asuntos Te amo – dijo mamá me abrazó y fui detrás del escenario.

Al llegar ahí, Lu seguía recibiendo aplausos y agradeciendo. Se despidió del público. Dejó a los alumnos tocando en el escenario para disponerse a marchar. Al bajar del escenario pude ver como se disponía a salir ya que no me había visto, así que la alcancé por la espalda y al verme me abrazó como si necesitara sentirme de una manera urgente, correspondí a su abrazo ya que necesitaba ese abrazo igual o más que ella.

No dudamos ni un segundo en besarnos, pero este beso fue diferente, fue un beso delicado, dulce necesario y me atrevo a pensar que era amor. Después de necesitar respirar nos separamos, y ambas seguíamos rojas por los sentimientos, pude ver que ella también estaba llorando, acerqué mis manos a su cara, para besarla y así fui dejando besos por cada lagrима que seguía ahí. Ella tomó mis manos y las besó dulcemente.

- Gracias. – dijo mirándome a los ojos.
- Porque – conteste emocionada ya un poco más tranquila, aunque por dentro me sentía nerviosa.
- Por estar aquí, por venir, por aparecer en mi vida una vez más – sonriendo.
- Nunca me fui, siempre seguí aquí contigo – dije señalando su corazón.

- Lose, solo que no me daba cuenta, necesito hablar de tantas cosas contigo – emocionada y con cierto temor, lo cual ocasionaba cierta ternura.
- Claro vamos hablar, necesito también hablar contigo – respondí.
- Termina el evento y si es posible podemos vernos al final, ¿te parece? - Pregunto nerviosa con miedo a una negativa por mi persona, pero yo era de ella.
- Si, esperaré hasta el final, además tengo que regresar para la presentación de mi sobrina.
- (sorprendida) – ¿este era el evento que tenías por el cual no podía verme? – pregunto divertida.
- Así es, y mira lo que la vida nos regaló – toque su rostro – verte de nuevo, escucharte desde el corazón, moría por verte, pero no podía decirle un No a mi sobrina.
- ¿Quién es si puedo saber? - dijo feliz.
- Se llama Erika es la niña que toca la guitarra – y la señale.
- Ya, es igual a ti, ya veo por qué. Puedo decirte que es una niña aplicada, responsable y entregada a su pasión por la guitarra.
- Igual que su tía – dije haciéndome la importante y ambas reímos. La tome de la mano le di un beso más – cuando esto termine te veo, ahora iré con mi familia.
- Espera, tu familia está completa aquí – dijo roja de pena.
- Si, están mis padres y mis hermanos – sonriendo viendo su cara ahora roja al igual que su cabello.
- Siento si provoque algún problema – bajando su mirada.
- Para nada al parecer mama te ama, y aun no te conoce espera cuando pueda conocerte al igual que yo, por cierto, te ves hermosa de rojo, - tocando su cabello – si me gustabas desalineada ahora me derrites – mordí mis labios y me despedí de ella sin dejar que contestara.

Al llegar con mis padres, mama volteo divertida al igual que mis hermanos y papa para verme. Sentía felicidad por una familia tan comprensible que no juzgaran por querer a una mujer y que esta me quisiera. Ya que al dedicarme esa canción fue inevitable para mi familia no darse cuenta que era para mí porque estaba echa un mar de lágrimas, así como de emoción en ese momento.

CAPITULO 19

La energía que experimenté en ese momento fue emocionante; me sentía plenamente feliz solo por verla. Debo admitir que su aparición en frente del escenario fue una sorpresa para mí. Cuando me di cuenta de que era Rocío, no pude evitar emocionarme. En ese instante, comprendí que era el momento perfecto para dedicarle la canción que había escrito especialmente para ella.

Esta oportunidad era única, una ocasión para hacerle saber que mi deseo de estar a su lado era genuino, que no se trataba de un juego ni de inseguridades personales. Era ahora o nunca, así que en un acto improvisado decidí cambiar la última canción. Afortunadamente, los estudiantes no tuvieron problema en adaptarse, ya que sabían que este tipo de situaciones podía ocurrir en eventos como este, y conocían varias canciones, incluyendo la que había dedicado a Rocío.

Pude ver la expresión de felicidad en su rostro mientras le cantaba. En ese momento, todo a mi alrededor desapareció, y éramos solo ella y yo. Estoy segura que sintió la sinceridad en las letras de la canción, porque eran las palabras de mi corazón expresadas a través de la música. En aquel momento, mi único amor se había convertido ella; era ella la que quería en mi vida.

Cuando finalice la canción, de inmediato dispuse el escenario para la presentación de los estudiantes despidiéndome del público el cual solicitaban otra canción, lo cual agradecí, pero necesitaba buscar a Rocío, no permitiría perderla de nuevo.

Al acercarme a la puerta, percibí una presencia a mis espaldas. Al girarme, me encontré frente a unos ojos marrones que habían robado mis pensamientos y mi corazón. En ese instante, comprendí que la necesitaba, que esto era real. Sentí la urgencia de un beso, y así sucedió. Nos fundimos en un abrazo apasionado, lleno de miedo a perdernos y, al mismo tiempo, agradecimiento por encontrarnos.

En ese momento, los miedos que habían estado rondando mis pensamientos se desvanecieron, dando paso a la oportunidad de aprender a disfrutar de ambos mundos y estar con la persona que, desde el primer día que la vi en aquel parque, no pude sacar de mis pensamientos.

Después de liberarnos de nuestro apasionado beso, conversamos y me enteré de que la razón por la que no pudo venir a verme fue el evento de su sobrina. Si tan solo lo hubiera sabido, habría evitado que se sintiera mal al decirle que el evento sería en Génova, en el conservatorio. Sin embargo, el universo tiene un papel importante en la vida de las personas, creando el ambiente perfecto para darnos el mejor regalo que el amor y la felicidad pueden ofrecer.

Quedamos en encontrarnos cuando todo terminara. Aunque estaba feliz de tenerla conmigo, tenía un compromiso con el conservatorio. Era la persona encargada de todo el evento, y los alumnos necesitaban que estuviera pendiente de cualquier eventualidad. No podía fallarles. Rocío

entendió mi situación, y acordamos reunirnos al finalizar todo.

Al salir, minutos después me encontré con Karla y Lidia, ambas llenas de emoción. Me abrazaron efusivamente, felicitándome primero por el evento y luego por el valor que mostré al demostrar lo importante que era Rocio para mí frente a todos. Les agradecí profundamente por el apoyo constante que siempre me brindaban.

Les comenté que había quedado en encontrarme con Rocio al terminar el evento, y esperaba que no se molestaran, pero necesitaba hablar con ella. Ambas entendieron y se ofrecieron a quedarse con Francesco y Helena mientras arreglaba mis asuntos con Rocio, lo cual las llenó de alegría.

- Por favor, Lu, no te presionamos, - dijo Lidia, - pero no dejes que se vaya. Ella es para ti, así como tú eres para ella. Su mirada cambia cuando están juntas. Dense la oportunidad.
- Aprecio mucho tus palabras, Li. Haré todo lo que esté a mi alcance, - respondí.

Karla, siempre intensa, agregó:

- Y si no está a tu alcance, ve aún más allá. Otra Rocio, hermosa, inteligente, amable y educada, no encontrarás. Además, por lo que Lidia me contó, si las encontró desnudas en la sala, ha de ser buena en el sexo.

Me sonrojé intensamente, y mientras intentaba ocultar mi vergüenza, le dije a Lidia: "Siempre tú, Li."

Ella se rio y me dio un golpecito en el hombro, disculpándose:

- Lo siento, Lu, pero es que realmente es hermosa.
- Bueno, tú estás casada, - respondí riendo.
- (Lidia continuó bromeando) - Si tú no te apresuras, le pediré el divorcio a Oscar y perseguiré a Rocio. - Karla y Lidia soltaron una carcajada. Mis ojos se abrieron de par en par, y me sonrojé aún más por el comentario inesperado de mi hermana.
- No pasará, - afirmé con determinación, - no dejaré el camino libre a nadie si ella me acepta.

Nos despedimos después de sus ocurrencias y quedamos en reunirnos por la noche en casa de mis amigos.

Después de dos horas, como lo prometió, Rocio se encontraba sentada en la primera fila,

esperándome. Le propuse salir a tomar un café para platicar, lo cual aceptó con alegría. Caminamos de la mano sin decir una palabra; era un silencio acogedor y agradable que nos llenaba de paz.

Mientras caminábamos, sentí cómo Rocio posó su cabeza en mi hombro. Era como una escena de película, de esas que te hacen soñar y creer que algún día encontrarás un amor incondicional y único. Eso estaba sucediendo entre nosotras, y sentí que la vida era grandiosa.

Al llegar al café, ambas tomamos asiento y nos tomamos de las manos. Esta vez, fui yo quien comenzó a hablar.

- No imaginas lo agradecida que estoy con la vida por este día, por este momento, - dije sinceramente, con sus manos en las mías. - Necesitaba verte, pero realmente no lograba comprender cuánto, hasta que te vi hoy. Fue en ese instante cuando entendí que no podía dejar pasar un día más sin estar a tu lado. - Vi la cara de Rocio, radiante de felicidad y ruborizada, pero hermosa.
- Lu, sé que no nos conocemos lo suficiente, pero quiero tener la oportunidad de conocerte y que permitas conocernos. Quiero estar a tu lado y que me permitas intentar hacerte feliz. Estoy agradecida por este tiempo porque, al igual que tú, me ha regalado comprensión y aprecio desde aquel día en que entendí que la vida no tenía sentido hasta que escuché tu hermosa voz en el parque, - dijo Rocio, volviéndose hacia mí con los ojos húmedos. - Ese día, sin que lo supieras, le devolviste la luz a mi vida, y desde entonces no he podido sacarte de mi mente y corazón.

Con esas palabras, Rocio no sabía que el mundo había dado un giro de treientos sesenta grados en torno a nuestras vidas. Sentí una certeza en seguir adelante y arriesgarme a estar a su lado.

- Quiero estar contigo, Rocio, - le dije, pero tenía que señalar la situación, ya que no podía dejar el conservatorio. - Sin embargo, no puedo regresar a la ciudad en este momento. Tengo un gran compromiso con mis alumnos, y uno de los cambios que he logrado es ser congruente con lo que digo y hago. Si quiero el mismo compromiso contigo, debo tener el mismo compromiso con esto. Espero que comprendas la situación. Quiero estar a tu lado, pero por el momento, no puedo estar cerca.

Vi cómo el rostro de Rocio se iluminó con una sonrisa.

Rocio se acercó a mi rostro y me besó con dulzura, tomando mi rostro entre sus manos antes de regresar a su silla para continuar hablando.

- Sabes lo feliz que me haces con todo lo que me dices, - expresó con una sonrisa que iluminaba la habitación. - Quiero que siempre seas tú, Lu. No pretendo que cambies nada, y si esto es tu pasión, quiero que la sigas hasta el final. Estaré siempre a tu lado. No

tengo problema si momentáneamente es a distancia. De igual forma, sé que podemos hacer cambios y vernos si estás de acuerdo, - agregó, nerviosa como si dudara de si sus palabras funcionarían para mí.

- Funcionará si ambas queremos lo mismo, - respondí con alegría. - Tomaré vacaciones en unas semanas, al terminar el semestre en el conservatorio, y regresaré a la ciudad. Además, solo son dos horas. Puedo esperar dos horas los fines de semana para poder verte siempre.
- De verdad, Lu, ¿harías eso por nosotras? - preguntó con una expresión feliz.
- Eso y más, - respondí antes de besarla nuevamente. Esta vez, fue un beso apasionado, lleno de entrega, sinceridad, paciencia y entendimiento. - ¿Quieres ser mi novia, Rocio? - dije al separarme de ella, una pregunta que no había planeado hacerle a nadie antes, pero que sabía que solo con ella me atrevería.
- Sí, sí quiero ser tu novia, - respondió emocionada, y ambas comenzamos nos emocionamos realmente somos felices juntas. Nuestros miedos se desvanecieron.

Terminamos de platicar, y Rocio me comentó que su familia estaba celebrando la primera presentación de Erika en un restaurante. Me invitó a acompañarlos, lo cual acepté con gusto. Conocería a la familia de Rocio en el primer día de ser novias, algo que en otras circunstancias me habría hecho salir corriendo sin mirar atrás.

- Bueno, irás despacio, ¿no? - bromeé con Rocio, ya que conocer a la familia, al menos para mí, era muy importante y apenas habíamos comenzado nuestra relación.
- Sí, lo siento-, dijo nerviosa. - No te sientas presionada. - Apreté sus manos y sonreí.
- No es presión, - le aseguré. - La vida nos da oportunidades, y si esta es otra, debemos tomarla, porque quiero estar a tu lado. Si tu familia quiere conocernos hoy, no nos negaremos esa oportunidad. - Le di un beso para calmar sus miedos.

CAPÍTULO 20

Era un gran paso para las primeras horas que teníamos como novias, pero siendo sinceros, ¿cuánto tiempo es el adecuado? Además, a nuestro favor, ya nos conocíamos en la cama y el sexo era tan bueno que debía darle una oportunidad para conocerla como persona. ¿Y qué mejor manera que estar en su ambiente con su familia?

Al llegar al restaurante, Rocio me presentó a sus padres, hermanos y sobrinas. A una de sus sobrinas ya la conocía muy bien, y se alegró de vernos conviviendo con su familia y ver a su tía que me tomaba de la mano.

- ¿Por qué no se sueltan las manos?, - dijo de repente la pequeña sobrina de Rocio, y me puse roja. Quise soltar la mano de Rocio para evitar cualquier comentario incómodo, pero ella no me lo permitió.

Su madre sonrió ante el comentario inocente de su nieta, al igual que sus hermanos. Nos invitaron a sentarnos, y la mamá de Rocio fue la primera en darme la bienvenida a la cena.

- Bienvenida, soy Carmen, - se presentó. - Nos da gusto tenerte entre nosotros esta noche. Discúlpala a mi nieta, hay cosas que aún no son comprensibles para ella, pero lo serán. Siéntete cómoda y no te preocupes, - dijo sinceramente.

Después de escuchar a la mamá de Rocio, sentí que mi fortaleza volvía. Ahora podía ser yo misma sin miedo al rechazo ni a ser alguien que no soy. Rocio seguía tomándome de la mano, como si soltarla pudiera hacer que saliera corriendo. Y al pensar en ello, sonreí, porque podía entender cuánto significaba para ella, al igual que ella para mí.

La cena transcurrió entre risas de sus hermanos y sus hijas. Sus padres eran buenos abuelos, siempre escuchando a sus nietas y prestando atención a todo. Se hicieron bromas entre ellos, y todos me hicieron sentir muy cómoda. No noté el tiempo que pasó, pero estaba ahí, en ese momento, con la familia de Rocio, y esperaba pasar más momentos así con ella.

- Rocio, estás muy seria, cariño, - le dijo su papá, mirándonos divertido. - ¿Tienes algo que quieras decirnos o compartir?
- Si, - dijo Rocio, dirigiendo su mirada a su familia. - Familia, sé que puede parecer apresurado, pero para mí es muy importante y quiero compartirlo con ustedes. - Volteó para mirarme y asentí, sabiendo que necesitaba mi apoyo, luego continuó, con determinación - Lucía y yo somos novias. Ella es la persona por la que he esperado toda mi vida, la que me hace feliz. No pretendo esconderme de nadie ni esconderla a ella, así que necesitaba decírselos.

Su valentía me sorprendió, al igual que su seguridad en nuestra relación. A pesar de mi comportamiento anterior, ella seguía creyendo en mí y me demostró que la oportunidad que ambas deseábamos para estar juntas era real y valía la pena intentarlo. Si ambas no dejamos de pensar la una en la otra durante todo este tiempo, a pesar de las circunstancias, eso era lo que importaba.

Los padres y hermanos de Rocio nos felicitaron, agradeciendo el gesto al presentarme como su novia. Durante la cena, nos preguntaron cómo nos conocimos, y nosotros omitimos, por supuesto, los detalles de nuestra intensa intimidad. Ambas reímos por dentro mientras sentíamos sus miradas. Al finalizar la noche, Rocio se despidió de su familia, ya que necesitaba estar a mi lado.

Esa noche llamé a casa para decirles que nos veríamos al día siguiente y que pasaría la noche con Rocio. No tenía intención de desperdiciar este día sin estar junto a ella. Al día siguiente, tenía que regresar a la ciudad debido a su trabajo que la esperaba. Afortunadamente, aceptó pasar la noche a mi lado. Reservé una habitación en un hotel cercano al conservatorio, un lugar hermoso que se adecuaba al momento.

Cuando llegamos a la habitación del hotel, Rocio se acercó a mí y nos besamos apasionadamente. Nuestras manos ardían al contacto, necesitábamos sentirnos cerca y no separarnos. Pasamos de la ternura a un frenesí absoluto, explorándonos mutuamente, satisfaciendo cada deseo y anhelo. Necesitábamos admirarnos, acariciarnos y entregarnos sin miedo, conscientes de que esta sería nuestra primera noche sin temor a no volvernos a ver al día siguiente.

Exploré cada centímetro de su cuerpo, sin dejar ni un espacio sin explorar. Llegué a su vientre y descendí, dejando besos y acariciando sus pechos generosos con mis manos. Cada contacto invadió mi ser con un placer absoluto, y ella se entregó con seguridad, abriendo el camino para que pudiera bajar hacia su intimidad y saborear su esencia.

Escuchar su grito ahogado y mi nombre, mientras su rostro irradiaba felicidad, fue una experiencia indescriptible. Al finalizar su orgasmo, me recosté sobre su pecho, escuchando el latir de su corazón mientras ella acariciaba mi cabello. Era una sensación increíble entregarme completamente a alguien y saber que era correspondida. Me sentía amada, y eso me gustaba.

Cuando Rocio se acercó a mí, quedó claro lo que deseaba. Dejó de acariciar mi cabello y comenzó a besarme suavemente, pero pronto la pasión se apoderó de ella. Se movió con determinación, colocándose encima de mí, y comenzó a moverse lentamente, como si estuviera danzando sobre mi cuerpo.

Mis ojos se perdieron en la sensualidad de su movimiento, y la tomé por la cintura mientras la acariciaba, tratando de grabar en mi mente su hermosa figura. Rocio tomó mis manos y las guió

hacia sus pechos, mientras que con las suyas exploraba mi intimidad. Luego, de manera inesperada, me penetró con fuerza, causando una mezcla de placer y dolor que anhelaba.

Sus ojos se encontraron con los míos, y supo que me había gustado, porque así era. Conocía mis deseos y continuó su provocación. Al sentirme más excitada, se retiró y deslizó su lengua en mi interior, añadiendo otro dedo. Aquella noche, Rocio estaba decidida a recuperar todo el tiempo perdido y era correspondida.

Rocío no se detuvo en ese momento; experimenté un orgasmo tras otro, y ansiaba uno más. La experiencia que estaba creando era extremadamente orgásmica; me sentía en el paraíso. Rocío era una caja de sorpresas, entregándose por completo, sin miedos, disfrutando de nuestra feminidad, nuestro amor y dándonos la oportunidad de seguir descubriéndonos.

Finalmente, agotadas las dos, nos abrazamos y nos quedamos dormidas. A la mañana siguiente, al despertar y ver a Rocio durmiendo a lado, experimenté una profunda felicidad. Era la primera vez que despertábamos juntas sin sentir culpa ni miedo de hacerle daño. Sabía que me entregaría por completo a ella, cuerpo y alma, y eso me brindaba una tranquilidad que no tenía precio.

Rocio abrió los ojos y le di un beso al encontrarme con sus hermosos ojos marrones, y ella me sonrió.

- ¿Cuánto tiempo llevas mirándome?, - preguntó de manera juguetona.
- Lo suficiente como para tener muchas ideas de lo que podemos hacer, - respondí con picardía.
- Oh, ¿sí? ¿Y qué planeas hacer?, - me retó con una sonrisa traviesa.
- Ya lo verás – y empecé a besarla.

Esa mañana, hicimos el amor, y no se trataba solo de sexo; era un acto de amor verdadero. Era ese tipo de amor que ambas deseábamos disfrutar, aprender y explorar para entregarnos por completo la una a la otra.

Terminamos completamente satisfechas, llenas de felicidad. A pesar de que nos separaríamos para cumplir con nuestras responsabilidades, Rocio estaba tranquila sabiendo que pronto nos volveríamos a ver. Estaba feliz de ser mi novia, y no había ninguna duda al respecto. Estaba decidida a demostrarle lo comprometida que estaría en nuestra relación.

Ese día, después de nuestra mañana íntima, pasé por casa de Francesco y Helena. Les presenté a Rocio, y todos disfrutamos de una agradable tarde juntos. Mi hermana y Karla también estaba de visita en casa, lo que hizo que la tarde fuera aún más especial. Sentía que el universo estaba conspirando a mi favor, brindándome la oportunidad de vivir todas aquellas experiencias que me

había negado durante tantos años, y las disfrutaba al máximo.

Ya tardé, llevé a Rocio al hotel donde se encontraban sus padres, ya que se disponían a regresar a sus respectivas ciudades. Quería despedirme de sus padres con gratitud, y su madre me abrazó afectuosamente, dándome la bienvenida a su familia una vez más.

Fue un sentimiento emocionante saber que, era parte de su familia y que nos habían aceptado a ambas. Estaba increíblemente feliz, aunque también sentía tristeza por la partida de mi novia y era imposibilidad de acompañarla.

Tal vez antes no me hubiera importado dejarlo todo atrás y seguirla, pero admito que antes ni siquiera hubiera querido tener una novia. Hubiera huido, inventado excusas, y mucho menos habría considerado conocer a su familia. Esta vez era diferente, y estaba dispuesta a aceptar los cambios porque sabía que eran buenos para mí, para nosotras.

Cuando regresé a casa, me esperaba Lidia en el sofá con algo en las manos. No comprendía lo que era hasta que me lo entregó.

- Toma, tortolita, - dijo mientras me abrazaba. - Es la carta de Rocio cuando fue a buscarte a casa, ¿recuerdas?

Sonreí feliz al recordar ese momento.

- Si, lo recuerdo.
- No creo que haga falta, - dijo Lidia con una sonrisa traviesa. - Por lo que veo, te dijo todo lo que tenía que decirte, - agregó, riendo. - Y puedo ver que incluso más, - continuó. - Sabes, anhelaba ver a mi hermanita feliz. Cuando la vi, supe que ella sería la persona indicada para ti. - me abrazó y se fue.

Tomé la carta que me entregó y la observé. Estaba feliz, en esa carta Rocio había dejado atrás sus miedos y se había sincerado con la versión perdida y desorientada de Lu que había conocido. Había dejado claro que no había espacio en mi vida para una maleta más, pero aun así se arriesgó a seguir adelante por mí. Era un gesto que valoraba profundamente.

Necesitaba leerla, sentir su presencia cerca, y creo que era el momento adecuado para saber qué vio en mí y qué esperaba en ese instante, que la hizo arriesgar su seguridad para seguir a una persona tan loca y desenfrenada por la vida como lo era yo.

Salí al patio y me senté bajo las estrellas. Este era uno de mis lugares favoritos en la casa de mis amigos, donde podía contemplar el cielo estrellado. Comencé a leer la carta de Rocio.

"Hola Lu,

Fuiste clara el último día que nos vimos, y tus palabras no me sorprendieron. No espero nada de ti, mucho menos de una desconocida que, debo admitir, ha sido la mejor experiencia de mi vida en la cama. No debería esperar más.

Pero cuando te escuché por primera vez en el parque, algo en mi interior que había estado apagado comenzó a brillar. Tus hermosas palabras me cautivaron sin previo aviso. Luego, cuando nuestros ojos se cruzaron por primera vez, sentí una oleada de energía recorrer mi cuerpo.

Puedes pensar que te estoy diciendo todo esto porque solo quiero otra noche contigo. No lo negaré, sé que es una opción. Sin embargo, estoy segura de que, además de una noche, deseo tenerte durante el día y la noche. No quiero asustarte. Sé que eres un alma libre, una mujer sin ataduras, que disfruta de la vida y que podría tener a cualquier mujer que desee. Eres hermosa, inteligente y emanas una energía que se transmite tanto con tu voz como con tu música.

Acepto todo lo que venga en el paquete contigo. Quiero verte, sentirte, conocerte. No importa si es algo pasajero, pero me conformo, espero cuando regreses, me busques, incluso si es solo para calmar tus noches cuando estés cerca de mí. Sé que no te soy completamente indiferente, ya que me dejaste claro que soy la primera con la que has pasado tres veces lo que tenía que pasar, y ambas nos buscamos porque queríamos lo mismo.

Te pido una oportunidad para conocerte y que nos conozcamos mutuamente. Haré todo lo que esté a mi alcance para ser digna de tu tiempo sin exigirte nada. Respetaré tu autonomía, tu libertad y, sobre todo, el amor o cariño que puedas darme si decides dármelo. Pero si no quieres darme amor ni cariño, también lo aceptaré.

Si solo quisieras sexo, lo aceptaría sin pensarlo, solo para estar a tu lado. Pero debo ser sincera, sería aún más adicta a ti. No estoy diciendo que no debas pedirlo; más bien quiero que sepas lo que provocas. Aceptaré cualquier solicitud tuya, y lidiaré con el problema de la adicción que pueda surgir.

Espero tu respuesta si así lo deseas. Si decides no responder, lo entenderé, pero aun así espero poder estar cerca de ti o, al menos, saber de ti. Quiero conocer a la mujer que le dio un giro a mi vida, sin saberlo, con esa vibración despreocupada que regresó la luz a mi día a día. Te respetaré, ya que no pretendo cambiar nada de ti.

Dame la oportunidad de demostrarte que puedo comprometerme a aceptarte tal como eres, de la manera que tú quieras que te acepte. Si tengo que esperar días, semanas o incluso meses para verte, lo haré, porque sé que lo que aprenderé de ti será sincero y real. No importa si solo somos amigas.

Espero que todo lo que te he dicho no te cause odio ni te haga sentir mal. Soy una adulta y

asumo las consecuencias de mis palabras. Tampoco quiero que lo tomes como un ruego, porque no lo es. Estoy abriendo mi corazón y mis pensamientos. Pero también estoy preparada para que no aceptes y lo tomaré como es.

Gracias por entrar en mi vida.

Tuya, Rocio."

Al terminar de leer la carta, mi corazón latía a mil por hora. ¿Qué fue lo que Rocio vio en mí que la llevó a desprenderse de su coraza y abrir su corazón, exponer sus pensamientos de una manera tan vulnerable? Era evidente que era una mujer fuerte, con convicciones claras, y leer su carta en la que desnudaba su alma y se exponía de esa manera ante una desconocida, a la que apenas había visto en dos ocasiones, me hizo darme cuenta de que había tomado la mejor decisión de mi vida al aceptar cambiar y ser una versión autentica de mí misma.

Ahora que ella era mi novia, estaba decidida a ser solo suya, así como ella era solo mía. Estaba dispuesta a cuidar de su corazón y a no causarle sufrimiento. Había aprendido que no necesitaba esconderme de los demás ni alejar a las personas que lograban hacerme feliz.

CAPÍTULO 21

De vuelta en la oficina, no podía evitar sonreír; me sentía increíblemente feliz. Después de experimentar el mejor fin de semana que jamás podría haber imaginado, me sentía completamente renovada, y hasta diría que irradiaba felicidad. Al entrar al edificio, Sandra no pudo evitar sonreír al verme y comentó que parecía otra persona.

Sentía un impulso abrumador de contarle a Sandra sobre mi increíble fin de semana, necesitaba compartir mi felicidad. Sin embargo, era consciente de que no debía hacerlo, al menos no por el momento. Aún necesitábamos conocernos mejor y ver cómo funcionaría nuestra relación. Así que me limité a saludarla y seguir hacia mi oficina.

Cuando entré al área de trabajo, me crucé con la mirada de Jimena. Después de haber hablado con ella y haber tratado de solucionar las cosas, la trasladé a la oficina de Ernesto. Lo único que no podíamos evitar era encontrarnos o cruzarnos en el pasillo. A mí no me suponía ningún problema verla, pero era evidente que su mirada se entristecía un poco cuando nos topábamos. Sin embargo, había sido clara al respecto.

Una vez en mi oficina, cerré la puerta. Sabía que Jimena le había informado a Ernesto que había llegado, y no tardó en llamar a la puerta.

- Adelante, - dije, esperando su entrada.
- Hola, ¿cómo te fue el fin de semana?, - preguntó con un tono un poco peculiar, pero sabía que Sandra le había comentado sobre mi regreso.
- ¿Qué te dijo Sandra?, - pregunté directamente.
- Que te cambiaron por otra, - respondió con una sonrisa, y ambos reímos.
- Adivina qué pasó este fin, - dije emocionada.
- Estoy escuchando, - respondió Ernesto, expectante.
- ¡Ya tengo novia!, - solté con una amplia sonrisa. - ¿Y sabes quién es?
- Me alegra mucho por ti, Rocio. No puedo adivinar quién es, pero si recuperaste esa sonrisa que tenías cuando estabas loca por Lu, entonces vale totalmente la pena, - comentó Ernesto sinceramente.
- Lu es mi novia, - anuncié felizmente. - Es una historia larga que te contaré pronto.

- De verdad, estoy muy feliz por las dos. Pensé que no volverían a verse, pero me alegra mucho que estén juntas, - dijo Ernesto, levantándose para abrazarme. Realmente estaba contento por mí.

El resto del día transcurrió entre risas y trabajo con Ernesto. Le conté sobre mi encuentro con Lu, la canción que me dedicó y todo lo que había sucedido. Todo parecía tan irreal en esos momentos, como si estuviera viviendo un sueño. Pero era una realidad, tan real que pasadas las tres de la tarde, Lu estaba llamándome por teléfono.

- ¡Hola! ¿Cómo estás?, - preguntó Lu por teléfono.
- Pensando en ti, - respondí con una sonrisa bobalicona, como una colegiala enamorada.
- ¿Y en qué piensas exactamente?, - inquirió con esa seguridad que tenía en su voz, la cual tenía el poder de derretirme.
- En que ya deseo que pasen las semanas para tenerte, - confesé. Realmente la extrañaba, y apenas había pasado un día desde que nos separamos.
- Ya pronto, aunque sabes que solo será por vacaciones, - dijo con cierto cuidado y temor en su voz.
- Sí, pero con ese tiempo es suficiente. Por el momento, ya veremos qué pasa y cómo lo resolveremos, - respondí con seguridad.
- Ya lo sé, - suspiró.

Ese suspiro me hizo sentir un poco angustiada por no poder estar a su lado. Sabía que comenzar una relación ya era un desafío, y agregar la distancia entre nosotras, aunque solo fueran dos horas en coche, sería un reto adicional. Pero si realmente queríamos conocernos, debíamos hacer que funcionara, incluso con la distancia.

No quería que nuestros encuentros se redujeran solo al sexo, a pesar de que admitía que era el mejor que había tenido en mi vida. Necesitaba a Lu como mi pareja, como mi novia.

- Tranquila, nos adaptaremos. Con el tiempo, también nos conoceremos mejor, - la tranquilicé - esta es una oportunidad para disfrutar de quiénes somos.

Ella pareció animarse un poco más.

- Además, todo esto que estoy haciendo forma parte de un proceso, y este cambio es lo más importante por el cual necesitaba estar bien. – agrego Lu tranquila.

No sabía muy bien qué decir en ese momento. Sabía que se trataba de nosotras, de nuestra relación, pero estaba nerviosa.

- Es reconfortante saber que soy parte importante en tu decisión de ser una mejor persona, - dije con entusiasmo, pero también nerviosismo. - Sin embargo, quiero que sepas que te quiero tal y como eras, como eres o como serás.

Ella no respondió con un "te quiero" de vuelta, pero eso estaba bien. Necesitaba darle su tiempo y espacio para que sintiera verdaderamente lo que decía.

- Entonces, ¿me quieres?, - preguntó, y pude imaginar su sonrisa al otro lado del teléfono.
- ¿Solo escuchaste eso?, - bromeé, pero en realidad, lo necesitaba escuchar de ella, aunque entendiera que podría tomarle tiempo sentirlo plenamente.
- Sí, pero eso me basta para poder soportar estas semanas que faltan para verte. Necesito de ti, - dijo nerviosamente.
- Y yo de ti. Será rápido, ya verás, - traté de tranquilizarla, aunque en ese momento alguien tocó nuevamente a la puerta de mi oficina.
- Estás en el trabajo. Hablamos más tarde para no interrumpir, - sugirió Lu.
- No me interrumpes. Terminaré y te llamaré, - dije molesta por la interrupción.

Nos despedimos y colgué el teléfono, pero enseguida abrí la puerta para ver quién era la persona que había tocado. Para mi sorpresa, era Jimena. Cambié mi expresión de pocas amigas, ya que no quería ser grosera ni mostrarme molesta con ella. No tenía sentido y deseaba poder llevarnos de manera normal, aunque pareciera que a ella no le importaba.

Su comportamiento desde que regresó a la oficina cambió. Estaba muy seria, apenas hablaba con nadie y hacía todo lo posible por evitarme. Sin duda, sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarme a ella, quisiera o no. Al verla parada cerca de mi oficina, la invité a entrar.

- Adelante, Jimena, - dije con cortesía.
- (Ella respondió de manera distante.) - Gracias, solo vine a entregarte los reportes finales de Ernesto. Hemos terminado nuestra parte, solo falta que los revises y los apruebes.
- Está bien, déjalos ahí, - señalé el escritorio, mirándola de nuevo. - ¿Algo más?, - pregunté al ver que seguía en mi oficina.

- No, nada, - respondió antes de retirarse.

No podía hacer mucho al respecto. Era una decisión que también debía respetar. No éramos amigas, nunca lo fuimos, y siempre mantuvimos las cosas claras. Era joven y podía encontrar a otra chica para intentar ser feliz. Aunque habían pasado unos meses desde lo que ocurrió entre nosotras, parecía que aún no había superado completamente esa etapa, y no quería que eso afectara mi relación con Lu.

Días después, Ernesto y yo nos dirigimos nuevamente a la sala de reuniones con los directivos para presentar el informe final del cliente. En esa reunión, se nombraría al nuevo Gerente Financiero. Siendo sinceros, a Ernesto y a mí nunca nos interesó ese puesto, y estábamos de acuerdo en que quien lo obtuviera haría un excelente trabajo. Al presentar la información de ambos departamentos y al finalizar la reunión, el director general anunció que sería la nueva Gerente Financiera.

Ernesto fue el primero en abrazarme y desearme sinceramente mucho éxito. Aseguró que podía contar con él en todo momento. Seguía en un estado de asombro, no podía creer que el puesto fuera para mí. Sabía que estaba a la altura de las responsabilidades que conllevaba, pero también significaba una gran carga. Además, mi relación con Lu apenas comenzaba, y no quería descuidarla debido a este nuevo cargo. Necesitaba encontrar un equilibrio.

Después de recibir felicitaciones de los altos directivos y sus palabras de apoyo, así como la bienvenida a la mesa directiva, me di cuenta de que mi vida cambiaría de muchas maneras. Formaría parte de la toma de decisiones estratégicas y sería accionista en la empresa. Era una oportunidad emocionante, pero también me preocupaba cómo afectaría la relación con Lu.

Al salir de la reunión, Sandra me felicitó, al igual que todo el departamento financiero. Les agradecí por su apoyo en el proyecto. Esa noche, todos íbamos a celebrar en el bar que solíamos frecuentar, junto con Ernesto.

Cuando llegué a la oficina, estaba indecisa sobre si contarle a Lu sobre mi nuevo cargo o no. No sabía cómo lo tomaría ni si cambiaría algo entre nosotras. Lu era una mujer libre, aunque se esforzaba por mejorar, esto podría asustarla al saber que mis responsabilidades serían aún mayores y temer que no tendríamos suficiente tiempo juntas.

Unos golpes en mi puerta me sacaron de mis pensamientos. Era Ernesto.

- De nuevo, felicidades, jefa, - dijo con sinceridad. El comentario no me molestó, ya que sabía que se trataba de Ernesto, y sus bromas siempre eran bien recibidas.
- No te atrevas a llamarme así, - respondí con tono molesto. - Para ti, siempre seré Rocio, continué sonriendo y abrazándolo.

- Sí, lo sé, no tienes que decirlo, - respondió abrazándome. - Ahora, si no puedes dar marcha atrás, pero vine aquí para pedirte algo, - dijo con calma, lo que me preocupó.
- Dime, - respondí casi pálida, temiendo lo peor.
- Quiero que me prometas una sola cosa, - me miró a los ojos. - Prométeme que no antepondrás el trabajo a tu felicidad. No cometas los errores que cometí en mi pasado. Sé feliz con Lu y aprende a poner tu felicidad en primer lugar, ante todo.

Escuchar esas palabras me tranquilizó y no pude evitar que una lágrima escapara de la emoción. Realmente este hombre sentía aprecio por mí, y se lo agradecía. Era verdaderamente un amigo.

- Pero, ¿cómo haré eso, Ernesto?, - pregunté preocupada. - No sé por dónde empezar ni qué hacer. Ahora no solo se trata de mi departamento, sino de toda el área. Todas las personas aquí dependen de mis decisiones. Sabes que no tendré tiempo para mi vida personal, - solté, apenas respirando. Creo que estaba teniendo un ataque de ansiedad.
- Estaré apoyándote en todo, no lo dudes ni un minuto, - respondió, poniendo su mano en mis hombros para reconfortarme, y asentí.
- Gracias. Sin ti, tendría que renunciar a alguien o al puesto, ya que no sería posible encontrar un equilibrio en esta situación, - dije siendo sincera.
- Ahora tú eres la líder aquí. Enséñales a trabajar como lo hicimos en este proyecto, y te prometo que todos podremos salir adelante sin tener que escoger entre nuestra vida personal o familiar, - dijo en tono triste.
- Lo haremos, los dos, - respondí con seguridad, y él sonrió.

Después de esa conversación, salimos rumbo al bar donde ya se encontraba nuestro equipo. Era más que merecido celebrar todo esto, ya que se avecinaban grandes cambios para mejorar, y necesitábamos de alguna forma agradecerles por su tiempo y esfuerzo.

CAPÍTULO 22

Habían pasado varias semanas desde que asumí el nuevo cargo, y hasta el momento todo marchaba bien. Hablé con Lu y compartí la noticia con ella. Su felicidad por ver que estaba logrando mis sueños era genuina. No se preocupó por los tiempos, al contrario, siempre fue muy considerada por teléfono.

Cada noche nos despedíamos, ella decía que necesitaba descansar bien para rendir. Prometía que pronto estaría conmigo y que no me desvelaría. Admito que lo único en lo que pensaba era tenerla a mi lado, ya que evitar el insomnio no me importaría si era a su lado.

Ese fin de semana, decidí quedarme en el departamento. Estaba agotada. Hablé con Lidia, la hermana de Lu, ya que me había invitado a comer. Nos habíamos vuelto amigas, ya que cuando no sabía nada de Lu solía frecuentarla, y de ahí surgió una amistad sincera que siempre agradeceré.

Le comenté a Lidia que no me apetecía salir, que estaba agotada. Ante eso, ella insistió en enviarme algo de comer porque sabía que no me preocupaba mucho por mí misma. Siempre se preocupaba para que estuviera sana. Ella decía que, si Lu se enteraba de que no cuidaba de mí, la mataría, y que no quería eso, ya que, gracias a mí, ella había cambiado sin necesidad de tocar fondo.

Al terminar la llamada, esperaría unos treinta minutos a que llegara el repartidor con la comida, lo cual agradecía porque ni siquiera tenía ganas de decidir qué comer. Pasados los minutos, que fueron pocos, escuché el timbre y de inmediato puse mi bata sobre mi pijama para salir a recibir la comida.

Al llegar a la puerta y abrirla, no pude moverme, ya que sentí cómo alguien se abalanzaba sobre mí, llenándome de besos y caricias. Era Lu, la que estaba frente a mi puerta, trayendo consigo la comida. Era ella, hermosa con ese cabello rojizo que hacía que mi corazón dejara de latir. La tomé por la cintura, la atraje aún más hacia mí y acaricié su bello rostro.

Ella sonrió y mordió levemente mis labios. Yo me abracé a ella, la llevé dentro del departamento y comencé a besarla con deseo y pasión. Era mi Lu, la mujer que había marcado mi vida, mi existencia misma. Paré y ella gruñó ante mi acto, pero necesitaba verla, saber que no era un sueño.

Acaricié su rostro, sus brazos, sintiéndola a mi alcance, y ella sonreía mientras seguía absorta admirando su belleza. Lucía un pantalón de mezclilla ajustado que delineaba sus piernas y realzaba su figura. Su cabello estaba alisado, dándole un aire de seriedad y sensualidad al mismo tiempo. Cuando sonreía, su rostro se iluminaba, y era mi Lu, convertida en una mujer segura que

irradiaba armonía con su mirada.

- ¿Qué pasa? - preguntó riendo al verme - Si no cierras la boca, una mosca entrará en ella, y soy la única que debería estar allí - bromeó de manera traviesa antes de besarme.
- Eres hermosa - dije mientras apartaba un mechón de su cabello detrás de su oreja. - ¿Por qué no me avisaste que estabas aquí? Podía haber ido por ti - continué.
- Quería sorprenderte, y parece que lo logré - dijo mientras nos besábamos de nuevo.
- Sí, definitivamente lo hiciste - respondí con una sonrisa.
- Traje comida - anunció, mostrando lo que había dejado en el suelo. Ambas reímos.
- Tú eres el mejor alimento - conteste de manera seductora.

Ante ese comentario, Lu no esperó y comenzó a besarme, acariciar mi cuello y bajar su mano hasta mi trasero, apretándolo y haciéndome soltar un gemido mudo dentro de su boca. Parecía que eso la excitaba aún más, y no me permitió que nuestros cuerpos se separaran ni un centímetro.

Ambas anhelábamos esa conexión con tanta intensidad. Era un deseo compartido que mi cuerpo no podía negar. Cada caricia era un regalo que nos hacíamos mutuamente, y me sentía profundamente amada por ella. Sin necesidad de palabras, sabía que esto apenas comenzaba, y me encantaba sentir que ella me quería solo para sí misma.

Traté de tomar el control, ya que necesitaba sentir a Lu de una manera inimaginable. Cerrándola entre mis brazos, experimenté una oleada de euforia por tenerla. No podía separarme de ella. La atraje aún más hacia mí, deseando que nuestros cuerpos se fusionaran en un encuentro apasionado.

Llevé a Lu al cuarto, deseando tenerla completamente para mí y asegurándome de que estuviera cómoda. Necesitaba hacer el amor con ella, sentir su piel, tocarla y abrazarla. Una vez allí, la hice sentarse, pero a mi pesar, me separé un poco y comencé a besar su cuello, acariciando sus labios con la yema de mis dedos antes de acercar mis labios a los suyos.

Lu, tomando la iniciativa, atrapó mi cuello y me atrajo hacia ella, quedando encima de mí. Aproveché la oportunidad para acariciar su abdomen y luego bajar, besando su torso. Al llegar a sus pechos, no dudé en colocar mi boca sobre ellos, chuparlos, lamerlos y dar suaves masajes a sus pezones erectos con la otra mano.

Lu estaba completamente entregada a mí, susurraba de forma casi unisonara, y solo podía sonreír ante su entrega. Era cautivador verla de esa manera, entregándose por completo, siendo solo mía

en cuerpo y alma. Tenía una nueva oportunidad para brindarle placer y quería profundizar en ella.

Hice una pausa por un momento para admirarla, su rostro coincidía con su cabello rojo, era asombrosamente hermosa. Acerqué mi rostro a su cuello, y ella siguió besando mi cara. Después de ese beso, sentí una oleada de adrenalina que me hizo perder la compostura. Bajé su pantalón, lo desabroché y lo saqué de sus piernas.

El intenso y apasionado encuentro con Lu continuó con fervor. Una vez que quedaron solo sus bragas, no pude contener más su deseo. De un solo tirón, arranqué su ropa interior, dejando su sexo al descubierto. Lu respondió con un gruñido y una sonrisa, y su respiración se aceleró, anticipando lo que estaba por venir.

Coloqué mi boca sobre ella y comencé a lamer su clítoris, intensificando su excitación. Seguí lamiendo mientras sentías cómo se mojaba cada vez más. Introduje dos dedos para sentirla, penetrarla a placer sin restricciones, saboreando sus exquisitos jugos y su adictivo sabor. Los gemidos constantes de Lu instaban a seguir, no podía resistir a complacerla.

La desesperación por poseerla me consumía, necesitaba a Lu con una intensidad que no podía contener. Mis dedos se movían con habilidad, siguiendo el ritmo de entrar y salir, mientras mi lengua se introducía aún más, lamiendo su clítoris y respondiendo a la presión de su mano, que me instaba a profundizar en su sexo. Era un placer que me embriagaba por completo, y ahora tenía tres dedos dentro de ella, sintiéndola tan mía, tan profundamente que temía lastimarla, pero no podía detenerme.

Lu me recompensaba con fuertes gritos de placer, lo que me impulsaba a continuar sin parar. Seguía moviéndome, entrando y saliendo, lamiendo y dejando un rastro de saliva, jugos dentro de ella. Bebía todo lo que ella me ofrecía, sin desperdiciar ni una gota de su dulce néctar.

Cuando sentí sus músculos contraerse, supe que se acercaba al clímax. Con un arqueado de sus caderas, tomé su trasero y lo apreté sin restricciones. Dio un grito de placer y saqué mis dedos para volver a introducirlos profundamente. Mi lengua estaba presionada sobre su sexo, y cuando sentí su corrida en mi boca, sus jugos me bañaron el rostro. Saboreé cada gota, limpiando su vagina con mi lengua para no perder ni una sola.

Al terminar de beberla por completo, alcé mi cara y vi que seguía respirando excitada. Ella me tomó y me atrajo hacia ella, besando mi boca aún con su sabor impregnado sus labios y depositando besos en mi cara. Pasó su lengua sobre mis labios y probó su propia esencia. Aparté su mano de mi para poder besarla y al meter uno de sus dedos en mi boca, vi cómo sus ojos recuperaban su vividez. Su sonrisa no se hizo esperar, y empecé a chupar su dedo de una manera seductora, poseída por una Rocio que apenas conocí esta noche, pero de la cual la única dueña era Lu.

Al darse cuenta de lo excitada que seguía, acarició mi espalda, sacó su dedo de mi boca y quitó mi blusa. Al no llevar sostén, mis pechos quedaron justo en su rostro, y seguía sobre ella. Aproveché para chuparlos, primero uno mientras pasaba sus manos por mi pijama para quitarla, y en ese instante quedé desnuda. No solía llevar ropa interior, ya que no tenía intención de salir de casa, y eso pareció alegrar a Lu, lo pude ver en su rostro.

Al tenerme ya desnuda, siguió su tarea con sus manos, apretó mi trasero, me atrajo hacia ella, y quedé sobre ella mientras seguía chupando mis pechos. Con su otra mano, continuó apretando fuertemente mi trasero, y pude sentir cómo su mano traviesa se dirigía al centro de mis nalgas. Di un brinco cuando sus dedos se acercaron, ante eso, solo sonrió y continuó bajando su mano hasta llegar a mi vagina para introducir uno de sus dedos.

Sus movimientos eran magistrales, para mí era un arte sentir cómo me tocaba, y estaba completamente entregada a ella. Poco a poco, se deslizó debajo de mi sexo y comenzó a lamerlo. Estaba sobre su cara, y con sus dos manos ejerció presión para acercar aún más mi vagina a su boca. Su lengua sabía a lamidas insaciables, y sus manos seguían masajeando mi trasero.

No podía seguir así, necesitaba más de ella, así que aproveché la oportunidad que me regalaba. Me volví hacia ella para que mi rostro quedara también sobre su vagina, creando una perfecta posición sesenta y nueve. Esto aceleró sus movimientos, y comenzó a moverse ágilmente dentro de mí. Estaba completamente expuesta ante ella, pero también tenía mi cara dentro de ella y seguía lamiendo.

Al intensificar ambos nuestros movimientos, ella me penetró con sus dedos y abrió mi vagina para introducir otro más. Seguí moviéndome sobre ella, excitada hasta el límite. En un movimiento casi maestro, me jaló, me resistí un instante, pero con su mano tocó mi parte más sensible y no pude contenerme. Me corrí sobre su cara mientras ella abría su boca y chupaba mis jugos con avidez. Caí tendida sobre su cara mientras ella seguía abriendo mis nalgas y masajeando toda mi vagina.

No podíamos seguir, así que moví mi cuerpo para quedar a un lado de ella. Se levantó, me besó y quedó sobre mi pecho, inhalando mi aroma y besando mi boca, que tenía mi sabor en ella, lo cual no le molestaba. Su sabor también era adictivo. Acarició mi cara y sin esperarlo, me susurró al oído que me quería.

- TE QUIERO, - dijo, acomodando su cara en mi cuello como si esa palabra fuera fuerte para ella y le diera miedo sentirlo.
- TE QUIERO, - respondí, tomando su rostro para verla. - No tengas miedo de nosotras, de esto. Soy tuya y quiero serlo. Quiero que tú seas mía solamente si realmente quieres. Quiero que mi novia sea solo para mí.
- Tu novia es solo tuya, - dijo Lu sonriendo, y eso era todo lo que necesitaba escuchar.

Nos quedamos dormidas abrazadas, y al despertar, sentí el peso de su brazo sobre mi cuerpo. Sonreí al verla dormir tan plácidamente. Era como una angelita, pero después de lo que habíamos pasado, sabía que mi angelita también era una maestra en hacerme perder el control de puro placer.

CAPÍTULO 23

Desperté con Rocío mirándome, sus ojos reflejaban un sentimiento que transmitía una paz que me hacía sentir segura a su lado. Hoy era consciente de que esto era lo que quería en mi vida, despertar todos los días al lado de esta mujer que había robado mi corazón.

Acaricié su cara y su cuello, ella ronroneó al disfrutar de mis caricias. Se entregó por completo a mí, lo sabía, confiaba su alma en la mía. Desde que le pedí que fuera mi novia, asumí el compromiso de cuidarla y no hacerla sufrir. Quería todo con ella.

Cada una de las palabras escritas en su carta estaba guardada en mi corazón. Realmente quería que estuviera a mi lado, y si antes lo había dicho con palabras, ahora lo demostraba aún más con sus caricias y besos. La atraje hacia mí para besarla, y aún seguíamos desnudas, pero eso ya no importaba; solo disfrutábamos de nuestras caricias.

De pronto, escuché un rugido proveniente de mi estómago. Fue en ese instante que recordé que Lidia había insistido en que, antes de cualquier locura mía, fuera responsable y alimentara a mi novia. Rocío llevaba días malcomiendo debido al trabajo y a su deseo de pasar más tiempo conmigo. Pegué un brinco repentino, lo que asustó a Rocío, y me miró preocupada. Caminé desnuda hasta la cocina.

Vi cómo, después de un rato, Rocío estaba observándome en el marco de la puerta con una sonrisa al ver la escena de mí preparando la mesa para ella sin ningún pudor.

- ¿Qué haces, cariño?, - preguntó con su mejor sonrisa.
- Como me llamaste, - respondí, deteniéndome en lo que estaba haciendo y acercándome a ella, lo que pareció asustarla.
- Lo siento, - bajó su mirada y tomé su mentón, besándola.
- Me encanta esa nueva palabra, - sonreí tontamente, y Rocío se abrazó a mí. Realmente tenía miedo que, por cualquier comentario o acción, yo saliera corriendo. Tenía que brindarle seguridad.

Ante eso, acomodé su pelo detrás de su oreja y la besé. Luego, tomé su mano y la coloqué sobre mi cuerpo desnudo y me abracé a ellas.

- Escucha muy bien, - le dije al oído, - eres la mujer más importante en mi vida, y no escaparé por mostrar lo que siente por mí. Puede que en ocasiones no sepa cómo responder, pero no saldré corriendo porque cada palabra que descubro de ti es como una

hermosa melodía que quiero tocar siempre que estoy junto a ti.

- ¿De verdad?, - alzó sus ojos hasta que se toparon con los míos.
- De verdad, mi amor, - le aseguré, y ella se abalanzó para besarme. No era muy melosa, pero con ella no podía evitarlo. Era irresistible y ambas reímos.

Después de ese largo abrazo, fui a su habitación y me puso una bata. Rocío comentó que, si no me vestía, no podría evitar caer ante mí de nuevo y hacerme suya, lo cual era cierto porque era irresistible. Ambas reímos.

Ya en la cocina, le comenté que estaba preocupada porque llevaba días sin comer adecuadamente. Lidia me había hecho prometerle que comería y que no la decepcionaría porque no podía contener mis ganas de hacerla mía.

- Fuiste mi mejor alimento, - dijo Rocio, y su voz sonó sensual, erizándome los vellos. Quería seguir con lo que habíamos dejado en la cama, pero recordé mi promesa.
- Yo también quiero seguir comiéndote, pero si no comes, no rendirás igual, - le expliqué, y ella asintió con una sonrisa. - Entiendo que hoy tienes grandes responsabilidades, pero debes prometerme que te cuidarás mientras yo no pueda hacerlo.

Rocío alzó la mano en señal de promesa

- Además, - agregue - sé que es tu pasión, y tu equipo necesita a una jefa fuerte y consciente de que el primer paso para ser productivo es cuidarse.

Ella confirmó que era consciente de eso, y siempre lograba hacerla reír con mis ocurrencias.

Ese día no salimos de su casa, y no pretendía ir a ningún lado mientras ella quisiera que estuviera a su lado. Así pasamos el día, y me agradó solo estar abrazada a ella todo el día.

Por la tarde, el teléfono sonó, era mi hermana, y no pude evitar sonreír, ya que seguía siendo la controladora de siempre. Tuve que contestar sin soltar a Rocío de mis brazos.

- Hola, tú, - dije mientras reía.
- ¿Cómo que 'hola, tú'? - respondió Lidia, y pude sentir su estrés ante mi comentario. No pude evitar reír aún más, me encantaba molestar a mi hermana; no podía resistirme. - ¡Siempre tan tú!
- Ya, tranquila, - le dije entre risas. - ¿Qué ha pasado? Cuéntame.

- (Lidia, preocupada, preguntó) - ¿Comió Ro? - Fingí estar molesta y respondí, - Yo también comí, hermanita. Gracias por preocuparte por mí. - Rocio solo rio ante mi respuesta.
- Es que tú eres como un camello, - dijo Lidia, y Rocio no pudo evitar reír. - Hola, Ro, ¿cómo estás?
- Hola, Lidia, bien, - dijo Ro mientras seguía riendo. - Gracias por alimentarme tan bien, - añadió de manera seductora, sabiendo el doble sentido, lo que nos hizo sonreír a todas.
- Imagino a qué te refieres, - dijo Lidia con sarcasmo, y ambas estallamos en risas. - Pero sí, comieron alimentos también. - Lidia soltó una risa que no pudo contener más.
- Sí, también tu comida estuvo muy rica. Gracias, - dijo Rocio sinceramente.
- Gracias, hermana, por cuidar de mi novia en mi ausencia. Estos días la cuidaré por ti, y cuando me regresé a Génova, por favor, sigue cuidándola, - supliqué a Lidia.
- Así lo haré. No tienes ni por qué pedirlo, ya que esta mujer te ha hecho bien. No permitiré que le pase nada malo mientras tú estás fuera, - gruñó Lidia, y Rocio rio ante su comentario.
- Siempre tan tú, - dije. - Ya te dejo, gracias de nuevo.

Al terminar la llamada, abracé a Rocio. Aún nos encontrábamos en la cocina, pero decidimos seguir a la sala. En el sofá, la recosté para que descansara, ya que Lidia parecía genuinamente preocupada por la falta de tiempo que Rocio había tenido últimamente. Al parecer, había ajustado sus horarios para sacar pendientes y aprovechar el tiempo que estaría en la ciudad para estar a mi lado.

Continué acariciando su rostro y sus brazos mientras sentía su respiración tranquila. Era una paz que Rocio transmitía a través de su respiración, algo que necesitaba experimentar. Tuve la oportunidad de ver cómo dormía plácidamente entre mis brazos. No quería despertarla, así que seguí acariciándola hasta que la acompañé en los brazos de Morfeo.

Después de un rato, desperté adolorida pero feliz. Rocio no se había movido de mis brazos, lo cual me pareció una buena señal. Continuaba durmiendo profundamente. La observé con atención hasta que una hermosa sonrisa se dibujó en su rostro, y finalmente se estiró sobre mí.

- ¿Todo este tiempo me observabas? - preguntó Rocio sin dejar de mirarme.
- Sí, además, tu paz me inspiró a acompañarte en tus sueños, - respondí, y con esas palabras, se incorporó y me dio un tierno beso en los labios.

- Vamos, - dijo feliz, - quiero estar contigo despierta también. Salgamos por ahí.
- Claro, vamos, - dije, aunque en realidad prefería quedarme con ella en casa y disfrutar de su compañía en todos los aspectos.

Después de una refrescante ducha y vestirnos, luchamos por contener nuestras ansias de continuar nuestra intimidad y nos preparamos para salir.

Rocío insistió en ir al bar donde compartimos nuestro primer beso; quería estar a mi lado y disfrutar de nuestra compañía. Al llegar, nos ubicamos en una mesa apartada, deleitándonos con la música y la sensación de estar juntas. La invitación a bailar me sorprendió, ya que no era mi costumbre, pero en ese momento, anhelaba su cercanía más que nunca, y la canción era una de mis favoritas, lo que hacía que fuera el momento perfecto.

Bailamos dos canciones, aprovechando cada segundo para acariciar nuestros rostros y disfrutar del contacto. Incliné mi cabeza sobre su cuello, acariciando su espalda, y mi cuerpo reaccionó con una oleada de escalofríos. Me di cuenta de que me estaba enamorando de Rocío, profundamente más de lo que había imaginado.

Cuando terminó la canción, la guie de regreso a nuestra mesa. Sin embargo, noté que una chica no dejaba de mirarnos. Aunque al principio no le di importancia, continué de la mano de Rocío hasta llegar a la mesa y le di un apasionado beso en los labios, al cual ella respondió con entusiasmo.

Sin embargo, al separarnos, me encontré cara a cara con la chica que nos había estado observando en la pista de baile. Se acercó a nosotras y noté la expresión desconcertada en el rostro de Rocío. Eso me puso en alerta, indicando que algo no estaba bien y que estaba a punto de descubrirlo.

La joven frente a nosotras rompió el silencio con unas palabras incómodas.

- Por ella fue que decidiste dejarme. - Mi desconcierto aumentó, pero antes de que pudiera responder, Rocio tomó mi mano y habló con claridad.
- Jimena, ella se llama Lucia. Es mi novia, y no, no te dejé por ella porque tú y yo nunca fuimos nada, - dijo Rocio de manera precisa, sin titubear. Esta mujer sabía lo que quería y dejó claro que me quería a mí, sobre todo. - Así que, por favor, sigue tu camino, y haré como si esto nunca hubiera pasado, ya que he sido clara contigo.

La chica, llamada Jimena, pareció atónita y no supo qué responder. En ese momento, decidí intervenir.

- Evítate la pena de armar un espectáculo donde no hay nada, por favor. Rocio ha sido clara, y confío en ella. Así que agradecería que sigas tu camino.

Jimena finalmente se dio la vuelta y se marchó del bar. Sentí compasión por ella, ya que pude ver en su mirada un sentimiento hacia Rocio, un sentimiento que sentía yo mil veces más fuerte por mi chica.

Rocio volteó a verme, como si quisiera dar una explicación, pero no era necesario. Sabía que ella era mía, así como yo era suya, y eso era suficiente. La confianza es fundamental en una relación y debíamos mantenerla. Después de ese episodio, le pedí a Rocio que nos fuéramos.

Una vez que subimos a su auto, Rocio se lanzó a mis brazos, besó mi rostro y luego mis labios con una pasión descontrolada. Sentí un deseo abrumador y su fervor me envolvía por completo.

A pesar de las ideas sugerentes que cruzaron mi mente sobre lo que podríamos hacer en el auto, decidí contenerme y en lugar de eso, le pedí que pusiera el auto en marcha. Le propuse pasar la noche en mi casa, ya que necesitaba cambiarme de ropa y también podíamos continuar donde lo dejamos antes de que Lidia nos interrumpiera hace meses. Sonrió ante mi propuesta y, sin decir más, llegamos a mi casa.

Al entrar en mi casa, esta vez fui yo quien la tomó por la cintura, presionando su cuerpo contra la puerta. Atrapé sus manos para evitar que me tocara; quería hacerla mía sin distracciones. Comencé a besarla sobre su escote, lamiendo su piel de manera apasionada. La volteé sin dejar de morder y besar su cuello.

La pasión entre nosotras se desató de forma avasalladora. Separé sus piernas, ejerciendo presión con mi sexo sobre su trasero mientras alzaba su vestido y lo quitaba, dejando expuesto su trasero solo cubierto por su ropa interior de encaje a juego. Desprendí su sostén con delicadeza y luego retiré su tanga. Quería preservar su hermosa lencería, además, me encantaba cómo lucía en ella.

Mis caricias y nalgadas la hicieron gritar de placer mientras se movía al compás de mis embestidas por su espalda. Mis dedos comenzaron a masajear su sexo, y sus gemidos y suspiros ahogados me indicaban que estaba disfrutando al máximo. No necesitaba palabras, porque conocía exactamente lo que ella deseaba.

Luego, la volví y con mis dedos mojados por su excitación, acaricié cada centímetro de su piel. La mojé aún más antes de saborear cada rincón donde mi mano había estado. Quería disfrutar de su sabor por completo, y ella respondía a cada toque con suspiros de placer.

La pasión ardiente entre nosotras alcanzó su punto culminante. Rocio no pudo resistirse más y comenzó a desvestirme, yo no podía negarle nada. Mis pechos quedaron expuestos, y ella aprovechó la oportunidad para chuparlos y morderlos, provocando un éxtasis indescriptible en mi cuerpo. Sus mordidas me hacían gemir y arquear la espalda de placer, cada caricia suya me

sumía más profundamente en la lujuria.

A pesar de sentirme completamente perdida en sus besos y caricias, llegó un momento en el que necesitaba recuperar el control. La empujé suavemente contra el sofá, colocándola boca abajo. Comencé a lamer su trasero, abriendo sus nalgas con mis manos y deslizando mi lengua hasta llegar a su vagina. La saboreé lentamente, preparándola para lo que vendría a continuación.

Rocio respondió con movimientos frenéticos, gimiendo cada vez más fuerte mientras mi vagina se humedecía aún más al contacto con su trasero, que estaba increíblemente apretado. Después de unos intensos minutos, logré llevar a Rocio a su primer orgasmo, y lo disfruté como si fuera el mío, compartiendo ese placer ardiente.

Quedamos tumbadas en la sala sobre el tapete, abrazadas con ternura. Rocio descansaba sobre mi pecho, y en ese silencio, podía sentir el latido de mi corazón, un latido que solo latía de esa manera cuando ella estaba a mi lado. Era la única mujer por la cual estaba dispuesta a darlo todo, la única que tenía el poder de cambiarlo todo en mi vida sin que lo pensara dos veces. Habíamos construido algo especial, algo estable en medio de la pasión y el amor, estaba decidida a mantenerlo y cuidarlo. Rocio había robado mi sonrisa y mis canciones en el parque, eso era más valioso para mí que cualquier otra cosa en el mundo.

CAPÍTULO 24

Desperté de golpe al escuchar un ruido. No podía creer que nos hubieran interrumpido nuevamente en la casa de Lu, como la última vez. Al abrir los ojos, noté que Lu no estaba junto a mí y que solo la sabana cubría mi cuerpo. Un hueco se formó en mi estómago al no encontrarla conmigo, pero ese sentimiento se desvaneció cuando la escuché cantar.

Me incorporé para seguir la música, que era un placer absoluto para mis oídos. Escuchar a Lu cantar era el mejor regalo que podían darme. Permanecí en silencio, observándola mientras estaba inmersa en su canto.

Cuando Lu se dio la vuelta, me regaló una enorme sonrisa, se acercó y me beso tiernamente en los labios. Luego, me abrazó con cariño.

- Hola, hermosa - dijo tocándome la nariz -. Sienta que preparé el desayuno.

Lu tenía una sonrisa genuina en su rostro, no una sonrisa fingida como la de muchas personas en las revistas que pretenden ser felices.

- Gracias, pero ¿a qué se debe esto? - pregunté con asombro mientras observaba el desayuno que había preparado. Había pan francés, jugo de naranja, café y deliciosos croissants con mermelada.
- Quería sorprenderte y darte la energía suficiente para aguantarme - dijo mientras me servía una taza de café.
- No tenías por qué, además, tú eres la que está de visita, soy yo la que debe atenderte - respondí, bajando la cabeza.
- No, cariño, así no son las cosas. Entiendo lo cansada que has estado últimamente y sé que es por mí, para recibirme y pasar más tiempo juntas. De alguna manera, necesitaba compensarlo, así que déjame consentirte - dijo, tomando mi mano y para besarla.
- Gracias por entenderme. Sabes, tenía miedo de que este nuevo puesto me alejara de ti, pero veo que eres una mujer comprensiva y lo agradezco. Esto no será siempre así, amor. Es solo mientras organizo los departamentos y asigno las tareas a cada área para poder tener mi propia vida.
- Lo entiendo. Harás un excelente trabajo, lo sé. Solo tengo una pregunta - dijo Lu, y sabía cuál sería su pregunta.

- Claro, amor, pregúntame lo que quieras.
- La chica de anoche en el bar, ¿puedes decirme qué pasó? No es que tenga problema, sé que tenías derecho a salir y hacer lo que quisieras, pero pude ver que está enamorada de ti. Solo quiero que seas sincera. Aunque le dejaste claro que soy tu novia, tengo temor - dijo de repente, bajando la mirada.
- Tranquila, mírame, Lu - le dije, tomando su barbilla para que levantara la mirada. - Como le dije ayer a ella, lo confirmo contigo. Eres mi novia y te quiero solo a ti. Más que eso, no quiero separarme de tu lado, y si tengo que dejarlo todo para seguirte hasta el fin del mundo, hoy sé que lo haría porque eres mi mundo. Quiero una y mil vidas a tu lado, junto a ti. No lo dudes, por favor.

Ante mis palabras, Lu me besó tiernamente. Mi corazón latía con fuerza por su cercanía, sus caricias suaves y el cariño que transmitía con cada gesto.

- Solo quería confirmarlo - dijo, mirándome a los ojos. - Y ¿quién es ella, si puedo saberlo?
- No tiene sentido hablar de ella, pero como no deseo ocultarte nada, te contaré lo que pasó.

Así que comencé a explicar que era una practicante en la empresa y que, antes de conocerla, ella hacía insinuaciones hacia mí, pero nunca les prestaba atención porque no estaba interesada en nada ni en nadie.

Mi vida se limitaba solo a prestar atención al trabajo y mis responsabilidades. Continué explicándole que cuando ella se marchó, empezó a ser más insistente, intenté dejarle claro que estaba enamorada de alguien más y que nuestra relación no tenía futuro.

- Sin embargo, - continúe narrando la historia - las cosas se complicaron, - le expliqué todo lo que tuve que hacer para que ella no se fuera, - pero que, al final, agradecía lo que paso por que entendí que mi corazón ya tenía dueña, y esa eres tú.

Sabía que podía perder a Lu debido a su inseguridad y confianza en nuestra relación. Jimena seguía trabajando para mí, aunque no de manera directa, a veces era difícil evitarla por completo. Lu intentaba mostrarse segura, pero su mirada a veces delataba su temor e inseguridad. No quería que eso ocurriera, especialmente porque apenas llevábamos dos días juntas después de varias semanas sin vernos. Necesitábamos este tiempo para conocernos sin secretos.

Pasamos la tarde sin incidentes, solo nosotras dos en su casa. Descansé en sus brazos, durmiendo a ratos mientras ella acariciaba mi rostro y se acurrucaba a mi lado. Fue una escena hermosa, y necesitaba encontrar la manera de hacer que olvidara lo que había ocurrido en ese bar. No quería

que esa persona ocupara espacio en su mente mientras estábamos separadas.

El lunes llegó, y con él, mis responsabilidades en la empresa. Pasé por mi departamento para cambiarme y me dirigí a la oficina. Como de costumbre, Ernesto detuvo el elevador y me sonrió. Algunas cosas nunca cambiarían. Sin embargo, notó mi felicidad, pero también mi cansancio.

- ¿Qué pasa, Rocio? - preguntó preocupado.
- Si te contara... - suspiré. - Además del trabajo, está Lu en la ciudad, - dije sonriendo nerviosamente.
- Entonces deberías estar feliz, pero no lo veo en tu rostro.
- Estoy feliz porque ella está aquí, pero el fin de semana fuimos al bar y nos encontramos a Jimena. Se atrevió a preguntarme si por Lu era por lo que la había cambiado.
- ¡¿Qué?! - exclamó molesto. - Hablaré con ella y le pondré un alto ahora mismo. Eres su jefa, cómo se atrevió a tanto. Puedes despedirla, sabes. Te faltó al respeto, y ella es tu subordinada.
- Tranquilo, no le digas nada, - soné tranquila. - No pasará de nuevo. De ser así, tomaré cartas en el asunto. La que ahora me preocupa es Lu. Temo que esto haga que se aleje, aunque se ha comportado cariñosa y cercana a mí, temo que pueda entrar en pánico, no lo sé.
- Todo estará bien, además, es normal sentirse insegura ante tal escena, - como siempre, Ernesto me apoyaba en todo.

Después de saludar a todos, me dirigí a mi despacho y cerré la puerta tras de mí. Necesitaba revisar los contratos y planificar estrategias para los estudios de los proyectos en curso para poder terminarlos a tiempo.

Estaba concentrada en mis pensamientos cuando escuché que alguien entro sin siquiera tocar a la oficina. Solo me di cuenta cuando la puerta se cerró y levanté la mirada. Para sorpresa, era Jimena quien estaba parada allí, mirándome fijamente.

- ¿Puedes decirme qué haces aquí? - dije levantándome de golpe de mi escritorio, poniendo las manos sobre él. Estaba realmente molesta.
- Disculpa, necesitaba hablar contigo - dijo sin voltear la mirada para verme.
- No tienes nada que hacer aquí, por favor, sal ya - no podía permitir que esta situación se prolongara; no permitiría que no me respetara.

- No puedo hacer nada para cambiar las cosas - comenzó Jimena -, sin embargo, entendí que realmente, por más que trate, no podré sacarte de mi cabeza ni de mi corazón. Así que vine a despedirme. Ya entregué mi renuncia definitiva, solo espero que puedas perdonarme por lo de aquel día.
- No tenías que renunciar. No pensaba despedirte ni echarte. Estoy molesta, por supuesto, pero puedo ponerme en tu lugar. Lo que no puedo concebir es ese acto de arrebató - recuperando mi tranquilidad. - Si eso es necesario para tu salud mental, no te detendré. Puedes hacer lo que sea mejor para ti. Te deseo éxito en todo y que encuentres la felicidad que te mereces de corazón.

Ante mi respuesta, Jimena solo asintió y salió por la puerta sin mirar atrás. Agradecí ese acto y, de inmediato, llegó Ernesto, preocupado por la situación y por lo ocurrido. Le conté lo sucedido, él estuvo de acuerdo en que podría ser lo correcto, así como lo mejor para ambas. Al menos, no debía preocuparme por trabajar a diario con Jimena después de esto.

Pasó la mañana sin más contratiempos, pero contaba las horas para estar con mi novia y contarle lo sucedido. Necesitaba que estuviera tranquila respecto a todo esto, así que esta noticia podría darle tranquilidad con respecto a nuestra relación.

Salí de la oficina antes de lo usual, ya que mi cabeza no estaba en su sitio y no tenía problemas con los horarios, lo cual era un punto a favor de mi nuevo puesto. Decidí irme, dejé encargado a Ernesto, quien comprendió la situación y me deseó suerte.

Llamé a Lidia para saber dónde se encontraba Lu en ese momento, ya que quería darle una sorpresa. Ella me dijo que estaba con su amiga Karla revisando algunos asuntos pendientes que habían surgido. Le pregunté si todo estaba bien, y me aseguró que sí, que todo sería para el bien de Lu.

Sin poder sorprenderla debido a que se encontraba ocupada, me dirigí a mi departamento. Tomé una ducha y esperé a mi amada hasta que estuviera desocupada. Le envié un mensaje para avisarle que la esperaba en casa. Ella me respondió que llegaría un poco tarde porque necesitaba terminar un pendiente, pero no dio detalles, lo cual me estaba causando conflicto y preocupación debido a todo lo que había pasado.

Después de largas horas de espera, finalmente tocaron a mi puerta, y era Lu. Al verme, como siempre, su rostro se iluminó con una sonrisa y se abalanzó hacia mí para besarme, esta vez no fue diferente. Me abrazó me llenó de besos.

Todo mi enfado por no haberla visto antes se esfumó, y permití que su amor inundara mis pensamientos y alejara mis preocupaciones. No quería que nuestra relación se basara únicamente en el aspecto físico, así que la invité a cenar en un restaurante que había reservado para disfrutar

de una agradable cena. A pesar de sus protestas y gruñidos, salimos de mi departamento y nos dirigimos a nuestro destino.

Una vez en el restaurante, pedimos la cena, y ella estaba encantada. Decía que no era necesario, pero para mí, lo era. Quería tratarla lo mejor que pudiera, compensar el tiempo que no le pude dedicar debido al trabajo y asegurarme de que disfrutara de una velada especial.

Lu no me había contado cómo había pasado su día, y no quería presionarla si no era algo importante. Decidí esperar a la cena para contarle lo que había sucedido en la oficina.

- Hoy, Jimena vino a entregarme su carta de renuncia, - comencé la conversación.
- De verdad, pensé que no le afectaría tanto en su trabajo, - respondió Lu sorprendida. - Pero puedo entenderla, teniéndote cerca y tan lejos, no es su culpa.

Lu tomó mis manos y sus ojos reflejaban ternura y preocupación. Acaricié su rostro y traté de transmitirle tranquilidad.

- ¿Por qué me miras así?, - pregunté.
- Así como... Veo en tu mirada ternura, entrega, lo cual me encanta, pero no quiero perderte, - confeso sinceramente. La respuesta de Lu me dejó sin habla. - Te veo así porque siento realmente esto, Rocio. Desde que entendí lo que me sucedía, no he podido sacarte de mi cabeza. No mentiré, la escena con Jimena me dio miedo. Sabes que, por el momento, no puedo quedarme aquí, y aunque sé que le dejaste claro que soy tu novia y solo eres mía, para mí, esas emociones siguen siendo nuevas.

Mis preocupaciones eran válidas, y Lu lo entendía, aun así, siguió:

- Con esto que estoy diciendo, no quiero que temas pues no saldré huyendo. Solo quiero ser sincera contigo. Quiero comunicarte todo lo que siento porque para mí es importante que funcionemos. Al igual que deseo saber lo que piensas y sientes. No quiero tener secretos que nos consuman y luego no podamos recuperar la situación. Sé que sentí celos de Jimena, pero también seguridad por tus palabras. Te quiero, - concluyó antes de besarme frente a todos en el restaurante.
- Te quiero. Gracias por ser tan honesta conmigo, - respondí, aliviada de que estuviéramos en la misma página.

Después de aclarar nuestras emociones, le pedí a Lu que compartiera más detalles sobre su día. Quería saber más sobre su vida y sus planes.

- Puedes contarme que tal tu día – dije esperando respuesta.

- Claro, disculpa por no contarte antes, - comenzó. - Hoy hablé con Karla. Ella siempre ha tratado de que sea una especie de 'rock star', pero nunca ha sido mi sueño. Estoy agradecida por enseñar y tener la oportunidad de estar en el conservatorio, pero tampoco es mi idea quedarme en Génova.

Me miró con determinación.

- Quiero estar a tu lado, Rocio. Por eso fui a hablar con Karla para poder ingresar a la escuela de música de la ciudad. Con las recomendaciones del conservatorio y de Karla, podría estar aquí en unos meses. ¿Qué te parece?

Mis ojos se llenaron de emoción.

- De verdad, ¿harás eso por nosotras? - Lu sonrió y tomó mi mano.
- Sí, quiero hacerlo. Además, quiero estar a tu lado y también con Lidia, mis sobrinas necesitan de su tía. Solo será un tiempo que tendremos que soportar a distancia, pero puedes visitarme cuando quieras, y vendré también seguido para seguir conociéndonos. - La alegría llenó mi corazón.
- Gracias, amor. Sabía que eras la persona que siempre quise en mi vida, y siempre reafirmas mi amor por ti.

Nos besamos y continuamos disfrutando de la cena, riendo y compartiendo anécdotas. Lu había vivido más aventuras de las que podría imaginar, pero ahora estaba dispuesta a embarcarse en esta nueva aventura junto a mí, tomadas de la mano, enfrentando lo desconocido. La noche terminó con nosotros abrazadas, listas para seguir conociéndonos y avanzar juntas hacia un futuro lleno de promesas y amor.

Epílogo

Los meses pasaron, y Lu finalmente se unió a la escuela de música en la ciudad, cumpliendo su sueño de estar cerca de mí y de las personas que amaba. A pesar de la distancia, nuestra relación se fortaleció aún más. Cada visita, cada llamada de video, y cada mensaje eran momentos especiales que compartíamos con amor y paciencia.

Nuestra historia continuó llena de altibajos, pero siempre encontrábamos la manera de superar los obstáculos juntas. Aprendimos a confiar plenamente la una en la otra, y nuestras vidas se entrelazaron de una manera que nunca habríamos imaginado.

Con el tiempo, decidimos dar el siguiente paso en nuestra relación. Lu se mudó oficialmente a la misma ciudad en la que nos conocimos y vivíamos. Dejó atrás su vida en Génova y sus aventuras en la música para estar conmigo. Era un nuevo comienzo para ambas, lleno de expectativas y promesas de un futuro juntas.

Nuestro amor fue creciendo con cada día que pasaba. Celebramos aniversarios felices, superamos desafíos y apoyamos los sueños y metas de la otra. Lu continuó con su carrera en la música, y yo encontré un mejor equilibrio entre el trabajo y el amor. Nuestra historia, una vez llena de obstáculos, se convirtió en un hermoso viaje compartido.

Y así, mientras el tiempo seguía avanzando, nuestras vidas se entrelazaron de manera permanente. Lu y yo construimos un futuro juntas, lleno de amor, música y la promesa de un amor duradero. Aprendimos que, cuando el amor es verdadero, puede superar cualquier obstáculo, y nuestra historia es un testimonio de eso. Vivimos felices, compartiendo nuestra pasión por la música y el amor que siempre nos unió.

FIN

Libros Publicados

Destinos en Espera: Un vínculo Inquebrantable:

En un mundo donde los caminos del destino se entrecruzan de formas misteriosas, dos almas se encuentran en un juego de emociones, descubrimientos y desafíos. Aby, una joven estudiante de arquitectura con un futuro prometedor, y Diana, una mujer enigmática con secretos guardados, se cruzan de manera inesperada, iniciando una historia llena de giros y conexiones profundas.

En este relato, las emociones se convierten en protagonistas, tejiendo una red de encuentros fortuitos y sentimientos intensos. Las barreras que separan sus mundos parecen desdibujarse a medida que comparten momentos, confidencias y un creciente vínculo que desafía la lógica y las expectativas.

A través de desafíos personales, dilemas y confesiones, Aby y Diana explorarán no solo sus propias identidades, sino también la complejidad del amor y la conexión humana. En un viaje hacia la autenticidad y al enfrentar sus miedos más profundos.

Entre el Arte de tus caricias:

Aquella cálida tarde de verano, mientras deambulaba por el parque con su cámara en mano, Daniela no tenía idea de que estaba a punto de encontrarse con alguien que cambiaría el rumbo de su vida. Un encuentro casual estaba a punto de desencadenar una serie de acontecimientos que la llevarían a descubrir que, a veces, el amor llega cuando menos lo esperas y que, esta vez, tal vez sería diferente.

NOTAS

Gracias a ustedes y Amazon, he tenido la oportunidad de compartir mis libros, ideas y mi imaginación con el mundo. Durante mucho tiempo, estas historias permanecieron en mi mente, esperando el momento adecuado para ver la luz, y finalmente, encontré los medios para hacerlo realidad.

Al no contar con el respaldo de una editorial, es posible que puedas encontrar algún error en mis obras, y te pido disculpas por ello. Trabajo incansablemente día a día para mejorar y evitar cualquier obstáculo que puedas encontrar durante la lectura.

Además, me encantaría recibir tus comentarios y reseñas para continuar creciendo y perfeccionando mi trabajo. Tu opinión y apoyo son fundamentales para dar visibilidad a mis libros, y eso es todo lo que deseo si encuentras placer en ellos.

Te agradezco de corazón por tu generosidad y apoyo.

PAGINA DE AUTOR : ZILA LEY

<https://www.facebook.com/leyzila>

<https://www.tiktok.com/@leyzila23>
<https://twitter.com/LeyZila>